

Alberto
Masferrer

EPISTOLARIO
TOMO III

Luis R. Huevo Mixco
(Editor)

Obras completas de Alberto Masferrer

©Masferrer Editores.
Todos los derechos reservados

Diagramación:
Luis R. Huezo Mixco

Masferrer Editores
Universidad Salvadoreña Alberto Masferrer
19 Avenida norte, entre 3a calle poniente
y Alameda Juan Pablo II, San Salvador, CP 1101

1a. Edición
2023

Alberto
Masferrer

EPISTOLARIO
TOMO III

Luis R. Huevo Mixco
(Editor)





Cartas a Hortensia
(1929-1932)

7 de enero de 1929

Nenita querida, esto no es una carta: me estoy cayendo de sueño y de fatiga, a causa de esa cena. Aunque no bebí ni apenas comí, el desvelo y lo que eso consume de tensión nerviosa, me hicieron daño.

Pero, aun así, dulce criatura mía, quiero enviarte una palabra: que estoy recordándote con ternura inmensa, pensando en aquellas palabras de Adán cuando despertó junto a Eva: ¡esta es carne de mi carne y sangre de mi sangre!... Pajarita adorada, tu eres mi propio ser en otra forma, bella: mi alma y mi cuerpo en forma bella, graciosa, luminosa; y contemplándote me imagino que me he sublimado y divinizado.

Tu niño querido, tu mulhathito, obtuvo a noche un ruidoso e inesperado triunfo. Mañana te contaré. Aunque a mí esas cosas ya no me afectan, sé que mi nanita quiere y ama todo lo que me realza y me eleva.

Ahora me vuelvo ya al trabajo, arrastrándome, pero confortado con pensar que siquiera recibirás de mi esta palabra, la misma siempre, como el menor del caracol, pero siempre nueva para mi corazón: te amo... ¿Verdad que también es nuevo y dulce para el tuyo?

Amor mío, que todos mis besos, posándome en tus labios y en tus ojos, te haga sentir que estás conmigo, como nunca y para siempre amada.



9 de enero 29

My Dear,

No me animé a salir esta tarde, porque me sentía muy cansado y dolorido. Creo que esta noche la pasaré bien; te lo avisaré muy de mañana, para que estés tranquila. Seguramente dormiré bien, pues mi ánimo me lo dice.

Te envío esos otros artículos que faltaban. Que descanses bien, niñita mía, y que los serafines velen tu sueño. Adiós mi pajarito dulce, graciosa y santa.

A.M

9 de enero de 1929

Hijita, me falta ánimo para coleccionar esos recortes. Ahí van todos re-
vuelos; aparte los del M.V. y arréglalos en el mejor orden cronológico, se-

gún tus recuerdos. Guárdame los otros para traerlos. Recién pasada a tu casa, te llevé los diarios de un mes, creo que septiembre; hay que revisarlos y recortar lo que convenga.

Anoche sufrí otra vez de insomnio; la más ligera excitación mental me quita el sueño y me sumerge en la tristeza. Muchas horas estuve pensando que esa propaganda del M. V. es una carga demasiado pesada para mí; se me va tornando una cruz, y quizás lo más juicioso y humilde será no manejar lo que está por encima de mis fuerzas. Así amanecí con el cerebro vacío y el corazón desolado, sin valor de escribir una palabra.

Pero algo hay que me arrastra, pues a poco de levantarme estaba escribiendo el artículo que verás mañana. Te ruego que lo leas unas tres veces, pesando las palabras, a ver si he tenido la suerte de que te coloques definitivamente en el plano en que estoy y en el punto de vista desde el cual contemplo estas cuestiones.

No puedes imaginarte lo que me entristece y descorazona mi incapacidad de infundirte plena fe en mi manera de comprender y propagar esas ideas. No por orgullo, sino porque me digo: "si ella que tiene tanto anhelo de ver como yo, no ve. ¿Cómo podrán comprenderme y seguirme los demás?"

Y entonces me asalta la idea de que soy realmente inepto para difundir esa doctrina, y de que debería abandonarla a mejores tiempos y a manos vivas fuertes y diestras.

En ese artículo por todos los caminos, he dicho mi absoluto sentir y pensar, con toda la claridad posible. Si no logro que compartas absolutamente mi criterio, será señal segura de que no poseo dominio suficiente para semejante empresa; de que no veo claro, y de que no sé bien lo que quiero.

Otra cosa: no puedo avenirme a entrar en discusión con todos los mal intencionados que me salgan al paso: me sentiría humillado, rebajado, y creería hacerle ofensa a mi causa, suponiéndola tan frágil e infeliz, que haya necesidad de entrar en lujo contra todos los malévolos que la asaltan. Jamás un hombre que se estime, y sobretodo que tenga fe en la causa que defiende, se mostrará tan cobarde, y temeroso de que su doctrina se trastorne y derribe por embestidas de esa naturaleza. Si no hay una fuerza en las ideas que las coloque por encima de enemistar tan ruines, mejor abandonarlos. Fíjate, por ejemplo, si Haya de la Torre contesta a la infinidad de ataques absurdos y malignos que le dirigen a él y a su causa: no responde sino cuando hay verdaderamente por que responder. Yo creo profundamente en la fuerza inherente a las grandes y santas ideas: si la mía es una de esas, no exigiré de mí el repugnante sacrificio de entrar en choque innoble con todo embrollón que me asalte, sin darse cuenta siquiera de lo que yo he dicho. Y

si este pueblo es tan infeliz que no puede comprender ni sentir una fe nueva si no se le mantiene galvanizado a fuerza de polémicas degradantes, mejor será dejarle de una vez en manos de los charlatanes.

El Doctor Baires, como verás mañana en su artículo Nuestros Valores Mobiliarios, es ya un verdadero convertido del *Mínimum Vital*, aunque el busca la realización a su manera. Es un hombre de estudios y de conciencia, y su adhesión es una verdadera conquista.

Vaya, pues, hijita: me siento cansado, árido, desanimado e inepto, y daría cualquier cosa por volver a mis pobres libros. En mala hora quizás los abandoné, para empeñarme en cosa tan difícil y abrumadora.

Iré hoy a ver a mi mamá y a Nela; esta se halla verdaderamente enfurecida contra mi desde hace días, sin que sepa yo todavía la causa. Ello es que todo se me convierte en cenizas y cardos.

Hasta mañana, si Dios quiere y piensa entre tanto en tu pobre hijo, presa de la melancolía y la desilusión.

Hijita, si hay artículos duplicados, arregla una colección para Rochac. Revisa el rollo de diarios que te llevé, y de que te hablo antes. Creo que todo esto es del M.V.

Que el Señor te bendiga.



11 de enero de 1929.

Amada esposa mía,

Incienso de mi corazón,

Amanecí pensando en tus luchas y en tus pensamientos por mí, y en cómo has ido rompiendo todas las cadenas, para unirme plenamente conmigo. Y me dije alborozado: ¡Es mía, por fin mía, y totalmente y para siempre!

Después fui a ver el sol, y le pedí que inundará mis ojos de luz, y que purificará mi sangre y mi corazón. Y le dije muchas cosas en tu nombre, y que tú eres el reflejo de él; el manantial purísimo, en que yo contemplo su imagen. Y me contesto entre irónico y enojado: ¿Cómo puede reflejarme quien nunca me ve en el instante de mi gloria? ¿Quién se levanta siempre tarde, por que pase la noche parloteando? Pero yo le dije: si no sale a verte al amanecer, es porque en su corazón siempre es amanecer y en su pensamiento a todo instante florece la aurora. Hum, respondió ... y ya no me atreví a decirle más, porque temí que descubriera la verdad y me echara en cara tu pereza.

¿Qué te parece de esto querida mía?

Hijita, el caso de Bertita es grave: ellos no se han separado nunca, y hay cuatro niños de por medio. Comienza él, dice la señora, a tratarla mal y a no sostenerla. Antes, sino fueron enteramente felices, vivieron aceptablemente.

Me mostró un retrato, un pañuelo y un anillo de Berta.

Las cosas deben justificarse: ¿Hay un motivo poderoso, suficiente, para que nuestra Bertita eche la responsabilidad de contribuir a que se destruya ese hogar? ¿Y quién aseguraría el pan de la madre y de sus cuatro niños? Porque no hay derecho para separar a una madre de sus hijos, sino es perversa.

¿Qué piensas tú? Yo no me atrevo a aconsejar a Berta sino de acuerdo contigo. Estoy seguro de que encontrarás la solución mejor. Habla con ella, y ve si está realmente y profundamente enamorada, y aconséjala. Que tu luz la guíe.

Tu retrato me acompañó anoche otra vez, y quizá por eso dormí perfectamente, y mi día está deslizándose sereno y luminoso. ¿Te veré esta noche? ¿Mañana?

Haz porque no me quede sin ti muchas horas, azucenita mía. Haz que mis oídos y mi corazón no estén huérfanos de tu voz, ni mi pobrecita mano abandonado de la tuya.

Compañera mía, creo que la primera jornada de nuestro M.V. esta cumplida, y bien cumplida. A costa de muchos dolores, nuestro niño celeste ha nacido, y ya nadie estorbará su florecimiento. ¿No es así? Dándole vida, nuestro amor floreció y culminó también. ¿Es así? ¿Compartes tu plenamente mi fe en la jornada recorrida y mi esperanza en las que vendrán? Escíbeme sobre esto.

Mil besos en tus ojos y en tus labios.

Si no te puedo ver, escíbeme, madrecita mía.



13 de Enero-29

Madrecita, madrecita sin par,

Ha bastado que respirará unos minutos para que mi pensamiento se esclareciera y serenara. La verdad, la verdad total, que tú sabes hace tiempo, y que yo me he esforzado en ocultarme a mí mismo, es que soy un inválido,

o casi un inválido. Un necio orgullo se oponía a que lo comprendiera. Pero toda venda ha de caer algún día, y a esto le llegó su hora.

Indudablemente, este es, como tú dices, el principio de un camino que nos llevará a las cosas más bellas y grandes. Como siempre, si voy dócilmente sobre tus alas, será para ascender y a consolarme.

Madrecita, sin exigirte nada, sin fijarte condición alguna, con profunda humildad, me pongo en tus manos y me sujeto a lo que tu dispongas. Tu marcarás mi ritmo en todo, y yo haré gozosamente tu voluntad.

Hijita, hermanita, madrecita mía, que en lo más hondo de tu corazón halles una palabra de perdón generoso y total para tu niño infeliz, que no tiene en la vida más fuerza ni esperanza que los que recibe de tu compañía y de tu amor.

Dormiré bien, niña mía, puesto que tú lo quieres. Que todos los arcángeles te acompañen.

Mañana a las 3 enviaré por tu respuesta anhelada y adorada.

Mi corazón y mi vida toda, quedan en tus manos benditas. Albert.



16 de enero de 1929

Hijita,

Dios te pague tu carta y tus palabras tan maternales y consoladoras. Pero no quiero mentirte: sufrí anoche tanto, y aún ahora, que me siento lacerado profundamente; quizá para siempre. Y acaso ha caído en mi corazón una semilla que me dará valor, por fin, para renunciar a todo, e irme a un desierto, donde ya no sea para nadie causa de dolor.

Así como una leve sonrisa tuya calma todas mis tristezas y enojos, así una leve herida que tú me infieras, me desgarras el pecho y me abruma de pena y desesperación.

Yo llegué a tu casa extenuado de fatiga, ansioso de estar largamente contigo, por la crisis que acabábamos de sufrir. ¡Anheloso de que me confirmaras tu perdón! Necesitado de reposar, y quizá de comer algo que me restaurara mis fuerzas tan gastadas.

Era lo más sencillo del mundo decirme. “No te invito a comer, porque Meches tiene que salir, y Josecito no está”. Con eso yo me habría venido tranquilo. ¿Quién y porque habría de reprocharte que me dijeras eso tan inocente y tan sencillo? En vez de decirlo te limitaste a decirme: “La

próxima vez”- Y como yo insistiera, rogándote, me repetiste: “La próxima vez”.

Atribuí ese misterio y esa negativa a los motivos más humillantes para mí; me vine desesperado, casi corriendo; pase la noche en la desesperación más profunda, quemé todos mis recortes, todas las cartas de amigos que guardaba y trabajé con toda mi voluntad en mi ánimo, para grabarlo en él profundamente, con el deseo de prepararme desde ya, para irme, para dejarte en paz, y remediar siquiera con la ausencia, tantos daños que te hago sufrir.

No puedo decirte que desgaste nervioso tan intenso he padecido. ¿Y por qué? por callar lo que es tan sencillo decir.

Hortensia, no es bastante que me ames como a un niño: soy también un hombre, muy atormentado, muy herido, muy enfermo del ánimo, muy solitario y abandonado, y es una caridad inmensa no hacerme sufrir dolores tan grandes por motivos tan pequeños. Noches como esa no son para que las resista un hombre tan gastado ya, y tan necesitado de ahorrarse emociones violentas.

Mi propósito era no volver a sentarme a tu mesa sin invitación especial, y quizá no volver a tu casa sin que tú y los demás no me afirmen que no causaba enojo mi presencia. Todo esto será locura, si quieres: pero un hombre loco sufre tanto como si fuera cuerdo suficiente, si siente como yo; que no por ser imaginarias, las heridas son menos crueles.

Sería interminable decirte lo que he pensado y sufrido: me siento aniquilado, y gracias si durmiendo esta noche, me recobro un tanto mañana.

Tu duda todo esto lo he merecido, y lo recibo resignado pues en mi carta del lunes te prometía someterme humildemente a cuanto me impusieras. Con sincera y honda humildad lo he recibido, y así te hablo. ¡Pero que dolor!...

¡Que dolor!!... ¿Cómo puede ser de otro modo, si yo no tengo en la vida más que a ti?

Olvidemos ya, hijita, esta prueba tremenda, y que el destino nos conceda horas menos amargas.

Mañana cumple años Toña; te lo aviso, porque te habría disgustado no saberlo. El único regalito que le sería útil, pues un jueguito de unas cuatro tazas con sus platillos. Dinero, absolutamente, pues sería para el fumado de los niños; vestidos, los vendería inmediatamente por cualquier cosa.

Hortensia, dormiré esta noche, puesto que me has escrito. Y pensando en ti y en lo mucho que debo expiar, amaneceré contento, si Dios quiere.

Con inmenso amor, tan grande como ninguna palabra sabría decirlo, y con inmenso dolor también, pienso en tu noche y en tu corazón adorada.

Alberto.



17 de enero.

Hijita, de todas las cosas podemos extraer un bien, si sabemos aprovecharlas. No dudes que, de este inesperado y grave suceso, la extraeremos también. Yo, por mi parte, estoy seguro de que he aprendido mucho; de que he visto cosas que nunca había comprendido, y que hoy me parecen claras y evidentes. Y esto será en favor de nuestra concordia y de nuestra paz. Yo pongo desde ahora la consigna de no tener secreto el uno para el otro.

Adiós, hasta esta noche, amada hijita mía. Bien sabes que mi amor es inmortal, y que llevas mi corazón, olvida hijita adorada, y quiere siempre a tu A. Que es tuyo para siempre, con toda su alma.



18 de enero de 1929.

Hijita, le ruego y le aconsejo que suspenda enteramente sus visitas a R; porque todo lo que usted le dice, es luego interpretado en otra parte, de la manera más perversa, y yo sufro las consecuencias.

Como yo sé que usted es profundamente ingenua, y que todas sus palabras obedecen a su deseo de no hacer sufrir, y más bien de aliviar; como tengo absoluta fe en su bondad y en su rectitud, me es imposible no tomar su defensa cuando oigo que la juzgan mal. Y esto empeora todo.

Hay que convencerse de que no se puede mostrar a las gentes lo más fino

y mejor de nuestra alma, sino únicamente lo vulgar y mediocre y perverso. Cuanto más candor y sencillez haya en sus palabras, peor la juzgarán, y aquello que sea más honrado y puro, llegará a tomarse como atrevimiento, colmo de malicia y cinismo.

Le ruego que no hable nada de esas cosas sino con sus hermanita, que la conoce y la quiere. Solo así se podrá romper esta barrera de sombras que el demonio está levantando en torno nuestro.

Yo así estoy, exasperado de tanto enojo, y extraviado que la incomprensión sea tan irreductible espesa. En fin, Dios lo quiera así.



21 de enero de 1929.

Dulcísima,

Estoy deleitándome con los recuerdos de nuestro gratisimo día de ayer. Mi noche fue reparadora, y amanecí alegre, activo y enérgico.

Y así estoy, a pesar de haber librado ni dos combates en el diario, esta mañana.

“La voluntad es lo único deseable”. Si, madrecita mía: la voluntad serena y callada.

Dale ese papelito a Berta, y algún consejo, si te parece oportuno. Hasta dentro de pocas horas, corazón mío, mi Aurora y mi Alondra.

Albert.



22 de enero

Hortensia y Merceditas:

Lleno de pesar y de vergüenza, les pido humildemente perdón de tantos sinsabores que han tenido que sufrir por mi causa. Soy un enfermo, quizás un pobre alienado, y hago sufrir a todos lo que intiman conmigo.

Hubo un tiempo en que yo soñaba en que ustedes serian como hijas míos, y en que yo sería para ustedes, un guía y un maestro. ¡Quimeras! Un hombre tan impulsivo, tan imprudente y sin control como yo, no puede servir sino para atormentar a quienes más desean servir.

No sé cuándo las veré; quizás pasará mucho tiempo. Más vale así pues así tendrá tiempo de olvidarse de mis absurdidades y extravagancias.

Poco a poco, sin afanarse, les ruego que me preparen una copia de Helios del Plano Búdhuco, Melancolía, y Año nuevo, pues no tengo original. También de los cuatro primeros capítulos de la vida de Jesús, y de Cielo e Infierno.

De todo corazón pido a Dios que las guarde y las proteja; aunque hace tiempo que El no oye ninguna de mis ruegos- Y una vez más, perdonen a su desequilibrado y necio amigo.



24 de enero-29.

Mi Hortensia,

Puesto que te escribo, es que estoy más descansado y animoso, gracias a las horas apacibles de ayer. Pocas veces me sentí más amado y mimado, y pocas veces me infundiste más serenidad. Es un grandísimo bien tener unas horas sencillas, en que no se piense, y en que uno se deje llevar de la vida, como una hoja flotante sobre un arroyo.

Ahora, Dulcita mía, estoy acariciando un pensamiento muy grato y saludable, y es no leer más libros sino a través de tus cartas. He leído mucho y casi todos los grandes libros. También he olvidado mucho, y ese sería mi deleite: que tú me fueras dando en tus cartas, la impresión que recibas de tus lecturas. Ya lo estás haciendo, a veces, y no habría más sino pensar en ello un poco más. Esa cartita de que te hablé anoche, es una verdadera flor cortada en el jardín de tu corazón, y abonada con la savia de grandes pensamientos que has asimilado y transformado.

¡No te encantaría decirte: “! Ahora soy yo quien refresca sus recuerdos, quien alimenta su espíritu!”

Mi criatura, anhelemos con todo fervor lo que te dije ayer tarde: *senlement deux fois*,.

¿Tu te souviens? Será un bien inmenso para mí, y el principio de nuestra entrada en ese sendero tan estrecho, pero tan encaminado a la luz y a la paz.

Creo que mis luchas enojosas en el diario, culminarán ya y que irán mermando. Bastante he logrado, y es fuerza que me contente con un máximo.

Dentro de dos horas, a mi regreso, si he tenido buena suerte, encontrare

una cartita que me escribirá una alondra; cada palabra será un cantico, y cada letra me hará sentir olor a brisas campestres, y me hará ver celajes y horizontes. Amada mía, te amo cada vez con un nuevo amor, cada día más desinteresado y profundo, más amplio y comprensivo.

Que tu pensamiento, me sirvan de fuerza y alegría, y que tus ojos me miren a través de las cosas. Y que todo tu ser se invada vida y esperanza y fe, para quien no vive sino en ti y de ti.

Con toda la ternura de mi corazón, beso tu adorable cabecita, mi bien y para siempre amada Ultensha.



25 de enero de-29.

Chiquita mía,

Anoche he dormido muy bien, deleitado con tu carta amantísima.

En verdad, eres una criatura singular, y cuando pienso en lo que eres y en la merced de tu amor, se fortalece mi fe, y me siento justificado de vivir, y perdonado de no haber hecho de mi vida un uso mejor. Niñita de mi corazón, aún es tiempo quizás de que mi paso por este mundo deje una huella que será una flor: vida y justicia.

Que no me faltes tú; que te sienta muy cerca de mí, sosteniéndome con tu espíritu y con tu aliento, con tu palabra y con tus besos, y verás cómo, a través de mi trabajo, será tu propio corazón el que florezca.

Va ese racimito de uvas para que refresques tus labios. No para que los endulces, porque ninguna miel puede añadirles nada.

Santita mía, mi corazoncito maternal, quiere mi estrella que esta tarde vivamos una hora juntos, en la serenidad y en la suavidad. Beso tus manecitas adoradas.

Albert.



SV. 27 de enero a las 7 pm.

Ultensha y Mercedesitas:

Ni una letra de ustedes, a pesar de haberles suplicado que me escribieran.

Yo estuve bastante mejorado tres días. Ayer menos ya, y hoy, como ayer. No voy a ninguna parte, ni a ver la calle. De aquí dentro del corredor, se ve

un gran trozo de cielo; se oye un gran silencio, y se respira un aire sereno, que viene de muy lejos... pienso, recuerdo, y sueño...

Quería estarme aquí mucho tiempo, pero no es posible; regresaría, pues, el lunes próximo. Si me quedo más tiempo, les avisaré.

¿Hicieron sus tías el viaje proyectado?

¿Están bien ustedes?

Con Nela hemos hablado mucho de ustedes; a veces, todo el día, y hasta media noche. Pero como veo que no me escriben; voy a olvidarlas yo también, y desde instante no sabemos cómo se llaman.

Ayer esperé sus cartas todo el día, en vano.

¿Quieren mandarnos un retrato de las dos, en grupo, o sueltos si no hagan grupo? Será para mi mamá y para Nela. Pero ojalá venga antes de que yo me vaya.

Quisiera escribirles muy largamente, pero no tengo ánimo. Puede que mañana este mejor.

Adiós, hijita, con mil recuerdos de nosotros. Afectaciones saludos a niña Chepita, Teresita y Josecito. Recuérdense. A. Masf.



31 de enero.

Santita adorada, nunca en mi vida, una carta me produjo impresión tan honda como la tuya. La luz más intensa, entrando en la caverna más oscura inesperadamente, apenas puede dar idea de lo que tus palabras han sido para mí.

Hasta ahora te conozco verdaderamente, por más que admiraba tu alma y te llamara santa, no imaginé que hubiera en tu espíritu una pureza y una generosidad tan grandes. Ahora, conociéndote hasta lo más íntimo, y sabiendo que tu amor es mi apoyo y mi luz, yo sabría vivir gozoso en el fondo de una oscura prisión.

Si tienes razón, mi amor por ti ha de llevarme a las mejores abnegaciones. ¿Cómo sería digno de ti, si así no fuera? ¿Y acaso ha sido otra cosa lo que me has enseñado desde que te amé, sino abnegaciones y sacrificios?

Está tranquila criatura mía divina, que yo sabré seguirte, y nada habrá que no emprenda y realice por satisfacerte e imitarte. ¡Me sorprende como un alma como la tuya puede encontrarse en este mundo ruin y triste!

Como, tantas gentes que pasan a tu lado ignoran, ni aun sospechan el tesoro de tu corazón. ¡Y me sorprende más que todo, y me colma de dicha, haber sido yo quien más te adivinara, y mereciera que pusieras tus ojos en mí!... Pienso que, sin saberlo, cuando yo escribía esas páginas maravillosas, según tú las juzgas, no hacía más que traducir en palabras, ¡lo que en tu espíritu era esplendente realidad!

Santita mía, yo te afirmo, porque lo sé bien, que en los terribles dolores que ha sufrido Ella, no hay una palabra, un gesto, una mirada, un pensamiento tuyo. Al contrario, tu afán constante ha sido suavizar, evitar, aliviar, y siempre que pudiste, ¡echaste sobre tus hombros toda la cruz por tal de que ella no sufriera!... Tu conducta, que nadie sino yo puede juzgar, ha sido en esto la maravilla más grande de abnegación, de pureza, de cordialidad; y tan extrahumana la encuentro, que me parece una lección que ha venido a darme un ser divino. ¡Divino eres, en verdad! Un Angel en forma de mujer; una santidad escondida bajo los velos adorables de la charla, de la alegría, del canto, y de la risa.

Helia de mi vida, jamás, mientras yo viva en este mundo, y en cualquier otro donde mi voluntad y mi aspiración tengan algún poder, me alejaré de ti, ni me apartaré de tu influencia bendita. Si mi tristeza quiere que no te vea, que no te oiga, que no pueda ni siquiera escribirte, no podré nunca arrancarte de mi corazón, que es tu santuario, de mi memoria, que será tu templo.

Los dolores de nuestra pobre Amiga, ella los forjó, día a día, al crear para mí una pesada cadena de sinsabores y de opresiones. Lo hizo por ceguera, y hasta en la más bella intención, a veces; y yo, por incomprensión, necedad e ignorancia de la vida, por maldad nativa, por corrupción talvez, y ciertamente porque soy un desequilibrado, se los he aumentado y recrudecido. Ahora que estoy sereno y puedo reflexionar, veo claramente que mucho de esos sufrimientos se los habría evitado, si hubiera sido yo menos torpe, menos orgulloso, menos charlatán y menos perverso. Lo peor, para mi venganza, es que hasta ha podido juzgarme cruel, cuando tanto me pesa verla sufrir.

Pero tú, mi Helia, no eres en esto más que la luz; y el camino que para mí has descubierto, y para ella también, aunque no se lo imagine, es un camino de bendición. Con la ayuda de Dios, y alentado por tu recuerdo, por el anhelo de serte grato, yo haré todo lo imaginable para curarla de sus heridas, sin más límite que aquellos que imperativamente me señale mi conciencia. No aspiro más que a reparar el daño profundo que he causado a seres inocentes, por debilidad, por amor excesivo a una paz que acaso era solo el disfraz de mi cobardía. Hacer mi obligación y borrar mi vileza en lo

posible, es ya todo lo que me resta en este mundo; que pueda yo morir en paz conmigo mismo, ya aceptaré la soledad y cuanto me venga, si la certeza de que me amas siempre me da aliento y constancia.

Y ahora, ya no dudo de que tu amor por mi será constante y perdurable. Porque tu sientes, y sentirás cada día con más claridad, que soy tu obra; que estoy volando con tus alas, que asciendo sosteniendo por tus anhelos. ¿Cómo dejarías de amar a quien estás purificando a fuerza de lágrimas y de tantos quebrantos como por mi has sufrido?

¿Qué bien haces en llamarme tu hijito? Si, tu niño, nacido de nuevo por virtud de tu pureza, de la generosidad de tu alma, ¡de la belleza de tu espíritu! Si, tu hijito, tu niño, tu obra, ¡tú sacrificio!... dejarme de amar, sería como dejarte de amar a ti misma, porque has infundido en mi lo mejor de tu vida y de tus sueños...

Ayer leí cuatro veces tu carta; he de aprenderla de memoria, o la copiaré en clave, para tenerla siempre conmigo; porque desde ahora será mi breviario, mi evangelio, mi oración. Leyéndola, renacen en mis estados de ánimo que solo he conocido fugazmente, y anhelos que solo me dejarán la impresión de un relámpago. Mas ahora, mi divina azucena, esos anhelos y esos estados de alma, vivirán, se afirmarán en mí, y me traerá definitivamente a nueva vida. Acuérdate, ¡yo soy una flor nacida y mantenida de tu cariño, que solo necesita de tu cariño para emitir toda su fragancia. Tu verás, almita de mi alma, como sé hacerme digno de ti, ¡cómo se corresponder a tus anhelos!

¿Te acuerdas cuantas veces te dije que tu habías venido para mi redención? Ahora se verá confirmado, y será tu gozo ver que yo mismo me convertiré un instrumento de redención. Y así, en vez de una planta, habrás cultivado un jardín.

Todo lo que me pides en tu carta, lo haré. Lo del retrato, no es posible en este momento, porque no hay, pero no tardará mucho tiempo sin que haya uno bueno. Recobraré mi alegría y mi esperanza, mi voluntad de trabajar, y concluiré las obras comenzadas, puesto que tú las amas. Si las amas, sin duda que son buenas y bellas. Mi madre piensa en ti con una simpatía muy profunda y creciente. Su intuición le dice que nadie me amó nunca con un amor tan puro y desinteresado como tú. Mi hermana dice que tu aparición en mi camino es providencial; que, sin ti, jamás hubiera corregido mis yerros, ni orientado mis fuerzas, esparcidas y enfermos. Ninguna pena has de tener por ellas, pues te admiran y te quieren con efusión.

Inmediatamente que recibas este, avísame por telégrafo. No te digo que lo destruyas, sino que lo dejo a tu discreción. Si no hay absoluta seguridad, al guardarla, quémala, pues me dolería el corazón si te causará enojos o lágrimas el conservarlas.

A tu adorable Chatita, a quien quiero con la más profunda cordialidad, a quien tanto tengo que agradecer, y cuyo carácter admiro, dile que la bendigo, que es una joya, y que soy su hermano para siempre.

Ya mi adorada Helia, mi aurora, mi perla, “Por la que yo daría todas las perlas” de este mundo, dile que confíe en mí; que me dé su luz, que recobre la paz y la alegría, porque ella es la criatura más santa, más espiritual y más generosa que encontré en este mundo. Y dile que yo la amo, ahora más que nunca, con todo mi corazón y con la reverencia profunda que inspiran las criaturas divinas, predilectos del cielo.

Mañana te llegará esta carta. ¿Cuándo podré escribirte otra vez? ¿Cuándo te veré? Hace veintinueve días que no te veo... ¿Qué será de mí?

En esta casa, inmensa, desierta, he gozado de una paz muy grande. He vuelto a sentirme unido a mi madre, después de muchos años.

Descanso, miro al cielo, oigo las cantidades de golondrinas y pericos que gritan y charlan... y pienso en ti, cuando me imagino pensar en otras cosas. ¡Qué bueno es el silencio! ¡Qué buena es la paz! ¡Qué dulce la soledad!

Hijita mía, no me olvides, no te desespere, no sufras por dolores que no has causado. ¿Cuál será mi vida en adelante? No sé; pero siento que mi fe en ti, mi amor y mi devoción a ti, serán mi sostén.

Hay aquí un retratito tuyo, en que estas apoyada en una baranda, sonriéndote. ¿Tendrías unos catorce años?

Adiós, mi pajarita. Que el Señor te guarde y te de la felicidad que mereces. Con toda mi sinceridad, con toda mi admiración a tu alma divina, te digo que no olvidaré jamás. Adiós, Helia mía.



1 de febrero.

Hijita, si quieres ser buena conmigo, todavía hay tiempo de que me envíes cuatro letras, muy dulces. Me iré el jueves; escribiéndome mañana y poniendo la carta en el correo antes de las cinco de la tarde, la recibiría yo el miércoles a la 1. Aun si la llevarás más tarde, me llegaría a tiempo, el mismo día.

¡Que dicha, si aún me escribieras cuatro letras! He tenido unos días de paz; aunque triste, mi alma ha vivido aquí serenamente. ¿Qué vendrá en seguida?

Si tuviera salud, me iría de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, enseñando

a las gentes, las cosas que nosotros hemos visto. Que dicha, vivir sencilla y pobremente, sin hacer sufrir a nadie, ¿y que de mi boca no salieran más que palabras de vida? Mi aspiración más grande es ahora no hacer sufrir a nadie. ¿Lo conseguiré?

Mi viejita, que tanto te quiere, consiente en enviarte ese retrato único que tienen, prestado por dos meses. Ojalá se pudiera reproducir. ¿Adivinas quién es?

Adiós mi Estrella Matutina. Avísame al recibir esta carta, para estar tranquilo. Que el Señor me envíe todos los dolores, a cambio de que te sientas tranquila y feliz. Adiós mi H. adorada.



19 de febrero de 1929

Madrecita idolatrada,

Imposible ir hoy donde Sarita. Anoche no dormí sino unas tres horas, con narcótico, y hoy amanecí incapaz. Ya sabes: ese diluvio de impresiones. Me siento como un mar adonde llegan todos los ríos de amargura, y estoy saturado de tristeza.

Hoy no saldré a ver si el silencio y la soledad me reconfortan. En la mañana estuve en la oficina y trabajé bien; pero si saliera ahora, me haría mucho daño.

Hijita, siento una cosa indefinible, una sensación de ir arrebatado por un torbellino, que nos lleva quien sabe adónde. Ni palabras ni hechos son propiamente míos: todo me parece fugaz, impetuoso y de una rapidez irrefrenable. De un día a otro me parece que transcurren meses, y los sucesos parecen más bien relámpagos que acaecimientos ordinarios y pausados.

¿Quién nos lleva y adonde? Las mismas horas que paso a tu lado, se me van como nubes y sombras....

El libro de Jesús es bellissimo, y en gran parte, muy nuevo. En muchas cosas se opone al mío y a los otros. ¿Cuál es la verdadera entre tantas interpretaciones? ¿Existió siquiera, realmente, ese hombre de mil facetas, cuya luz intensa, intensísima, no logró iluminar ni purificar a los hombres? ¿No será la única realidad, la única posibilidad, hacer nacer a Cristo, cada uno en su propio corazón, y vivirlo, sin preocuparse de los demás? ¿Qué haría yo para vivirlo?

Tenía ansia de hablar contigo un instante, palabras íntimas. Esto me hace bien siempre: escribirte, enseñarte mi corazón atormentado, es el alivio, un reconfortamiento...

¿Y tú cuando me escribirás? ¿Hace tantos días que no me viene una dulce palabra tuya?

Adiós mi dulcísima y amadísima compañera. Ninguna intimidad entibia mi amor por ti; cuanto más me confundo contigo, más sed tengo de beber todas tus aguas transparentes. Quisiera que fueras como el aire, y yo una nube que vagara en tu seno.

Anoche, en los momentos que me dormía, te soñé varias veces, ¡riendo y hablando... Adiós!

Albert

Mi villana letra, es de cansancio.



Lectores de Patria

San Salvador, 20 de febrero de 1929

Señor don
Alberto Masferrer,
Diario Patria,
Presente.

Don Alejandro Cáceres Molina, en PATRIA de ayer, publica algo sobre las arbitrariedades de la Empresa que suministra el alumbrado y fuerza motriz a esta pavimentada pero no higienizada capital.

La Empresa aludida, además de exigir el depósito de \$2.50 por cada foco de 25 wats, desde hace como dos años, a todo abonado nuevo le cobra todo el material que se necesita para el alumbrado, si dicha empresa hace la instalación, incluyendo en dicho material todo incluyendo la lámpara.

Si uno hace la instalación con persona particular, la Empresa cobra \$1.50 por conectar con sus líneas la instalación hecha.

antoja informar que la instalación no sirve, aunque este buena, no hacen la conexión.

Además, cada vez que se le viene en gana favorecer a una nueva fábrica de productos para alumbrado eléctrico, publican avisos en los periódicos manifestando que únicamente admite la Empresa instalaciones hechas con determinados materiales.

Con esto último, los que carecemos de casa propia y nos vemos en el caso de cambiar de habitación, aunque tengamos en uso para servicio del alumbrado materiales que hemos pagado al hacer la instalación, tenemos que hacer nuevo desembolso, pues la Empresa dice que debe ser otro material el que deberá ocuparse al hacer el traslado; y si no se hace la instalación con el nuevo material que la Empresa exige, el alumbrado nunca llega.

No me firmo, porque tengo varios focos que me son muy necesarios, y si pongo mi nombre me quita el servicio.

UN ABONADO A PATRIA

Dice patria.

Y por esto, porque todos ustedes mueren de miedo, y niegan a todos su firma, por eso El Salvador se va convirtiendo en el más apático, servil y explotado país de América. No tienen la culpa las Compañías. Con un pueblo así, es natural, humano, aunque no sea justo, que se vean tentados a toda clase de abusos y de extorsiones.



Jueves. 21 de febrero de 1929

Ultensha,

¿No estarás inquieta por mi salud? Mi noche fue tolerable, con algunas horas de sueño, y las últimas, de inmensa tristeza por nuestro disgusto de ayer. No te imaginas como sufro viendo que no mejora mi perverso carácter. Me causa tal vergüenza y tristeza, que pienso seriamente en alejarme, a vivir en la soledad, donde no puedo martirizar a nadie.

Ayer cuando me dijiste varias veces: ¡No hablemos!, te conocí verdadero enojo, quizá un relámpago de odio para mí.

Esto es inaudito: llegar a tu casa ansioso de agradarte y de que disfrutemos de unas horas de paz, de serenidad total, y comenzar por una acre disputa,

sin objeto y quizá sin motivo. ¡No me corregiré nunca! Me ha entristecido tanto pensar en esto, que no sé cómo habría trabajado hoy sin el recuerdo de tu paciencia infinita, y de que una vez me escribiste, que tu mayor anhelo es que “fuera cada uno la más bella creación del otro” ... ¿Esperas todavía? Fui a trabajar en la mañana, pero ahora en la tarde no, por hallarme muy indispuesto.

Ahí te envié una muestra de mis enojos de cada instante en el diario. Por suerte, logre contenerme, y no publicar ese iracundo desahogo. Guárdalo, para que alguna vez recordemos esta atmosfera infernal que estoy respirando.

Una vez más, ya son incontables, quiero imponerme la disciplina de no hablar de nadie ofensivamente, ni con ni sin justicia. Es una vulgaridad que me abochorna y desespera. Ayúdame, hijita, por favor y por amor; cada vez que se me escape delante de ti una palabra dura contra cualquiera y por cualquier motivo, repréndeme sin conmiseración ninguna: bastará que me digas ¡remémber! O souvenez vous, para que me contenga.

Otra súplica: cuando llegue a verte, no me hables, ni consientas que te hable de cosas graves o enojosas, mientras no haya descansado siquiera un cuarto de hora; y si es posible, hasta después de que haya comido alguna cosa. Quiera Dios que eso me evite enfurecerme.

He recibido varios libros y revistas muy interesantes. El trozo no queremos, no saldrá otra vez sino hasta el lunes.

Adiós hijita y madrecita.

Compadéceme, mientras llega el día de que me olvides, de verme incorregible.

Con toda mi alma. Albert.

Tengo mil cosas tristes en mi corazón de sentirme tan incapaz. Mañana quizás estaré ya bien. Adiós, anheloso de saber si estas, contenta.



22 de febrero de 1929

Mi Hortensia Divina,

para ti. “Tú, por quien yo he sentido en horas tan fugaces, Amor tan puro y hondo que no sabré decir”

Y ahora, te escribo mientras contemplo en tu retrato la celeste sonrisa que amo tanto. Mi Hortensia divina, acuérdate de lo que me dices en tu cartita: “nunca más irritarnos el uno contra el otro, por nada ni por nadie”. Es una ventura tan grande amarnos así, porque nos comprendemos; porque tiene cada uno fe plena en el otro; porque estamos ciertos de que nuestros dos corazones, aunque se oscurezcan a veces y rastreen la tierra, acaba siempre por iluminarse y por volar más alto que antes.

¿Ha existido antes de nosotros un amor así? ¿Hubo quienes creyeron plenamente el uno al otro, y se recrearon, tallando cada uno el corazón del otro como se talla un zafiro o un topacio? ¿No crees que se nos ha concedido una ventura inmensa, un don verdaderamente divino en este amor que no solo no decrece, sino que siempre se acrecienta, y cuyo anhelo más grande es hacernos buenos y nobles para ser dignos el uno del otro?

Amada de mi alma, arrúllame con tus pensamientos cuando vayas esta noche a dormirte; envuélveme en una plegaria; ruega para mí, que alcance pureza y serenidad, y que se extinga en mi corazón hasta las últimas raíces del odio y del orgullo.

Recuérdame, arrúllame, envíame tus besos que son mi fuerza y mi alegría, y que al hundir tu cabecita a la almohada sientas que las escondes entre mis manos tibias y anhelosas.

¡Cómo te amo, Hortensia de mi vida! Como, dos horas de haber estado hoy contigo, en la paz suave e íntima de tu mesa; oyendo luego nuestra música predilecta me ha hecho recordar y soñar tus gracias, todo lo que hay en ti de divino, toda la belleza inmensa de tu ser, que solo yo penetro y adoro, con un amor que es reverencia y éxtasis...

¡Una palabra amada mía, una palabra que hiciera que tu sonrosada orejita, oyera los latidos de mi corazón!...

Adiós, mi Alondra, mi Calandria regocijada y cantarina, mi única, mi madrecita bendecida mil veces.

Albert.



26 de febrero de 1929

Mulhathita, mi perla maravillosa,

Haberte visto un instante me ha traído grandísimo bien. Mis ojos tenían sed de tu imagen, y mi cuerpo dolorido pedía estar cerca de ti un minuto, para recobrar fuerza y ánimo.

Te vi desde que saliste de tu oficina, y me deleité viendo acercarte, con tu sombrerito apabullado, tu vestido azul y tus inmensos zapatos. Si vieras como te hacen de interesante a mis ojos esos tremendos zapatos. Me hacen pensar que eres muy hombre, muy ratón, y que ya tienes valor para desafiar a una mancuerna de gatos. ¡Ahora eres completa, dueña de ti misma, y tu inteligencia se afirma en tu voluntad!

Dueña mía, en todo eres única, admirable, perfecta. Vislumbro que llegarás a insospechadas alturas. Insospechadas de los otros, no de mí, que te veo yo, desde ahora, esplendente y triunfante.

Que gozo pensar que antes, mucho antes de que nadie viera, tu luz, ¡yo te llamaba ya mi estrella... mi estrella!...

Hortensia de mi vida, duerme, y sueña conmigo, si es que los ángeles permiten que sueñes con este feo y triste mulhathito. Hasta mañana, amor...

Una limosnita de coñae; solo dos dedos, que no quiero excederme.



929

28 de febrero

Hijita, injusto y malo contigo, sin remedio. Me causa esto una gran vergüenza, una desesperación que me indigna. ¿Por qué soy así contigo? No sé. Con nadie lo fui nunca; al contrario, sufrí con infinita paciencia toda clase de sinrazones, y traté de vencer a fuerza de dulzura y de bondad. Y contigo, que eres perfecta, una santa, me vuelvo irascible, soberbio, absurdo.

No comprendo que me sucede, y comienzo a temer que sea esto una maldición, una fatalidad invencible. Ya no me atrevo a suplicarte que me perdones, ni a prometerte enmiendas; lo hice tantas veces sin poderlo cumplir... Ya no sé qué hacer. Siento la convicción más honda de que

siempre me iluminas y de que en todo aciertas, y sin embargo me exaspero y te martirizo.

Yo creo que estoy enfermo, neurasténico, sobrecargado de contrariedad y de enojos, y que eso altera mi conciencia y oscurece mi cerebro. Si no descanso largamente no sé a qué absurdos me llevará esto.

Cunde la noticia de que fue ese artículo referente al G. Ch. lo que decidió el levantamiento del E.de.S. También dice que el otro art. de esta mañana, no fue sino una cortesía, que dejó en pie todo lo dicho en el primero, es decir, que hemos estado viendo visiones.

Sea como fuere, todo eso se traducía en odios para mí, y en persecuciones.

En mala hora caí en esta red infernal de luchas, de que no sé cómo salir.

Hoy tarde, no fui al trabajo. Caía de cansancio, de sueño, sin embargo, no he dormido. Siento fiebre, ansia de correr lejos, en busca de silencio y de soledad. Va la muchachita, a ver si logra dar con tu oficina, y traerme una letra tuya.

Aquí estoy avergonzado, triste, abatido, diciéndome que no merezco verte; que eres santa conmigo, y yo un loco malvado que amargo tus horas y te robo el poco descanso que te deja tu obligación.

¿Qué vergüenza, verdad hijita?

El Diario de ayer, contiene una revelación sugestiva de como recibieron mi art. Es un odio creciente el de ese hombre.



Sábado, 29 de febrero de 1929. A las 7 y 30 pm.

Para que mi amada Hortensia lea mañana, si tengo la dicha de verla.
Madrecita idolatrada.

Aunque estoy cansadísimo, pues trabajé sin descanso de las cinco de la mañana a las cuatro de la tarde, no quiero que pase el día sin una palabra de mi corazón para el tuyo.

Estoy gozoso porque terminé la publicación del *Mínimum vital*. Nuestra criatura ya no perecerá entre la burla y la mentira; ya está armado, viviente y aunque algo flojito y cansado en la tercera parte, es, vive, alienta, y hará su obra.

No te imaginas que alivio es esto para mi. Durante estos dos meses

últimos he sufrido mucho, viendo como arrastraban mi amada idea; como la desfiguraban y despedazaban, y como amontonaban sobre ella, errores, prejuicios, mala intención, toda clase de malas hierbas, que la ahogaban o por lo menos amenazaba atrofiarla. Ahora ya nada podrá contra ella y yo siento que se me ha quitado de los hombres un peso abrumador. Siento que voy a descansar, y que tengo merecido el descanso. Han sido nueve meses de lucha cruel y agotadora, contra mil obstáculos que tú conoces. Sin este último esfuerzo, nuestra obra corre peligro de extraviarse, de morir olvidada, sin haber florecido. Gracias a Dios, ya está.

Hortensia mía, acuérdate que ni un momento, en esta lucha acerba y dilatada, he dejado de vincular tu nombre a mi trabajo; que te he considerado de vincular tu nombre a mi trabajo; que te he considerado y sentido constantemente como la lámpara encendida que alumbraba mi pensamiento, y sostenía mi corazón. Me siento en paz contigo, puesto que te doy lo mejor de mi ser. Con este son dos hijos que te doy; el primero fue Helios, por quien todavía nada has hecho. ¿Será este más feliz?

Yo tal vez no te daré otro, porque mi rosal ya no tiene savia. ¿Te contentarás con estos dos? ¿Sentirás, que, en verdad, no perdiste tu vida uniéndote a mí? ¿Trabajaras porque se difundió y glorifique este Don que vino a nosotros dijéramos un recuerdo gratis a los hombres?

Hasta mañana, y que tu pensamiento venga a confortarme.

Siempre, con el inmenso amor de tu hijo.

Albert.



28 de marzo de 1929.

Hortensia,

Para honrar tu nombre, y ensalzar tu anhelo de ayer, de leer un libro eterno, escribo estas páginas, en las cuales intento decir cómo debería ser el Libro Eterno. O más bien, como debería ser el poeta que lo escribiera.

Ese anhelo tuyo, expresado ayer con tanta vehemencia, lo he sentido yo muchas veces; lo siento cada día mas, a tal grado que ya se me hace difícil encontrar el libro que, durante unas horas siquiera, colme las necesidades de mi cerebro y de mi corazón.

Y hasta he llegado a decirme que; a cierta edad y en cierto momento de nuestra vida, ya no podemos encontrar lectura que nos satisfaga, si no logramos antes convertir nuestra propia vida en una página, en una frase,

en una palabra, del libro inmortal...

Los materiales para el libro eterno, acaso existen ya; acaso todas, o la mayor parte de sus páginas fueron ya escritas, y solo hace falta un gran poeta que las escoja, las alcance, les de unidad, engarzándolas en una bella narración, una vida o una epopeya, así como un joyero engarza en un hilo de oro un sartal de rubíes o de corales sonrosados.

¿Te das cuenta, ¿Hortensia, de que el Libro Eterno, ha de ser tal que su belleza no radique en la gracia de las palabras ni en la preciosidad de las frases, sino en la universalidad de las ideas y de los sentimientos, en la perennidad de los hechos, y en la claridad, en la videncia de su interpretación?

O más bien, que, en él, la belleza de las palabras y de las frases surja involuntariamente, de las entrañas mismas del hecho y de la idea; así como en las olas surge la espuma del ímpetu de aquellas, sin que aquellas lo intenten ni lo adviertan acaso...

Decía que las páginas del Libro Eterno existen ya, por ventura; sino todas, todas no será posible escribirlas nunca, muchas y de las más intensas. Espigando en Homero, en Eurípides, en Esquilo, en la Biblia, en Lucrecio, en Heródoto, en el Bagavad, en Zoroastro, en Platón, en Lao-Tseu, en Budha, en Pitágoras, en Francisco de Asís, en Shakespeare, en Víctor Hugo, en Heine, en Tolstoi, en Kropotkine, en Reclus, en Andersen, en Leconte de Lisle, en Mahatma Gandhi, en Goethe, en Corneille, en Byron, en Gorki, ... y en muchos, humildes, que no dijeron sino una palabra, se encontrarían las páginas del Libro Eterno, escritas con todo el dolor, el canto, la risa, la sonría, la contemplación, la adoración, la esperanza y la desesperanza de todos los hombres en todos los tiempos. Con toda la exaltación de su fe y la osadía de su pensamiento; con el vuelo inmenso de su imaginación y la constancia de sus anhelos; con las desgarraduras de su conciencia y las quimeras y las penetraciones de su ciencia; con la intuición del más allá, y la tímida visión del aquí y del hoy; con la fraternidad de la piedra, del reptil y del árbol, realizada en el corazón de Isaías; con el odio y la soberbia y la crueldad de la conquista y de la destrucción, encarnada en un Atila y en un Napoleón y en un Bismarck. Y se hallarían, asimismo, las páginas en que Buffon, haciendo de su cerebro, de todo su ser, una lente inquisidora, potente y fiel, vio a los animales en toda su fuerza y su belleza. Y aquellas en que Michelet y Favre y Smamerdan, sorprendieron la vida misteriosa de los insectos.

Y aquella en que Schiller oyó la voz de los mentales, fundidos y purificados en la grande voz de la campana. Y aquellas en que Guerra Junqueiro, vio la luz, en un momento en que tu corazón se transformara en ojo luminoso,

inmenso y celeste...

Si, los hombres, ansiosos de hallar el Secreto de la Vida, el porqué de las lágrimas, la llave del ensueño, la urna de la gracia y la nube que encierra en sus entrañas el Éxtasis, escribieron las páginas maravillosas del Libro Eterno. Las escribieron con amor y dolor, con adoración y renunciación; a veces, mojando la pluma en su propia sangre; a veces, transformando en palabras la oración de la montaña, la fiesta de la Aurora y el terror de la tempestad; a veces, arrobados en la belleza de las cosas; a veces, entremecidos de horror y de terror ante la visión fugaz de lo invisible, y ante el eco de las voces que vienen de más allá de las tinieblas...

(Desde hace una hora, Hortensia, mis oídos, aguzados y extendidos quizá por esta idea del Libro Eterno, y más que todo por la felicidad, que es profundamente justa y plenizadora, escuchan todos los ruidos y cantos del ambiente: la cigarra que sacude sus cascabeles de cristal,... las quejas lamentables de la tortolita,... la garrulería de los gorriones,... el pitazo deleitado y desgarrado de la locomotora,... el chocar de las tazas y platos en el canasto de la cocinera,... el grito fino y fugaz de la calandria,... el chirriante clarinar de los clarineros, y el repiquetear de los picos sobre la corteza impenetrable del conacaste...

Oigo cada una de las voces, neta, clara, sonora, musical, palpitante de vida y de intención... y las oigo todas a la vez, enlazadas, fundiéndose en una sola y poderosa y honda y rítmica voz...

La Sinfonía, Hortensia... el prodigio de la sinfonía, en que las notas más disonantes y discordantes, se unen, se engarzan, se funden, se armonizan, se cristalizan y se exaltan en un solo himno que es el cántico de la vida...

¿No habría de ser así el Libro Eterno?

11.

Para el oído atento, para el oído penetrante, para el oído vidente, yo, a veces, oigo y veo, toco y aspiro tu voz... (que suave y qué fragante así) ... para el oído capaz de oír la voz de todo lo que canta, y todas las cosas viven de cantar, sin duda que hay una música tan profunda y clara en la canción del viento en el pinar como en el crujir de las ramas secas que tuerce y hiende el hálito del sol; tan varia y melodiosa en el trinar del mirlo y del jilguero como el croar de la rana y el tic-tac de una gotera. Pues la música, tal vez más que en las cosas está en el oído que las melodiza y sinfoniza; como tu gracia y tu limpidez y tu anhelo de luz y santidad, acaso más que en ti, viven y palpitan en mi corazón... No, si tu no fueras una voz auténtica, yo no escucharía tu música; si no fueras uno de los más hondos y sonoros ritmos del espíritu, y no sintiera este anhelo de escucharte y de

comprenderte y de acrisolarte por el influjo de tu corazón.

Sin duda, hay el ritmo, y hay el oído que lo comprende. Hay la blancura, y hay el ojo puro, limpio, capaz de recrearse en la blancura. Hay la suavidad y hay la mano suave, fina, capaz de tocar y de sentir y de penetrar lo que es suave. A mayor capacidad de visión, más eficacia en la revelación del color. A mayor capacidad de audición, más eficacia en la revelación de la voz. A mayor capacidad de tactación, más eficacia de la revelación de la tersura, de la suavidad.

Y el gran poeta, entonces, aquel grande poeta que suponemos capaz de comprender y de escoger las mil páginas escritas ya. Del Libro Eterno, y de enlazarlas y armonizarlas, deberá ser un hombre de caridad profunda, que oiga, y vea y tacte íntima y poderosa la voz y la visión y la superficie de las cosas, y de sereno, amplio, hondo y amoroso corazón y cerebro, que lea en el corazón y en el cerebro de los que sonrieron y lloraron antes que él: de los que alabaron y ensalzaron; de los que dudaron y creyeron; de los que vivieron en el cielo y en el infierno; de los que florecieron en rosas y de los que estallaron en cardos... si fueron sinceros y desinteresados: si sus gritos de júbilo y sus gritos de ira fueron arrancados por el afán de hallar la luz, de vivir el ritmo universal de las almas y de las cosas...

Y por ahora, musa mía. Hortensia mía, santa.



5 de marzo de 1929.

Mamita linda,

Dormí bastante bien, y he amanecido contento; solo con un poco de dolor de cabeza, que ya está pasando. Todo lo que necesita es reposo mental, y que pienses en tu niño alguna vez.

Descansaré todo el día, y leeré algunas páginas de Oliver Lodge.

Envíame mi sueldo, pues no tengo nada. Agradecería mucho a Josecito que avisara a Ricardo Alfonso, por teléfono, que no interrumpa la publicación de la Economía Mundial de Wells, y que reproduzca mi artículo Dar, publicado el 16 de mayo. Pero este aviso habría que dárselo antes de las 9 y media de la mañana.

Adiós mi muchachita, y que el señor te colme de sus gracias. Abrazo a Mechecitas; sigo trabajando en la historia de su postal.

Adiós, mi dulce madrecita.

Hoy es cinco de marzo... ¡Que habría dado por repetir esta noche

contigo, nuestro paseo de 1925!



6 de marzo de 1929

Mamacita celeste, sueño de mis sueños,

He besado tu carta muchas veces, diciéndome que solo el amor de una criatura como tú, puede hacer la vida tolerable. Esa carta no se apartará de mí, y haré que me la ponga sobre el pecho, cuando ya me vaya de esta tierra. Y mientras viva, me servirá de aliento y de guía. Te amo, Hortensia, con un amor, que es sin duda divino, puesto que mi anhelo es crecer y purificarme y exsificarme para merecerte y para que nunca dejes de amarme. Si mamita linda, así te ama tu niño, con todo su corazón, con todo su ser.

Antenoche, cuando tu orabas para que yo tuviera un sueño tranquilo, soñé contigo tres veces; en la última te ví de pie junto a mi cama, sonriendo, acariciándome la cabeza como una madrecita a su niño.

Amada mía, estoy forjando proyectos muy grandes, sueños gigantescos que no realizaremos nosotros, pero que se realizarán porque nosotros los habremos hecho nacer y volar. Siento anhelo de trabajo y de lucha, y siento que las cosas comienzan a organizarse bajo mi influencia, y dóciles a mi dirección.

Todavía me quedará hoy en reposo y procuraré que todo sea quietud en mi este día. Ven un ratito en la tarde, amada mía de mi alma, para que tu voz acabe de fortalecerme.

Mamacita adorada, si no me envías ahora dinero, tu niño no comerá hoy. Hasta luego, lucero de mi corazón, y que tu pensamiento me proteja.

Para siempre, en lo más puro y más alto de mi ser, y arrodillado a tus piecitos, que beso mil veces.

Albert



9 de marzo 29

Niñita dulce, no vayas a creer que he tenido enojos, y que he sido víctima de una tempestad. Absolutamente; es que ayer como un glotón y un goloso, donde (ilegible) hoy, y he pasado serenamente mi gula.

Ya estoy mejor, y espero amanecer bueno del todo.

Mantengamos hijita, nuestro propósito: a la Serenidad, a la calma, por todos los caminos.

Estoy gozoso de pensar que me vendrá una palabra tuya, escrita de tu manecita. Con eso me acabaré de mejorar.

Hijita mía, duerme bien, descansa; cruza tus brazos cuando hables, y mantén un tono de voz reposado, musical, así como el viento que me arrulla en este momento. Hasta mañana, Alondra de mi corazón.

He descubierto una magnífica medicina para la enfermedad que sabes. Estoy seguro de sus resultados. Ya te diré.

Adiós, Mulhathita mía.



Lunes 11 de marzo de 1929

Querida Hortensia,

Ha llegado un momento en que necesito enseñarte mi corazón entero, con todas sus llagas abiertas. Si no lo hiciera, creo que caería enfermo gravemente.

Hortensia, tu amor se me vuelve día por día, un tormento. Aquella vida plena de que hablabas, se me va tornando un vacío, un abismo en que lo único que vive es una desesperación creciente. Y la causa en que tú, día por día, te vas alejando de mí: cada día, eres mejor amiga, más servicial, pero cada día menos amante. Cada día te dejas imponer nuevas restricciones, o te las impones tú misma para contentar a otros, y por eso de día en día estas más distanciada; al grado de que, hasta un ratito de conversación íntima, ha llegado a ser imposible entre los dos.

Yo vengo callando y sufriendo hace días; desde que te pasaste a tu nueva casa. Mientras venías con Josecito, al menos podías conversar conmigo íntimamente; me es tan dulce oírte hablar así, como una madre a su hijo, o escucharte cuando desarrollas un tema elevado y edificante.

Todo eso se acabó desde que M. te acompaña. Llego a tu casa, triste, y cuando me despido salgo más triste aún. Procuro ocultártelo casi siempre, pero la verdad, es que las más de las veces que llego a verte, yo no duermo, exasperado de no haber tenido un momento de intimidad, de abandono, de libertad.

Antes yo hablaba contigo delante de ella, de nuestras intimidades; me acariciabas; tú y ella misma, reposaban la siesta junto a mí; toda clase de

expansiones inocentes me eran permitidas.

Ahora está siempre, siempre, oyendo y viendo, y ni se habla ni se hace nada, sino lo que a ella pueda no disgustarle. La actitud de los dos, ante ella, no es de pensar el uno en el otro, de consolarnos, de confortarnos, sino de no incurrir en falta. ¡Y todo es falta ya!

Echo de menos el tiempo en que llegaba yo dos veces por semana a casa de tus tías, una y hasta dos horas, nos dejaban libres, y vertíamos uno en el otro nuestros corazones, y soñábamos, soñábamos en el día de la liberación, en el día de la vida plena. Hay estamos siempre bajo la inquisición de sus ojos, ni un minuto de libertad, y ya no soñamos, por lo menos yo no sueño, porque la realidad (la vida plena que me decías) es que día por día estamos más vigilados y distanciados, y convirtiéndonos en extraños, aunque parezca todo lo contrario.

Antes consentía venir aquí con Jorgito. Ahora ni con Toña. Antes podía yo coger tu mano sin pensar que ofendía a nadie. Ayer en el campo me rechazaste cuantas veces intenté cogértela un instante. Antes podías escribirme tranquilamente largas y amorosas cartas, que ella misma podía traerme. Ahora no te atreves a escribirme sino a la oficina, de miedo que lleguen a verte lo que escribes. Antes podíamos decirnos nuestras cosas en francés, y era para mí un encanto hacerlo. Ahora te niegas, para que la sirvienta no eche de ver que cambiamos de idioma.

En fin, que ni Compañera ni madre ni amante ni hija te siento, sino es en las cartas. Solo en las cartas, a veces, hay esa vida plena soñada. En la realidad diaria, lo que hay es una criatura llena de miedo, que solo se cuida de que nadie, en nada, vaya a imaginarse que es para mí otra cosa que una amiga.

No hablamos, no leemos, no oímos música, que no nos sea impuesta u otorgado solo por momentos y a regañadientes. Si tengo que consultarte algo secreto, es imposible, y tengo que decirlo delante de todos.

Hortensia, te digo por Dios, que esto no es lo que yo soñaba, ni lo que pensé merecer. Esto es un erial, donde por una florecita que agoniza en un instante, hay que punzarse con millones de cardos y de espinas.

El insomnio se ha apoderado de mi cruelmente, y la neurastenia me invade día por día. Ya no siento anhelo ni afición por nada, y mi único deseo será irme lejos, muy lejos, para siempre.

En un instante que tengamos libre, ¡son tesoros! Tu desbordas en amor para mí, y me haces creer, deveras que soy feliz. Pero si ese instante no viene por casualidad, pasan días y semanas, sucederá lo que quieran y tú no serás para mí “la compañía” “la que me ama sobre todos los amores. “la

que siente su vida colmada en mi amor”.

Nuestro amor, Hortensia, se ha vuelto un amor literario: un amor en el papel; un amor de frases. ¡Qué triste, que pobre y que vacío!

Yo no te quiero culpar ni culpar a nadie. Tienes tus creencias, tu ideal de vida, de moral, de religión, de orden social, que no son los míos. No, no lo son, son mentalmente. En los hechos, no lo son. Tu eres otra, otra de la que yo imaginé y esperé. Tu eres una criatura que ama y venera sobre todas las cosas, las convenciones sociales y la paz con quienes le rodean, y por veneración a esos sentimientos, dispuesta siempre a sacrificarse, a sacrificarlo todo.

Esta es la sola y única verdad. Y yo, soy un desdichado iluso, enfermo, inmensamente necesitado de libertad, de mimos, de vida íntima y libre, de vida verdadera, en que todo, sonrisas, palabras, gentes, sean tan verdaderos como los sentimientos.

Hortensia, yo siento que esa casita tuya me es fatal. Llego cada vez pensando: “acaso ahora”. Salgo cada vez diciéndome: ¡Talvez mañana!

Siento día por día tu alejamiento. Ya no te atreves ni siquiera a abrazarme cuando te despides de mí- (Como ayer). ¡No te atreviste ayer, cuando regresábamos, a consentir que te diera la mano para bajar unos montículos donde era natural que te apoyaras en mí!

Lo que permitirás a cualquiera, a mí me lo niegas ya. ¿Es por miedo? ¿Es un propósito de alzar una barrera? Yo no sé. Lo que sé es que soy inmensamente desgraciado. ¿Sabes cuál es mi vida contigo? La de uno que muere de sed, y a quien nunca se le da agua sino por gotas; para que no muera, pero sin que jamás llegue a sentirse satisfecho.

Yo veo bien que tú vives contenta así. Es tu manera de ser. Encuentras en esta vida la paz, la armonía. Con que pueda yo ir a verte tres veces por semana, y mostrarte obsequiosa servicial conmigo, como una amiga excelente, así te satisfaces. Yo no.

No te culpo, Hortensia. No sería justo si me das todo lo que puedes, no tengo derecho a más. Lo triste es que no te sabes dar plenamente. Nunca lo hiciste. Quizás no lo harás.

Bueno quería decírtelo, y ya te lo dije: soy inmensamente desdichado, y no quiero ocultarlo más. Cuando regreso de aquí los domingos, yo casi nunca duermo. En cambio, la rara vez que nos permiten que hablemos un momento a solas, ahí en tu casa, y me dices una palabra íntima, llenas de ternura, de libertad, yo regreso como si viniera del cielo, y mi sueño es dichoso.

Yo no puedo más, Hortensia, con esta esclavitud que aumenta siempre.

Yo no soy feliz viviendo de migas, que caen al azar del banquete. Yo nací para darme todo, todo, y para que se me diera a mí con plenitud absoluta.

No, no soy dichoso; sufro cada día, más y más, y este amor es algo cruel que acaba con todo lo que resta de energía. Eso no es, ni remotamente lo que yo soñé: eso es una imitación de la vida plena, una pobre imitación.

Ahora, Hortensia, mi único deseo en la vida, es no ser jamás la causa de la desdicha ajena. Me espanta la idea de que por mí se originen nuevas catástrofes, nuevas vidas fracasadas. No quiero turbar la armonía de nadie; no quiero trastornar ninguna paz, ninguna casa.

Así, no creas que te pido que cambies. Ya sé que no cambiarás: lo que no se logró en cinco años, ya no se logrará-

Sentir necesidad inmensa de mostrarte mi corazón; de decirte: “no es esto, no es esto lo que puede llenar a un hombre como yo”.

Ya te lo dije.

Ahora, solo quisiera agregar que permanezcas tranquila si no voy a tu casa tantas veces. He de procurar alejarme un poco, tranquilizarme, ser dueño de mí mismo_ Veo venir nuestra separación total; veo venir la muerte de nuestro amor, que morirá de pie, y necesito esforzarme para acostumbrarme a la soledad.

Hoy no iré a verte, hijita. No tengo valor de hacerlo.

No te inquietes por mí. Yo sé que me escribirás una carta muy dulce, muy cariñosa, diciéndome que soy un visionario, que tu amor es inmenso, y que todo lo dejarás por mí. Ya lo sé y sé también que no dejarás nada; que, a la menor presión de otros, me verás sufrir y desesperarme, aunque se te desgarré el alma. No me escribas esa carta, te lo ruego, porque yo sé que, aunque nazca de tu corazón, no hará vaciar en nada tu conducta.

Adiós, mi querida Hortensia. Mañana o pasado, iré a verte. Entre tanto que el Señor te de paz.

Alb.



12 de marzo de 1929

Mi niña buena,

Dormí bastante, y amanecí menos deprimido, aunque todavía debilitado. Sin duda, la causa determinante fue, como tú dices, la gran fatiga, acabando de almorzar.

Pero a todo llegaremos. Cada vez crece a mis ojos el valor de aquella frase

tuya, que has repetido muchas veces, en distintas formas, de “llegar a ser cada uno la más bella creación del otro”.

Es un ensayo atrevido y escabroso; pero bellísimo, y atractivo. Lo usual fue siempre, cuando se buscaba la perfección apartarse el hombre de la mujer, y esta de aquel. Es sin duda la más difícil, pero no lo más alto.

¿Llegaremos hermanita a perfeccionarnos, relativamente siquiera, por amor el uno del otro; por el afán de ser el espejo en que el compañero mire su imagen complacido? ¿Verdad que llegaremos?

Por ahora, yo no pienso sino en la serenidad, en obtener el dominio de mí mismo. Y son ya diez días, con ayer, que no he sufrido sino leves alteraciones; enorme resultado si se compara con los meses anteriores, de tres a cuatro crisis por semana.

Ya ves, almita de mi corazón, adonde puedo ir yo si tú me llevas.

Van tus medicinitas. Vas a leer, con mucha, mucha atención el prospecto, y a seguir el tratamiento con fidelidad absoluta, durante cinco meses. Yo respondo entonces, de tu curación.

A ce soir, ma petite mere bien aimie. Jembrasse tis sieux adorables.



18 de marzo - 29

Querida hijita,

Es triste que, a la hora y media, justo de decirme palabras tan bellas y tan amantes, tus hechos las desmienten. Siempre sales hasta el portón a despedirme, este quien estuviere. Pero hoy, como estaba ahí ese amigo, hombre de carácter, que sabe imponerse y a quien tienes miedo, no te atreviste a hacer lo de costumbre y dejaste que me acompañara tu hermanita.

Y aquí lo peor: me invitaste a comer y siendo ya las 7 y 30, podía suponer que ya en mi casa no me esperarían. Creyendo que, al levantarme para venirme, se decidiría_ a ir al comedor_ como es natural, e invitando cortésmente al visitante, me levante, esperando que me reiterarías la invitación. Y no lo hiciste. ¡No tuviste valor de confesar, ante el hombre dominador y sereno, que me habías invitado a comer!...

Bueno. No lo olvidaré, y esto me servirá para decirme uno y otro día, que debo alejarme, de quien me niega tantas y tantas veces, víctima del miedo, y hasta en las ocasiones en que no hay ningún peligro.

Ten seguro de que esta semilla queda bien sembrada, y de que fructificará. Al fin abriré los ojos, o más bien, puesto que se demasiado a qué atenerme, al fin tendré valor de ajustar mi conducta a lo que me enseña mil y mil veces la experiencia.

¿Qué voy a esperar de ti cuando llegue la necesidad de arrastrar un verdadero conflicto?.

Si logro ser hombre esta vez, no llegaré a tu casa el miércoles, para dar tiempo a que reflexiones que no me crees inferior a nadie, y que no merezco tantos menosprecios.

Gracias, hijita - muchas gracias.



19 de marzo de 1929

Hortensia, a las seis menos quince minutos me acaba de entregar tu carta Jorgito. Nunca me habías escrito con tanta sequedad. Pero yo tengo la culpa, y de todas maneras te doy infinitas gracias.

¡Es tan difícil conocerse! Nunca habia notado que fueras tarda e indecisa, como dices, en las situaciones apuradas. Por el contrario, te he creído siempre llena de ingenio y sangre fría. Me da vergüenza pedirte perdón; te lo he pedido tantas veces, que ya te he de parecer grotesco... Sin embargo, haré cuanto pueda para ya no ofenderte con mis exigencias y dudas. Lo que me hiere y me desconcierta, es ver como cedes y te esfuerzas en complacer a quienes te exigen y te oprimen. Por ejemplo, esa niña amiga tuya, que se apodera de ti, y a quien te entregas horas y horas, como si en la vida no hubiera cosa más alta que hacer.

Pero dejemos eso, hijita, y si puedes, olvida una vez más mis agravios. Recuerda una vez más que enfermo soy, que agotado me siento, que triste vivo y que desamparado... Y, sobre todo, como siento que no te merezco, ¡cuánto me asusta perderte!...

Acaba de ir la muchachita a dejarte una carta. La dejó con Merceditas, porque tu no llegabas.

Quiera Dios que no hagas caso de lo que ahí te digo. Soy un desdichado, Hortensia; no tengo más apoyo ni consuelo que tú. Fuera de ti, no hay más que vacío y temor. Tenme compasión de que esta noche me acostaré sin una palabra tuya, clemente y amorosa.

Al cabo de tanto martirizarte, me aborrecerás, y yo moriré. De rodillas y con el corazón lacerado, sangrante de pena y confusión, beso tus piecitos, ¡mi Hortensia idolatrada!

Albert

A.D. cuando yo hablo de renunciar a ti, no es dejar de amarte ¿Acaso se podría? Es renunciar a que tú me ames, para que tú no sufras los tormentos perennes que te ocasiono ¡Si penetraras, en mi corazón, vieras que abismo, y que necesidad inmensa hay en él de un amor sin límites, claro e inmarcesible y profundo como el Sol...



22 de marzo de 1929.

Querida mulhathita,

¿Cómo estás? ¿Te pasaron ya las tristes impresiones? Yo tendré el dolor de no verte hoy ni mañana. Siento necesidad grande de reposo, y, sobre todo, de reflexionar en esta penosa situación nuestra, cada vez más difícil y sembrada de obstáculos.

Después de las violentas escenas de anteayer con M.y J. creo que es indispensable un poquito de ausencia de tu casa, para que se les olvide mi actitud. Me siento muy avergonzado, pues, aunque siempre fui irascible, nunca he sido malcriado. Solo es esa atmósfera inexplicable que forman ellos en torno de ti, me siento arrastrado a violencias tan extremas y tan feas. Fíjate que cada vez mis conflictos con M. son más graves ¡Adonde llegaremos si yo no logro ver claro en mí, y ser dueño de mis acciones!

Así es que no llegaré sino hasta el martes, para dar tiempo a que entre ellos y yo se purifique la atmósfera. Ayer no quise hablarte de esto, porque estabas muy impresionada.

¿Te entregaron mi carta de anoche? ¿Te sonarán gratas mis palabras, y pensaste en mí? Escíbeme siquiera una frase, hijita, que venga bien adentro de tu corazón. No te imaginas cuanto lo necesito.

¿Vienes el domingo, verdad Madrecita querida, única?

A.



22 de mayo de 1929

Niñita querida,

Recibe una palabrita dulce que te manda mi corazón, para que duermas bien y sueñes con tus hermanitas los ángeles.

Asómate un momento a ver el cielo, ¡y verás que azul violeta, suave y cristalino como tu alma! Mira los luceros, apacibles como tus ojos en los retratitos que me mostraste anoche... Estoy pensando en ti con inmensa lastima, ¡de verte que solita y huérfana estas en la vida!... Y cuantos dolores inevitables te aguardan...

Pero ten ánimo, niñita querida, y no exageres los motivos de tristeza. Esos desvíos de tu hermano, son propios de tu edad, y todo muchacho de imaginación los padece. Yo cometí errores mucho más grandes. Su índole triunfará de todo, y recorrerá luego un camino ancho y limpio.

Es una dicha que tu hermanita, violenta y regañona como es, te quiera y te estime; yo sé que su fondo es muy noble, y comprendo que es para ti una excelente compañera.

De todo, el más censurable soy yo, que tanto tiempo he tardado para leer en tu alma y penetran en tu dolorosa vida; y que, lejos de sostenerte, no he servido sino para atormentarte...

Pero llega para toda la hora, y ahora siento anhelo de ser bueno contigo, de protegerte, de ser en toda una fuerza que te defienda y te conforte. Ya veras, mi pobre muchachita, como, en vez de ser mi madrecita, serás desde ahora mi hijita adorada, a quien serviré y formaré, para que realice su vida con plenitud y gracia.

Hasta mañana, mi pobrecita alondra. Que todos los arcángeles besen tus ojos, y que sientas en tus cabellos la caricia dulce de mis manos.

¿Me das permiso de soñar contigo esta noche? Piensa en mí en el momento de posar tu cabeza en la almohada, y después de haber orado un ratito. Y eso me dará una noche feliz.

A.



23 de marzo de 1929

Querida hijita,

Sé que te alegrarás de saber que dormí muy bien, toda la noche, por

haber llevado mi catre al cuarto grande, frente al conacaste, y, sobre todo, por haberme desahogado, mostrándote anoche heridas que sangran hace mucho tiempo en mi corazón, y que yo, por orgullo, nunca quise mostrar. Es una humillación terrible para un hombre delicado confesar ciertas cosas: espera uno que la persona amada, el otro yo, adivine, y se ponga al unísono con aquel que se cree amado y comprendido de ella.

Sobre todo, es bochornoso y triste hacer esas confesiones, cuando muestran un aspecto inferior de nosotros mismos, algo que nos rebaja. Pero ya sucedió, y no hay más remedio que hablar de ello. Así, pues, sabe que nunca me he conformado con que mis enemigos: aquellos que han procurado por todos los medios destruirme e infamarme, sean amigos de tu predilección. Eso tiene un aspecto de santidad, sin duda; pero también tiene otro, y es el de que no sabes ni amar ni aborrecer intensamente.

Tanto ese Señor como el Doctor M. Son para mí, enemigos, enemigos de mi obra, de mi honor, de la empresa que llena mi vida. Para dañarme, no han reparado en medios, y yo, en lo íntimo de mi corazón, aunque trate a veces de negármelo a mí mismo, tengo contra ellos un resentimiento profundo, incurable.

El afán de mejoramiento, quimera de que no puedo todavía librarme, y el deseo de serte grato llegando en todo a sentir como tú, me han impulsado a ocultarlo y a extirpar en mi ese rencor. No lo he logrado, y ahora no lo intentaré más. Quiero ser como realmente soy, y vivir los últimos años de mi vida, de acuerdo conmigo mismo.

Cuando tú me contaste las villanías de Ch. contigo, yo me aparte de él, totalmente y para siempre. Lo único que tengo para él, cuando es inevitable, es un saludo ceremonioso. No concibo que pudiera yo, por ningún motivo, frecuentar su trato, ni el de nadie que te hubiera dañado en tu honra. Y aún más, encontraría más explicable que tú misma reconciliaras con él y no yo. Así soy: ese es mi temperamento espiritual, así como honrar y serviré siempre a quien tú, amas, a quien te haya hecho grato el vivir, así aborrezco a quienes te haya dado hiel y vinagre.

Ya sé que esto no es heroico ni santo, y que me hará desmerecer a tus ojos; pero no quiero vivir de mentiras y fingimientos.

Con tu hermanita me sucede que se alza y crece entre los dos un muro. Le debo, por el dominio absoluto que ejerce sobre ti, las horas más negras de mi vida, en estos últimos dos años. Y porque sé que te absorbe y te doblega más, día por día, que destruye mis sueños más queridos, que suprime tu personalidad, me siento mal en su presencia. Viéndola y oyéndola, me siento impulsado a reñir, a violentarme, y como le sobran ocasiones de imponerse, acabamos siempre en una escena ingrata. Sé que no lo hace de

intento; sé que es buena y generosa; todo lo que quieras; pero tú no haces sino lo que ella quiere: antes de hablar o actuar, primero te consultas a ver si a ella le satisface y a la menor duda de que puedes herirla, te repliegas como la sensitiva. ¡Cuántas veces me habrías colmado de ventura con una sonrisa, con una palabra, y no vinieron por miedo a ella!

Piensa hijita, lo que es para un hombre como yo, y en mis circunstancias, verse constantemente disminuido, cercenado su bien, su único bien. Porque aquella quien ha entregado su alma, toda su alma, es la esclava de una chiquilla, a quien no debe vasallaje ni por su edad, ni por su corazón ni por su inteligencia.

Ayer no quería ir yo a tu casa; presentía el conflicto, y no habría ido sino te hubiera encontrado. ¡No tuve valor para dejar de verte, una vez que tú, de palabra y por escrito, me lo habías pedido!...

Yo deseo, hijita, que reflexiones, que reflexionemos los dos: que nos demos cuenta del camino recorrido; de si en verdad, en verdad, estamos persiguiendo un mismo fin en la vida; de si, en verdad, en verdad, cada uno es para el otro lo primero, lo más anhelado, lo más amado y lo más venerenciado. Es imposible, Hortensia, es ridículo imaginarse que se puede amar a todos; es quimérico pensar que el alma se puede desmenuzar y arrojarse a los cuatro vientos; salvo que se trate; de almas tibias, que no saben realmente lo que es amar con todas las potencias del ser.

A causa de esta situación caótica, indecisa, cambiante, yo me siento mal: pierdo cada vez más el dominio de mí mismo, mi energía mental y mi anhelo de trabajar. No te encuentro, Hortensia. Como un ciego que hubiera perdido su vínculo, te busco temblando de ansiedad, y no logro asirte sino por instantes, fugaces, casi irreales. Lo que me trastorna y me arrastra a hechos y palabras groseras y antipáticas.

Esta carta, Hortensia, no es hija del insomnio. Es cierto, es pensada y querida.

Relee mis cartas de estos últimos meses, y encontrarás las mismas quejas, que fueron sinceras y motivadas, aunque luego las negara yo mismo por no llenarte de tristeza. Ahora las confirmo todas, y te digo: no te siento mi compañera. No siento que vayas conmigo, sino por momentos, cuando te lo permiten los demás. ¿Recuerdo que esta frase te la he dicho cien veces? Sobre los libres pueden darse, Hortensia, y quien se dé a todos, no se da a ninguna.

Es un dolor inmenso apesarte: yo comprendo que tu ideal de vida es ser para todos, aún para tus peores enemigos, una madre, una fuente adonde todos pueden beber salud y alegría. Lo sé, te comprendo, te admiro, y mil

veces anhele seguirte. Y te sigo muchas veces, mentalmente en ese camino; pero cuando surge la realidad, con todas sus aristas y asperezas, soy otro, y me sublevo.

Ya no tengo edad para ascender. Y ya no he podido ascender. La naturaleza me ha enseñado cruelmente, haciéndome concebir que tenía fuerza para llegar a la cima de la perfección. No las tengo, lo sé bien, y no quiero más ser víctima de una ilusión.

Adiós, hijita. Quiera mi suerte que esta carta no te impresione demasiado, y que te cargue de penas sobre las muchas que te agobian. Yo necesitaba mostrarme a ti, en todo, mi verdad, porque solo eso me alivia y me purifica, y porque necesito librarme hasta de los últimos vestigios de mentira; necesito ser como soy, y parecer lo que soy. No hay para mi otra solución.

Todos estos dolores concluirán, cuando yo acabe mi empresa de renunciar a ti; es decir, cuando logre, por fin, amarte como aman las madres generosas: sin esperanza ninguna de correspondencia. Yo voy avanzando en ese camino, que aprendí hace ya tiempo, y estoy cierto de que llegaré. Y haberte confesado mis oídos y antipatías, no creas que me estorban en ese propósito, sino, al contrario, me impulsan. Una vez que yo te diga con íntima y total verdad lo que pienso y siento de ti, me será mucho más fácil respetarte y dejarte enteramente libre en tus afectos, en tus ideas, en tus propósitos. Enseñar nuestro corazón, lacerado y sangrante, es la mejor medicina para reavivarlo.

Adiós, que nuestro señor te proteja, te ilumine y te de paz y alegría.

Te ruego que leas esta carta unas tres veces, y luego la destruyas. No sería tan larga, si pudiéramos conversar, como antes.



28 de marzo de 1929

Hortensia,

Para honrar tu nombre, y ensalzar tu anhelo de ayer, de leer un libro eterno, escribo estas páginas, en las cuales intento decir cómo debería ser el Libro Eterno. O más bien, como debería ser el poeta que lo escribiera.

Ese anhelo tuyo, expresado ayer con tanta vehemencia, lo he sentido yo muchas veces; lo siento cada día más, a tal grado que ya se me hace difícil encontrar el libro que, durante unas horas siquiera, colme las necesidades

de mi cerebro y de mi corazón.

Y hasta he llegado a decirme que: a cierta edad y en cierto momento de nuestra vida, ya no podemos encontrar lectura que nos satisfaga, sino logramos antes convertir nuestra propia vida en una página, en una frase, en una palabra, del libro inmortal...

Los materiales para el libro eterno, acaso existen ya; acaso todas, o la mayor parte de sus páginas fueron ya escritas, y solo hace falta un gran poeta que las escoja, las enlace, les de unidad engarzándolas en una bella narración, una vida o una epopeya, así como un joyero engarza en un hilo de oro un sartal de rubíes o de corales sonrosados.

¿Te das cuenta, ¿Hortensia, de que el Libro Eterno, ha de ser tal que su belleza no radique en la gracia de las palabras ni en la preciosidad de las frases, sino en la universalidad de las ideas y de los sentimientos, en la perennidad de los hechos, y en la claridad, en la videncia de su interpretación?

O más bien, que, en él, la belleza de las palabras y de las frases surja involuntaria, de las entrañas mismas del hecho y de la idea; así como en las olas surge la espuma del ímpetu de aquellas, sin que aquellas lo intenten, ni lo adviertan acaso...

Decía que las páginas del Libro Eterno, existen ya por ventura; sino todas, todas no será posible escribirlas nunca, muchas y de las más intensas. Espigando en Homero, en Eurípides, en Esquilo, en la Biblia, en Lucrecio, en Herodoto, en el Bagavad, en Lorrastro, en Platón, en el Evangelio, en Moisés, en Lao Tsen, en Budha, en Pitágoras, en Francisco de Asis, en Shakespeare, en Víctor Hugo, en Heine, en Tolstoi, en Kropotkine, en Reclus, en Anderson, en Leconte de Lisle, en Mahatma Gandhi, en Goethe, en Corneille, en Byson, en Gorki, ... y en muchos, humildes, que no dijeron sino una palabra, se encontraría las páginas del Libro Eterno, escritas con todo el dolor, el canto, la risa, la sonrisa, la contemplación, la adoración, la esperanza y la desesperanza de todos los hombres en todos los tiempos. Con toda la exaltación de su fe y la osadía de us pensamiento; con el vuelo inmenso de su imaginación y la constancia de su anhelos; con las desgarraduras de su conciencia y las quimeras y las penetraciones del su ciencia; con la situación del más allá, y la tímida visión de aquí y del hoy; con la fraternidad de la piedra, del reptil y del árbol, realizado en el corazón de Isaías; con el odio y la soberbia y la crueldad de la conquista y de la destrucción, encarnados en un Atila y en un Napoleón y en un Bizmarck. Y se hallarían, asimismo, las páginas en que Bufón, haciendo de su cerebro, de todo su ser, una lente inquisidora, potente y fiel, vio a los animales en toda su fuerza y su belleza. Y aquellos en que Michelet

y Favre y Suamerdan, sorprendieron la vida misteriosa de los insectos. Y aquellos en que Schiller oyó la voz de los metales, fundidos y purificados en la grande voz de la campana. Y aquellos en que Eca de Queiroz, vio la Luz, en un momento en que su corazón se transformara en ojo luminoso, inmenso y celeste...

Si, los hombres, ansiosos de hallar el secreto de la vida, el porqué de las lágrimas, la llave del ensueño, la urna de la gracia y la nube que encierra en sus entrañas el éxtasis, escribieron las páginas maravillosas del Libro Eterno. Las escribiera con amor y dolor; con adoración y renunciación; a veces, mojando la pluma en su propia sangre; a veces transformando en palabras la oración de la montaña, la fiesta de la aurora y el temor de la tempestad; a veces, arrobados en la belleza de las cosas; a veces estremecido de horror y de temor ante la visión fugaz de lo invisible, y ante el eco de las voces que vienen de más allá de las tinieblas...

Desde hace una hora, Hortensia, mis oídos, aguzados y extendidos quizá por esta idea del Libro Eterno, y más que todo por la felicidad, que es profundamente justa y plenizadora, escuchan todos los ruidos y cantos del ambiente: la cigarra que sacude sus cascabeles de cristal, ... las quejas lamentables de la tortolita;... la garrulería de los gorriones;... el pitazo dilatado y desgarrante de la locomotora;... el chocar de los bazos y platos en el canasto de la cocinera;... el grito fino y fugaz de la calandria;... el chirriante el ánimo de los clarineros, y el repiquear de los picos sobre la corteza impenetrable del conacaste...

Oigo cada una de las voces, neta, clara, sonora, musical, palpitante de vida y de intención... y las oigo todas a la vez, enlazadas, fundiéndose en una sola y poderosa y honda y ritma voz... La sinfonía, Hortensia... el prodigio de la sinfonía, en que las notas más disonantes y discordantes, ¡se cristalizan y se exaltan en un solo himno que es el cántico de la vida!...

¿No habría de ser así el Libro Eterno?

Para el oído atento, para el oído penetrante, para el oído vidente, yo, a veces, oigo y veo, y toco y aspiro tu voz... (que suave y que fragante es) ... para el oído capaz de oír la voz de todo lo que canta, y, todas las cosas viven de cantar, sin duda que hay una música tan profunda y clara en la canción del viento en el pinar, como en el crujir de las ramas secas que tuerce y hiende el hálito del sol; tan varia y melodiosa en el trinar del mirlo y del jilguero como el covar de la rana y en el tic tac de una gotera. Pues la música, tal vez más que en las cosas está en el oído que las melodiza y sinfoniza; como tu gracia y tu limpidez y tu anhelo de luz y de santidad, acaso más que en ti, viven y palpitan en mi corazón... No, si tu no fueras una voz auténtica, yo o escuchara tu música; sino fuera uno de los más hondos y sonoros ritmos

del espíritu, yo no sintiera este anhelo de escucharte y de comprenderte y de acrisolarme por el influjo de tu corazón.

Sin duda, hay el ritmo, y hay el sonido que lo comprende. Hay la blancura, y hay el ojo puro, limpio, capaz de recrearse en la blancura. Hay la suavidad, y hay la mano suave, fina, capaz de tocar y de sentir y de penetrar lo que es suave. A mayor capacidad de visión, más eficacia en la revelación del color. A mayor capacidad de audición, más eficacia en la revelación de la voz. A mayor capacidad de tactación, más eficacia en la revelación de la tersura, de la suavidad.

Y el gran poeta, entonces, aquel grande poeta que suponemos capaz de comprender y de escoger las mil páginas escritas ya, del Libro Eterno, y de enlazarlas y armonizarlas, deberá ser un hombre de caridad profunda, que oiga, y vea y tacte, íntima y poderosamente la voz y la visión y la superficie de las cosas, y de sereno, amplio, hondo y amoroso corazón y cerebro, que lea en el corazón y en el cerebro de los que sonrieron y lloraron antes que él; de los que alabaron y ensalzaron; de los que dudaron y creyeron; de los que vivieron en el cielo y en el infierno; de los que florecieron en rosas y de los que estallaron en cardos... si fueron sinceros y desinteresados: si sus gritos de júbilo y sus gritos de ira fueron arrancados por el afán de hallar la luz, de oír el ritmo universal de las almas y de las cosas...

Y por ahora, musa mía, Hortensia mía, basta.



29 de marzo de 1929

Hortensia siempre amada,

Tè ruego que me digas como estas. Yo pasé una noche tan ingrata, que quizá ninguna de las más desventuradas que he sufrido se le puede igualar. En una noche así, puedo caer en la locura o en el suicidio.

Como hace tres años que lucho con todas mis potencias para adaptarme a tu manera de entender las cosas y de sentir nuestros vínculos, y como a pesar de mi anhelo fervoroso de conformarme en todo a tu carácter, no adelanto un paso, creo que debo sujetarme al destino, y abandonar toda esperanza. Siento que jamás, jamás me avendré a esa ocultación, a esa negación perenne. No digo que no tengas razón hijita: quizá sea yo el irrazonable, pero no puedo. Eso de que me niegas siempre, por los motivos más insignificantes, va más allá de mi capacidad de sufrir no, no puedo, no quiero.

Así, he pedido a Dios, con devoción, con ira, con tenacidad, que me de fuerzas para renunciar a ti, ya que no me da para ser en todo como tú quieres, ni hace que seas como yo anhele. Renunciar, es mi salvación, mi único remedio...

Estoy pensando en arreglar mis cosas e irme a Guatemala en junio. Solo ahí podre desprenderme de ti: yéndome para no volver. Te suplico que me señales un día para visitarte, cuando no llegue Sarita, que me odia tanto, y que me trastorna con su odio. Es increíble el daño que me hace esa criatura con su óseo semblante, cargado de ira contra mí. Y así mismo, cuando no esté o no llegue ese señor, a quien ya no deseo encontrar en mi camino. Ya basta: ir más adelante en el empeño de tratarle, me seria funesto, no quiero ya nada con él, ni con nadie que me aborrezca o haya procurado arruinarme. Aunque no pueda verte más que un día por semana, lo prefiero a encontrarme con personas que me desconciertan y me trastornan.

Si te parece eso mezquino, perdóname, y acuérdate que no soy santo; es increíble lo que he tenido que sufrir en mi vida a causa de él. Se tú su amiga, y hermana de la otra niña, puesto que les amas. Pero yo no puedo ni quiero más.

Envíame una palabra. Anhele saber que estas bien. Créeme que soy la criatura más desventurada.

Anoche, Hortensia, yo no pude ni siquiera estar acostado. Las más de las horas, las pase, agitado, de cuarto en cuarto, con una fiebre intensa, devorado por una sed que no podía calmar por más que bebía agua a cada instante. Que espantosa noche...

Hijita, no te imagines que te hago reproches ni te exijo nada. Eres libre, se libre siempre, y puesto que no hay en tu corazón amor bastante para no avergonzarte de mí, niégame siempre.

Creo que no cambiarás nunca; que siempre me sacrificarás a las conveniencias, a la opinión ajena. Y yo, por desgracia, no cambiaré tampoco. Ahora veo claro que no puedo cambiar, y que mi alma no se contenta con un amor tan temeroso...

Nos hemos engañado; hemos vivido alimentando una quimera; sugestionándome terriblemente, para hacernos sentir que habríamos alcanzado la plenitud... que plenitud tan pequeña, ¿verdad? ¡Tú escondiéndote siempre, negándome siempre! Yo, sin poder comprender ni sentir que es bueno lo que haces...

No hay más camino que alejarme, ¿verdad? O morir o enloquecerme.

Y te amo tanto, ¡Hortensia!...



2 de abril de 1929

Nada mía de mi alma,
Idolatrada madrecita,

Mi corazón te dice ¡gracias! Por esa cartita en que rebozas tu amor y tu ternura. Si no temiera cansarme demasiado, ahora te hablara de tus labios, de tus ojos, de tus manos, de cuanto adoro y reverencio en ti. Pero he de trabajar aún, y estoy un tanto cansado. Así Mamayita querida, conténtate con que bese tus deditos adorados, y tus cabellos que son la noche en que brilla los luceros de tus ojos.

Hasta mañana, amor de mi vida.



2 de abril de 1929

Mamayita Linda,

De prisa, cuatro letras, con mi corazón de rodillas, y mi pensamiento fijo en ti. Va el resto del M.V. para que me los revise con tus ojos penetrantes. Van, asimismo, los veinte \$, que me prestaste para Toña.

Va, en fin, una carta de María, con noticias más tranquilizadoras.

Pasé una noche muy buena, y desperté contento, admirándote, haciéndote mil promesas de ser bueno y juicioso, como siempre que estoy descansando.

Hoy trabajé bastante, y me parece que bien.

¿Tendré bastante dicha para que me venga una palabra tuya? No iré hoy en la tarde a la oficina, pues he de trabajar esta noche, en la plática que ya sabes.

A las 5 y media enviaré a tú casa por la sal de fruta. Con la mitad que me envíes es suficiente.

Madrecita de mi alma, que tengas una noche feliz, y que te guarden todos los serafines.

¡Cuidado en la Vehemencia! Hay que cruzar los brazos.



6 de abril de 1929

Una palabra, mulhathita mía, con diez besos por cada letra. En tu cartita de ayer se me revela mucho cansancio: tienen muchos borrones y la letra es muy desigual. Así, trata de acostarte hoy muy temprano; a las ocho, lo más tarde, para que te repongas.

Dichosísimo con los resultados que te da la autogestión. No se lo cuentes a nadie, a nadie, ni acumules defectos para actuar sobre ellos a un tiempo. Y ten muy presente que te asaltarán reacciones fuertes. Mañana hablaremos de esto.

La carta de Don. J. no debe ser pedida por teléfono, sino en otra carta, muy razonada, muy amable, en que se vea claro que no obedeces a ninguna desconfianza sino a la necesidad de prever un extravío siempre probable. Una carta que pueda el guardar con cariño, en vez de la que retorne.

¿No vendrás hoy donde Nela para llevarle su álbum? Nos veríamos allí, y yo sería feliz, amada madrecita de mi corazón; viéndote un ratito. Hasta mañana temprano, temprano. Con toda mi alma tuyo.

Albert.



7 de abril de 1929

Modelo de autosugestión

(para extirpar mis enojos contigo),

Hortensia, yo tengo una confianza absoluta, en tu prudencia, en tu lealtad, en tu amor. Yo sé que no anhelas sino más bien, mi perfección, mi felicidad.

Yo sé que nunca haces nada sin motivo justo; que tu ideal es no comprar la dicha a costa del dolor ajeno; que tu aspiración constante y fervorosa, es ascender, acrisolarte, ser un cristal.

Yo sé y tengo presente que tu deseo más acariciado, perenne y hondo, es verme sereno, dueño de mí mismo, en calma siempre, como un verdadero hombre; digno de conducir a los hombres.

Y yo estoy cierto de que estoy adquiriendo la serenidad, y de que la llegaré a poseer plenamente, porque, ese es el precio de tu abnegación; de

tu sacrificio. Me haré sereno, lo estoy siendo ya para deberte el don más alto de la vida.

Mamayita linda, se me olvidó contarte que hoy era día de mi santo. En la mañana, antes de que vinieras, me acordé, y pensé contártelo; pero luego, se me olvidó. Sin embargo, ya ves que admirable celebración: ¡todo el día a mi lado, libres, trabajando, y leyendo, consagrados el uno al otro.

Quiero terminar este dichosísimo día, diciéndote, mi adorada y admirada compañera, que más que nunca reverencio tu corazón, tu espíritu, tu mente, excelsos todos, y que cada vez anhelo con más fervor merecerte. Que tú me ames es mi gloria, mi recompensa, mi fortaleza y mi luz.



9 de abril de 1929

Vi sobre la mesa Pathom el mujie, y me entregué a su lectura. ¡Que bella lección!, ¿no se puede aplicar a la gloria, al poder, a la influencia, a todo? Gracias por ese trabajo hijita.



9 de abril de 1929

Querida Mulhathita,

Una grande indigestión, que apenas comienza a ceder, me ha impedido ir al trabajo. No podré ir hasta mañana. Te aviso, porque talvez me llamarías por teléfono y puedes estar alarmada.

Quizá por la suma debilidad que me ha quedado, me siento triste, anheloso de verte para fortalecerme. Emplearé el resto de este día en leer a Boudha. Me hará mucho bien.

Deveras, solo estando uno enfermo descansa, y solo así entra en sí mismo y recupera la noción del todo en el cual únicamente se halla la paz.

Reflexionando esta noche, vi que tus objeciones a mi artículo, son justos, exactos. No se duda, como dices tú, que el Diario es algo fatal: nos vuelve aturridos, irreflexión, presumidos, y lo que es peor, soberbios. A fuerza de estar dictando lecciones y reprimendas diarias, acaba uno por hincharse de orgullo, sintiéndose maestro.

Ese artículo habría sido un abismo, si se publica. Lo grave es que, al

escribirlo, ese como otros, yo olvido enteramente que tengo obligaciones imperiosas. Ayer no más, me dice María en una carta: “Ten mucho cuidado no te asesten tus adversarios un gran golpe; piensa en lo que sería de tu hija, sino pudieras socorrerla”

No te di ayer esa carta, porque te veo abrumada de cosas ajenas. Imposible que atiendas como antes a las mías.

Te ruego, Madrecita, que me exijas y ruegues no publicar inmediatamente ningún artículo de responsabilidad y de peligro. Por lo menos hay que dejar pasar un día, antes de imprimirlo. Y aún es demasiado poco, en realidad, nunca hay tanta prisa de mostrar uno su opinión. Todo asunto serio admite espera, y es puro orgullo precipitarse.

Por esta vez, me he salvado de un desastre. Y lo peor, que ni siquiera es el tal escrito, lo que me pareció al principio; está lleno de contradicciones y de arrebatos.

Hijita mía, ya no te escribo más, porque no puedo. Ya sabes mi gran necesidad de conversar contigo cuando me sienta enfermo o triste. Y ya que no me atrevo a esperar que vengas un ratito, he querido escribirte para mi satisfacción y fortaleza.

Niñita, que todos los ángeles te acompañen. Yo te veo, te oigo, y te bendigo.

Albert.



16 de abril. 29

Madrecita, apesarado porque no pude encontrarte hoy a las 12, por más que lo procuré_ Deseaba mucho verte, pues hace mucho tiempo que no te miro ni te oigo.

Dormí muy bien. Acabo de enviar a Teresita las correcciones.

¿Te entregará el Diario de C.A. con un art, referente a mí, muy cariñoso? Guárdamelo para mañana, pues voy a reproducirlo_ Con Josecito te lo envié.

¿Te acordaste de invitar a Berta en mi nombre, para almorzar mañana donde Nela?

Tengo que reprenderte Mulhathita, porque anoche excitabas una y otra vez a N. a que escribiera algo para el Otro (ilegible) de la Campana, aun que fuera en contra de sus verdaderas ideas. ¿No era eso una forma de

mentir, inútil y fea? ¿Y crees que podría yo prestarme a esos malabarismos? No seas aturdida, madrecita. En esa sección caben cosas que contradiga nuestras ideas, pero siempre que su actitud sea sincera. El caso del Lempa, era excepcional, urgente, y en el artículo que provocó la discusión, no se afirmaba nada; se planteaba simplemente, un problema.

¿Bueno linda basta de regaños, estas buena y contenta? Yo me mantengo sereno, dueño de mí, teniéndote en mi pensamiento y en mi corazón, como siempre, y dando gracias porque existes y porque me acompañas en este camino escabroso de la vida.

Adiós mi criatura; piensa en mí.



1929

Guatemala, 16 de mayo.

Hijita,

Ya adivinarás porque no les he escrito: trabajo incesante, fatiga inmensa. Desde muy de mañana hasta las 10 o 10 y media de la noche, lleno de visitantes. Y hablando, hablando sin cesar, sobre el tema único. De manera que las tres conferencias públicas que he dado, no han sido sino prolongaciones de la conversación casera.

En uno y otro campo la cosecha es magnífica: el Vitalismo ha nacido aquí, con vigor extraordinario, y si está destinado a vivir, será el impulso recibido aquí. Me solicitan conferencias aquí, en Mazatenango y en Quezaltenango. Los diarios, hasta nuestro “Nuestro Diario” del señor Hernández de León, me han tratado muy bien. “El tiempo “reprodujo todo el “Dinero Maldito” y El Buitre que se tornó calandria.

Estoy acabando de corregir las pruebas de “Leer y escribir” y de “La cultura por medio del libro”_ Serán diez mil ejemplares.

Mis tres conferencias han sido bien taquigrafiadas, y dos de ellas serán publicadas en folleto. De la primera y de la tercera, se imprimieron resúmenes, en hoja suelta, y estas se repartirán, al salir, a los concurrentes.

El Sindicato de Empleados, a quienes dí la conferencia sobre “Economía del Minimum Vital”, me obsequio una medalla de oro; y la Universidad Popular, donde traté “La Misión de América”, me obsequió una bella pluma de fuente, con inscripciones.

Actualmente se habla en toda la ciudad del “Minimum Vital”, que ha casi monopolizado la atención de las gentes. Muchos en favor otros dudosos, pero ninguno hostil con hostilidad rencorosa. Respeto y benevolencia es

lo que predomina.

Hay un despertamiento en este país: todo el mundo se preocupa de los asuntos públicos y nadie se asusta de nada. A mis conferencias asisten las gentes de mi posición social, literaria y científica, en cuenta, hermanos y sobrinos del Presidente de la República.

En suma, un éxito superior a cuánto podría desear.

Se están recogiendo, desde ayer, firmas de vitalistas de los más importantes, para publicar una Adhesión. Solo anoche recogió el Dr. Pérez, veinticinco firmas, y espero que la adhesión se publicará esta semana, con unas cien firmas. ¡Entre tanto, mis paisanos tienen miedo allí de que se sepa que son vitalistas!...

Un núcleo directivo se organizará en seguida, quizá antes de mi regreso. Entre mis adherentes hay hombres de negocios, agricultores, periodistas, maestros, profesores universitarios. Y también, algunos hombres muy ricos.

El Dr. Molina Izquierdo comento favorablemente mi folleto del *Mínimum*, en su Cátedra de Derecho; a cada alumno se le dio un ejemplar.

Pasado mañana iremos a Quezaltenango con Don Eduardo Mayora, Director del “Diario de C. América”, mi cuñado Miranda, Don Alberto Velásquez, uno de los altos intelectuales del país, y acaso el Dr. Pérez. La gira será de unos ocho a diez días hasta mi vuelta a esta ciudad).

El Dr. Pérez es un héroe del Vitalismo: ha trabajado día y noche con el entusiasmo más fervoroso, ha dado bastante dinero; ha escrito; ha catequizado personalmente a hombres de importancia; hasta ha pasado largas horas de la noche, rotulando el mismo paquete del *Mínimum*, e invitaciones a las conferencias.

Ayer le envió Teresita algunos recortes a Rochac. Ve que los reproduzcan. Ahora te envió a ti un haz de recortes, los principales, pues sería inacabable recogerlos todos.

Eso sí, yo no he descansado una hora y si no fuera por el clima, estaría desfallecido. Desde ahora mi trabajo será menos penoso, y de regreso de Quezaltenango, me estaré siquiera dos días en el lago de Atitlán.

De ti he recibido dos cartitas únicas y diminutas. Ninguna postal. Quiera Dios que no haya sido por enfermedad. Si me vienen cartas de ustedes o de los amigos, aquí me las guardaré cuidadosamente. No extrañen que no les telegrafe a menudo: el telégrafo es aquí demasiado caro.

De Quezaltenango les escribiré. Abrazos, entre tanto, a Mechecitas y Josecito, y recuerdos muy cordiales a Ricardo Alfonso y a Rochac, y por medio de ellos, a mi querido Luarca.

Que Dios te guarde, hijita, y que estés buena y contenta. Abraza por mí a mi querida Bertita.

Hasta luego. A. Masferrer.

Te agradecería que de esta carta tenga noticia detallada mi mamá, Nela y Toña.

Me urgen unos veinte ejemplares de Helios ¿Puedes mandármelos? Arreglaré su precio a mi regreso.



13 de junio de 1929

Niñita querida, dime si pasaste buena noche, y si estás algo mejorcita.

Yo vine bien. Nada me hace daño si no la pena de verte enferma; nada me entristece sino pensar que te me vas. Pero no quiero atormentarte con lamentos.

Hijita mía, va la capa de Mechesitas. Envíame tú los dos ej. de las Siete Cuerdas de la Lira, que no traje anoche. Por ahí quedara en el estantito.

Si no llueve mucho, te veré esta tarde. Que los ángeles te guarden, Luz de mi espíritu, y que tus pensamientos me acompañen a mí, que tanta fuerza y valor recibo de tu alma.

Albert.



19 de junio de 1929

Hijita,

No te escribí desde esta semana, porque amanecí con fuerte dolor de cabeza, y así estuve hasta medio día. Ahora estoy bien ya, y si la noche es buena, y me das permiso, iré a verte un ratito a las 8; una media hora, solo para no robarle este día a los pocos que nos quedan para estar juntos. Apenas son sesenta y ocho días, y uno que pierda es demasiado.

A esas horas, ya habrás conversado con Sarita, y no les estorbaré. ¿Voy?

Si leíste mi artículo de hoy, verás que no puedo ir más allá, sin humillarme. La sola probabilidad que nos queda, es que el gobierno no apruebe eso de la asamblea. A Don. F. Gavidia le acordarán ya una pensión vitalicia, de \$300.00. Pero contra mi hay un plan, no solo para hacerme sufrir pobreza,

sino para rebajarme en todo sentido_

Bien: lo irreparable es que te vas, y que yo me quedaré aquí ciego y solo...

Anhelo con todas mis potencias realizar en mí el ser que tú has soñado, y eso me dará fuerzas. Me las da desde ahora para combatir todas mis flaquezas y acrisolarme en todo. Pienso a cada instante: el precio de su vida es mi ascensión, ¿Cómo podría defraudarla? ...

Luz de mi vida, jamás un hombre habría dicho de una mujer con tanta justicia como yo de ti, ¡Luz de mi vida! Todo yo he sido inundado de luz por ti, una y otra vez; si no me volví luminoso, es causa de mi opaca y grosera naturaleza. Pero todavía hay esperanza, puesto que mi aspiración subsiste y ahora reforzada con mi obligación de satisfacerte.

Hasta aquí, corazoncito mío, para que no te canses.

Todo mi pensamiento y mis plegarias, a ti, mi santa, mi fuerza y mi luz.

Albert.



21 de junio de 1929

Mi muchachita,

Ya ves que tristeza, no poder ir a verte, pero me mojé un poco al medio día, y temo. Mañana llegaré temprano, de regreso de la Oficina.

¿Cómo estás? ¿Dormiste bien? Te ruego que me digas la verdad, hijita mía.

Yo me entristezco hora por hora, pensando en tu viaje. Si vieras como siento que me circunda el vacío... no sé qué haré cuando tu no estés. Lo que hago es decirme a cada instante, que seré bueno, puro, sereno, y que todas mis potencias se acrecentarán para seguir nuestra obra. ¡Honrar tu nombre realizar nuestros sueños en memoria tuya!

Sarita me escribió hoy una carta que me ha entristecido. Te la envío para que pienses desde ahora en lo que debo contestarle. Ojalá pudieras decirme ya la respuesta, para enviarla por la mañana.

Santita mía, enfermita adorada, dormiré exactamente si estas mejor que ayer. Y que mis oraciones te acompañen esta noche en tu sueño de arcángel.



23 de junio de 1929

Nanita santa,

¿Cómo dormiste? ¿Has amanecido bien? ¿Te vienes sola, o va por ti T?
¿A qué horas?

Que sea lo más temprano posible, pues tenemos muchas cosas que hablar y que disponer. Y nuestros minutos valen ahora por años ...

Yo pasé bien la noche. Solo que mis sueños son tristes, y mi despertar es todavía más triste.

Ven pronto, hijita mía.



26 de junio.

Mi muy amada Mechecitas,

No es para disculparme; no tengo disculpa. Falté a mi palabra ruinmente, vulgarmente, no obstante que traté de fortalecer mi voluntad con la más sincera y ferviente oración.

Ya está hecho el daño; es casi seguro que cien veces sucedería lo mismo, si me empeñare en lo contrario. No sé puede confiar en mí; no soy dueño de mis palabras ni de nada, sino un infeliz juguete de mis pasiones, un verdadero mequetrefe, sin perseverancia ni energía.

Ahora, en calidad de limosna para mi muchachita, le pido que me ayude según lo indicado a ese Memorándum_ Si ello es posible, y si no ha de ser para entrar en lucha con esos señores. Sobre todo, que no sea a escondidas. Este día ha acabado las mentiras todas de mi vida, siquiera eso me quedara, romper y deshacer la malla de embrollos y engaños que me rodean. Si no me pude ayudar con franqueza y libertad, no me ayude; no por eso la querré y estimaré menos. Hijita, dese cuenta de mi estado de ánimo: siento ira profunda contra todo lo que me oprime; daría ya toda mi sangre por ahogar a quienes me tiranizan en nombre de sus idiotas ideas y costumbres.

Mañana me voy; no sé a qué ni para que todavía; no tengo ningún plan, sino necesidad de huir, de alejarme. Adiós, con mi gratitud más profunda y mi cariño más acendrado le digo ¡Adiós Mechecitas! Si puede, no me olvide.



26 de junio de 1929

Hijita, no podré verte hoy. Anoche, para ayudar a mi estómago, comí un poco de magnesia, y me causó un efecto inesperado, que todavía dura. No he ido todavía a la oficina y estoy a rigurosa dieta en la mañana, si amanezco mejor, te avisaré a tu casa o a la oficina. Creo que de esta crisis quedará muy bien.

En momentos en que he tenido algo de valor, me he levantado a escribir para ti, sobre una idea de Oliver Lodge, de profundos alcances. Es algo que nos traerá a los dos mucha paz y mucho aliento. Ansioso de saber de ti ¿Estas mejor? ¿Me escribirás una letrita?

¡For ever, for ever, for ever!

Un abrazo a nuestra bien amada Chatita y cariños grandes para Bertina.



San Salvador, 27 de junio 1929.

Querida Teresita:

Vine muy fatigado, sobre todo mentalmente. Estuve y estoy enfermo, aunque ya mejorando. Y luego me ocurrieron otras cosas graves, una de ellas, la eterna lucha por la pensión, de la cual te habrás informado por mis artículos en Patria. Ahora estoy viendo si el Gobierno endereza el entuerto de la asamblea.

Todo eso ha sido causa de que me atrasaran en todo lo proyectado y ofrecido. Para remate, encontré desecho el grupo Vitalista y eso me desanimó y entristeció. No trataré de rehacerlo, pues estoy convencido, por fin, de que no soy yo el hombre capaz de conducir a mis paisanos. El vitalismo crecerá aquí el solo, o impulsado y organizado por alguien que no sea yo.

Espero estar enteramente bien en diez días más, y entonces me pondré al trabajo, comenzando por tu libro, y siguiendo por los artículos sobre Guatemala, que me harán gozar escribiéndolos. He sentido nostalgia de esa tierra, que acaso terminará siendo la mía.

Me agrada que insistas en lo de la biblioteca. Será un negocio seguro,

aunque lento para organizarlo, y difícil al principio. Pero no desmayes, porque es muy adecuado para tus gastos y posibilidades. Yo te enviaré los libros que me lleguen, que no son pocos. Hace cuatro días te envié por correo un paquetito con algunos de los míos. ¿Llegaron?

Te ruego que hagas saber a mis amigos, especialmente al Dr. Pérez, mis dificultades, causa de mi silencio. No vayas a pensar que les olvidé y que tengo en menos tantas finezas con que me favorecieron.

Envíame las direcciones del Doctor, de Cándida, de María, y de Carrillo y Maruchita. No de Álvaro y Merceditas, puesto que viven con María. Dales a todos mis recuerdos más cordiales, y que no me olviden.

Te escribo esta, apenas levantado, y aprovechando que no tengo ánimo de ir a la oficina. Me cuesta escribir, como verás por la letra.

En octubre iré a dar conferencias a los departamentos. Trabajaré yo solo en difundir nuestra doctrina, y no en San Salvador, que es lo maleado profundamente en el país. Tú, no abandones tus propósitos, y ve que los amigos se organicen. Es allá donde lucirá el sol.

Si ves al Señor Mayora, háblale de lo mucho que le recuerdo. Que salude por mí a su señora, con todo afecto, y que les tengo envidia grande, por su preciosísima Nena.

También les das muchos recuerdos míos a Margarita de Pérez y a Elisita de Asturias. Dile a esta que recibí los originales, no enteramente completos. Aguardo el final.

Querida hermana, los días que estuve en tu casa cuentan entre los más gratos de mi vida. Los siento ya muy lejanos como todas las impresiones de esta mi tormentosa vida. Y por eso mismo los siento más gratos.

Abraza a Miranda por mi cuenta, pues por la tuya, no le encontraré ya ninguna gracia. Dile que yo tengo en él una gran confianza. Estoy seguro que llegará a ser uno de los hombres que iniciará allí la vida nueva. Adiós, y que él les proteja.

Alberto.

A.D. En casa todos pasablemente, después de grandes quebrantos de salud, Toña y Nela. A José Mejía no he logrado verlo todavía, pero le saludé en tu nombre por teléfono. Hortensia está preparándose para irse a Europa, a ver si logra aprender mejor manera de ganarse la vida, que no sea la oficina, pues esta le hace mucho daño. Merceditas está bien, aunque muy cansada. Todos me han hablado de ti, con gran cariño.



Señor Doctor
Don Pio Romero Bosque

Presidente de la República.

Señor Presidente:

Refiriéndome a su atenta misiva del 25 de junio anterior y a la consulta que contiene, y después de dar a usted gracias expresivas por esa honrosa muestra de confianza, tengo el honor informar que:

1. No tengo ninguna noticia sobre la personalidad del Doctor Williams como periodista. Es posible que sea todo lo que opinan de él los informantes, aunque es raro que si lo es, su nombre se haya vuelto ya notorio.
2. La idea de invitarle, especialmente, me parece exagerada, y sobre todo prematura. Puesto que Guatemala se dispone a invitarle, fácil y prudente sería comisionar allí a alguien capaz de juzgar, para que enviara datos los cuales se complementarían con la impresión que el Dr. Williams causara en la prensa. Ya con esos datos se vería la conveniencia o no de invitarle a venir a El Salvador.
3. Lo de recibirle espléndidamente me parece



16 de julio de 1929

Madrecita,

Anoche, cuando me vine, me sentía muy indispuesto, a causa de la piña y del tamarindo; demasiado ácido para mí. Por eso salí tan bruscamente, pues ansiaba respirar aire libre.

Casi no comí nada, y con eso pasé buena noche. Ahora estoy bien.

Te ruego hijita, que me envíes unos cinco colones, que olvidé pedirte anoche, y que me urgen.

Llegaré a las 3 y 30. Mientras, pienso en ti, mi compañera muy amada, y recuerdo todas tus virtudes y gracias. Que el señor te bendiga y haga florecer tu corazón en rosas y en lirios.



27 de julio

Hermanita mía,

He pensado que el paseo a La Libertad quizá te haría mucho bien, por el aire libre que tanto necesito respirar. Entonces, deberías hacer un esfuerzo para ir con Sarita, como lo tenía proyectado.

Yo no saldré esta tarde al medio día. Dime, si envié por los libros esta mañana.

¿Amaneciste bien? ¿Estás bien ahora?

Te ruego venirte mañana muy temprano, para que me compenses la tarde de hoy.

Hijita adorada, que nuestro señor te bendiga, con todo mi corazón.

A.

Yo estoy bien, madrecita.



Lunes, 29 de julio de 1929

Hermanita única,

Amanecí bien, orando por ti, y por mí, ansiando volar con unas alas inmensas, que serían tus alas. Anoche hablamos largamente de ti, yo contando tus gracias, y Toña escuchándome. Ya sabes que deleite encuentro en alabar tus excelencias. Me las digo a mi mismo siempre, y ningunos oídos las escuchan con más reverencia y amor que los míos. Pero cuando se las pinto a los demás, mi deleite es mayor, porque las extiendo más allá de mí.

Divina mía, más que nunca te amo y te admiro.

A ce sour, chérs pelite.



Jueves. 2 de agosto de 1929

Hermanita linda,

Va Jorgito para ayudarles hasta las 12 solamente, porque se irá en la tarde para Sonsonate.

Amanecí bien, sereno enteramente, y sin ningún deseo personal, como no me sucede desde hace mucho tiempo. ¡Si pudiera mantenerme así! ...

La prueba de esta serenidad es que comencé a leer "Las plantas", de Paul Beckerel, uno de los libros que me has devuelto. Es un estudio precioso, en el cual soy extraordinariamente ignorante; hasta el punto de que no sabía bien que cosa es una célula vegetal.

Me propongo leer algunos buenos libros de botánica, y después algunos de química. ¿No te avergüenzas de tener un hijo tan ignorante?

Hijita, relee los versos de Alicia Domínguez, para oírtelos esta tarde. Quiero deleitarme con ellos, interpretados por ti. Te ruego que atiendas mi súplica de alargar tus vestidos. Ve que ya son últimas molestias.

Adiós, mi niña querida, y que te encuentre dichosa y esparciendo luz.

No olvides mis copias.

AM



3 de agosto -29

Madrecita,

Te mando dos manzanitas; ojalá que tengan algo de tu dulzura, aunque solo sea una sombra.

Estoy de vago, sin hacer nada, obedeciendo a mi cuerpo que me exige holganza. Acuérdate de que has ofrecido estar aquí a las 9 y 30 lo más tarde.

Estoy bien, mi criatura, amándote y recreándome como nunca en la contemplación de tus gracias. Envíame mi cartapacio, en cambio de mi corazón.



Dernières Paroles.

Jueves, 22 de agosto a las 7 de la mañana.
en Los Conacastes, ante el sol. Víspera de tu viaje:

Adiós pues, Hortensia.

Que el señor te ilumine y te guarde, y que florezca todo lo que hay de divino en tu corazón.

De ti nos ha de venir alguna cosa grande y bella; vive la manera que nada estorbe la eclosión de esa flor.

Hijita, come despacio, muy despacio, alegremente, como si al comer estuviera el sol penetrando en todo tu ser. No abandones el anhelo de abstenerte de la carne para tu sustento. Tú que encierras tanta alegría y tanta vida, no necesitas sacrificar la vida y la alegría para nutrirte.

Que los torpes bailes que son de uso no te profanen. Que tus oídos no acojan nunca palabras vulgares, sucias o feas; ni tus ojos las miren, ni tu boca las pronuncie. Más que de libros, si no son grandes y puros libros, aliméntate con ver y contemplar. Las nubes saben mucho, y el agua que corre, sabe decir a los oídos dignos palabras celestes.

Duerme bien y temprano, y levántate a ver la gloria del sol naciente. Así mantendrás y acrecentarás tu alegría, que es tu fuerza.

Ninguna ciencia iguala a la oración. Al despertar, siempre, implora del Señor que mantenga tu fe y de firmeza a tu voluntad.

Hijita, las cosas grandes no han de ser devoradas por las pequeñas. Misión y vida social, no pueden convivir; y te subordinas a los demás, no te encontraras a ti misma.

Hijita, no martirices tus pies ni nada de tu cuerpo. No cometas la ingratitud de oprimir a aquellos pobres pies que te llevan y te sostienen, tan humildes y tan sufridos.

La vida, Hortensia, vale por la suma de verdad que alcanza a cristalizar. Ese cristal se llama Libertad. Quien no se liberta no ha vivido. No te disperses, hijita; no estudies nada fuera de tu real vocación. ¡Ejercítate en callar! Si hablas, que sea despacio, sin vehemencia, sin gestos ni ademanes exagerados. Y atiende siempre, siempre, a la significación exacta de tus palabras.

Conságrate a los que ames, y olvida a los extraños. No hacerlo así, es quitar el pan a nuestros hijos y arrojarlo a los cerdos.

Mira con todos tus ojos el mar, y procura que te hable. Si te habla, algo de

inmenso quedará en tu espíritu. Hijita mía, madrecita mía, te debo lo que a nadie en la vida: haber comprendido mi triste alma atormentada, y haberla aliviado con tu caridad infinita. Me has dado fe en mí mismo; fuerza y luz.

Adiós, adiós, adiós.

Albert

Suplica de enviarme, cuando llegues, una copia de tu propia letra.

En el bosque y la montaña hallarás siempre la serenidad que hayas perdido.



Ruego a quien esta viere, si es un amigo, un compatriota, o alguien que sienta simpatías por mí, que sirva generosamente a la portadora señorita Hortensia Madriz, cuya firma auténtica va al pie de la mía.

La señorita Madriz, que me ha servido con el mayor desinterés en mis trabajos literarios, durante cinco años, va a Europa a completar sus estudios. Su inteligencia y su esfuerzo merecen toda ayuda.

Por mi parte, a quien la sirva de cualquiera manera, se lo agradeceré muy cordialmente, como si me sirviera a mí mismo.

En San Salvador, a 23 de agosto de 1929

Alberto Masferrer.

Hijita,

La dirección para el telegrama es Avenida Cuscatlán, n°64

Dirección de María en Amberes, "Courte rue de la Digue, n°13.

No olvides recortar de la carta de Gabriela Mistral, el trocito que se refiere a su comisionista. Recórtalo y quémalo, y que sea luego, pues eso es muy inconveniente conservarlo.

Se prudente, hijita, y mucho cuidado durante el viaje, en todo y con todos.

Ve en paz, mi niñita querida, y que te acompañen todas mis oraciones. Todas las tardes, así como ayer, diré un Padre Nuestro, en nombre de los dos.

Para ti, mientras viva y en todas mis existencias.



1929

San Salvador, 1 de septiembre

Querida niña,

No he tenido valor de escribirte antes. Las lágrimas escribían surcos en mis mejillas, y no había fuerza para engendrar las palabras.

Además, no quise que ya, tan pronto recordarás tristezas. Mejor ha sido que la impresión de la gran ciudad te hiciera olvidar un poco tantas amarguras, antes de anudar otra vez la cadena de los dolores.

Estoy bien, madrecita; solamente muy deprimido físicamente. Es natural, el pesar gasta muchas fuerzas, y deben pasar siquiera unas semanas antes de que uno se resuelva a sobrellevar la vida con valerosa aceptación. La mía, imagínate, se cristalizará en dos palabras: vacío, soledad...

Aquí estoy recogiendo las tablas del naufragio. Además de las cositas que tú me dejaste, Merceditas me envió ayer el estantito de tus libros; tengo, asimismo, los sobres en que hacías las cuentas de tus gastos de viaje en los últimos días; una tarjeta en que escribiste un recado para tu hermanita, y desde anteayer, tu retrato...

Este retrato es maravilloso; algo inesperado y profundamente revelador, y me es imposible comprender como no advertí, en las pruebas, ni las huellas de lo que ahora veo con evidencia. Eres tú, Hortensia, como serás a los treinta y cinco años, cuando la vida ya no tenga nada que enseñarte de amarguras y de tormentos. Tu semblante ha recobrado la serenidad, una serenidad total, hecha de comprensión, de resignación y de tristeza. Tu actitud es ahí de profunda humildad y de total valor; estas mirando abiertamente al mundo, con unos ojos que ya no saben llorar, y con unos labios que ya no saben reír. Y de todo ello se desprende una impresión de serenidad, de paz de sosiego interior que ya nada puede alterar.

Toña me dijo, con esa manera brusca de observar y decir que es tan suya, inmediatamente que vio el retrato, que en él te ves “como si fueras hermana carnal de Budha”. Y en verdad, hay en las dos imágenes una extraordinaria semejanza. En la misma compasión, originada de haber comprendido todo, y de haberlo sufrido todo. La posición de las manos es de una sencillez, de un abandono y de un desinterés absoluto, y no alcanzo cómo pudiste enlazarlas así. Parecen decir: ni nosotros mismos somos de ella... Estuve ensayando a colocar las mías en actitud igual, y no he podido. Esas

actitudes son, necesariamente, impremeditadas, subconscientes.

Es conmovedor el semblante de tu hermanita, junto al tuyo, en una actitud de ternura y de protección. Todo su cuerpo parece abrigarte, y su cabeza firme y resuelta semeja un estado de ánimo que solo conocen las madres... Las dos, ella y tú, se revelan en un aspecto de más allá, de idealidad, de unión íntima originada de una visión total de un alma a otra alma...

En fin, un retrato que no es el de hoy, sino como anticipación. Es, sin duda, que nosotros vivimos a un tiempo en el ayer, en el hoy y en el mañana, aunque no lo sepamos, y que, en ciertos instantes, unas de esas vidas predominan. Para mí, no hay duda de que te estoy viendo en la culminación de tu vida, cuando habrás alcanzado la más alta cima; cuando tu corazón y tu inteligencia habrá desplegado todos sus pétalos.

Pero, hijita, es justo que te vea tan bien en tus aspectos de ahora: fuerte, graciosa, animosa, iluminándolo todo con tu risa y con tu voz y con tus ademanes vehementes. Y para ello, envíame retratos, en que nadie, y menos el fotógrafo te impongan situaciones. Los quiero así, empezados, espontáneos, y de manera que tú no hayas escogido sino la hora y el estado de ánimo. Acuérdate de las actitudes tuyas favoritas, y de que cada una se revela mejor en cierta hora del día.

No he leído nada desde que te fuiste; no me atrae ninguno de mis libros. ¿Quieres enviarme algo escogido por ti? De todos los que te encargué no deseo sino las poesías de Sully Prudhomme. Ningún otro, salvo alguno que tu examines y creas bueno para mí. Antes escogía yo tus lecturas, ¿Quieres ahora escogerme las mías?

Periódicos te enviaré, recortados, de hoy en ocho días. Y también tus libros, menos un paquetito que va ahora con ejemplares de Helios, *Mínimum Vital*, *Dinero Maldito* y *Religión Universal*. Todo eso y lo demás, te lo dirigiré al Consulado de El Salvador, lo mismo que mis cartas venideras. Temo que el poder de aquellas nefandas señoras se extiende a tus parientes en esa y hagan extraviarse mis cartas y demás papeles.

Acuérdate, pues, hijita: busca mis cosas en el Consulado, mientras tu no me des una dirección especial.

Hoy a las 10 (ahora son las 9) iré a ver a Sarita. La vi el jueves en la tarde. Pasé con ella las horas mismas, últimas que estuve contigo, de las 5 a las 6 y 30. Lloró ella, y mucho más yo, que en esto soy feliz. La pobre criatura piensa en ti con un amor de hija abandonada, y solo habla de ayudarte y servirte. Como yo le dijera que ya no te veríamos más, me contesto: “en ese caso, mejor me dejaría morir de hambre”. Yo la consolé; le hice ver la facilidad de

que vaya en tu busca, dentro de un año, cuando estés establecida, y en todo caso, la seguridad de que tu vendrás de paseo, a vernos.

Merceditas me dio uno de tus zapatitos de rasete negro, que olvidaste. Ella guarda el otro. El mío está bajo de llave, en mi valija, con tu sombrero rojo y tu bolsa de mano. ¡Y si vieras que blanco se me aparece cada mañana, cuando abro la valija para sacar un pañuelo!...

¿Vez como son las cosas? Tanto que se ha escrito contra el culto de las reliquias. Pues yo te digo que no hay nada más bello ni más espiritual ni santo que el culto de las reliquias: eso de que un simple hilo de cáñamo, o un sobre usado, solo porque tú los tocaste se me vuelven a mí, sagrados, venerables, es la señal de que hay en nosotros no solamente algo divino, sino algo capaz de divinizar lo que está fuera de nosotros. ¡Cosas tuyas!...

Compré este papel tan delgado, para escribirte largamente. Pero no más por hoy, hijita, pues necesitas todo el tiempo en estos primeros días. Mi próxima será más larga.

He leído tu carta de adiós, cinco veces. He cumplido al pie de la letra lo que me encargas en ella, de salir diariamente unas dos horas, a divertirme. No sé si recobraré la facultad de divertirme, hijita, pero sí que desplegaré todas mis fuerzas para tener salud y serenidad.

Hijita mía, que nuestro señor te bendiga y te de su luz. Yo he orado todas las tardes, a la misma hora en que nos despedimos, diciendo el Padre Nuestro, como lo dijimos en aquel momento al separarnos: palabra por palabra dejando en cada una nuestro corazón.

A las 8 de la noche.

Niña mía, deja que agregue unas palabras todavía. Estuve con Sarita, y la distraje como pude. Se dispone a dibujar algo para ti, y hacerte ropas con sus manos. Luego fui donde Merceditas, y le enseñe esta carta, pues sentí necesidad de que viera lo que pienso de tus retratos. Por fin, ya muy tarde, después de ir a visitar a mamá hoy, se la mostré a Toña, quien lloró mucho conmigo, recordándote.

Y así he pasado este día domingo, antes tan dulce, hoy tan doloroso...

Tengo tu retrato bajo un ramillete de rosas blancas y rosadas. Y para que nada me distraiga de su contemplación, he quitado de la mesa todo, libros y demás retratitos, y solo ha quedado el cartapacio, el tuyo sobre el cual escribo.

Y te siento infinitamente lejana, aunque estés en mi corazón. Me parece como si nunca hubieras sido para mí sino una imagen, y comprendo por

qué se adora a las estrellas: porque son luminosas e intocables...

Mi escritorio está donde antes, con el estantito de los libros, mi dormitorio, en el cuarto grande, junto a la hamaca que me obsequiaste. El canapé, donde te reclinabas para leerme, y el tocadorcito con tu mecedorcito, en el otro cuarto. Nadie los ha usado desde que te fuiste. El estantito de tus libros está muy dañado, cuando ya no pueda conservarlo, lo quemaré.

Madrecita, no te inquietes porque haya en esta carta muchas tristezas. Es natural, acabando de alejarte de mí. Ya me serenaré.

¿Y tú mi santita? Has tenido un viaje feliz? ¿Muy cansada? ¿Has salido ya muchas veces a conocer? Procura no ver muchas cosas a un tiempo, para que no te confundas ni fatigues; lo mejor sería ver, por ahora, únicamente los cuadros del Louvre y algunas iglesias. Te aconsejo que compres la Historia de los pintores del renacimiento por Vasari, y los libros de Faine en que habla de Italia. Eso te hará comprender muchas cosas, en el escaso tiempo de que dispongas.

Hijita, yo ruego por ti constantemente. Si Dios nos oye, nunca su oído estará más presto que ahora, cuando se trata de ti que eres una plegaria. Ser fiel a tu corazón y a tu espíritu es lo único que anhelo en esta vida, y merecer que me llames cada día con más justicia, tu hijo, tu niño...

Adiós Hortensia...



Domingo, 8 de septiembre de 1929

Todo este día, Madrecita, ha sido para ti. La mañana entera, para arreglar los recortes que van en un paquete, con cinco ej. del M.V. Ahora la tarde para escribirte. Y todos los instantes para recordarte, pensando en tu gracia infinita.

Anteayer en la mañana, a los quince días de tu partida, hice traer un gran ramillete de gardenias, rosas rojas y blancas. Muy bellas, muy fragantes. Están abrigando tu retrato y embalsamando mi corazón. Cada vez me sorprende más esta imagen tuya, que es tan fiel, y sin embargo tan extraña. Eres tú, pero sin tu sonrisa, y me miras fija, serenamente, con ojos interrogadores y profundos que penetran en lo más escondido de mi alma...

El domingo pasado te escribí a la dirección "Rue de Camps"; iba también

un paquete de libros, certificado. Merceditas no te ha escrito, porque se hirió el dedo medio de la derecha y la pluma le lastima. Pero en ocho días más estará buena. Josecito estuvo en gran peligro, en una camioneta que se volcó. Fue un milagro que mientras mucho sufría grandes heridas y golpes, el saliera con una insignificante magulladura en un brazo. Mamá Noy, esta buena ya, convaleciendo. Yo, sufriendo con las humedades, que me deprimen y me trastornan los nervios; pero nada, gracias, gracias a Dios, que me impida trabajar. Sarita bien, segura la pobrecita puede estarlo. Anoche comí con ella y Merceditas, Napoleón reponiéndose de prisa. Rochac, arreglándose para ir a Tegucigalpa en visita estudiantil ¿Quién más?

Toña, Nela, Jorgito y Bertita, buenos todos.

Josecito te habrá escrito contándole por que no han cambiado de casa. Creo que Merceditas optará por irse a Izalco, con Sarita, unos meses, mientras llega enero; en ese mes me dijo ayer, se hará su enlace, definitivamente. Estando en Izalco hará economía suficiente para reponer los extras que se han hecho.

Hijita, va muy bien tu minimito, como verás por los recortes. Las adhesiones públicas son ya unas cincuenta, y comienzan a llegar por grupos. De Tegucigalpa pidieron el folletito que van a reproducir en el diario "El Sol", de López Pineda. Rochac lleva el encargo de organizar allá el partido, y tenemos las mejores esperanzas. Yo estoy dando platicas explicativas, los viernes por la noche, a los que pertenecen ya al grupo. Tenemos en él unos diez obreros, que necesitan explicaciones. Moran tiene a su cargo el entenderse con Gabriela Mistral; Rochac y Chica, con Honduras; Arístides Salazar y otro joven, con Guatemala; Chacón y un joven Jacobvitz, con Santa Ana. El Doctor Arturo Solano, que va para Paris, llevará folletos y comisión de propaganda entre la colonia hispanoamericana.

Si las cosas siguen así, a fin de año tendremos un verdadero partido vitalista. Los compañeros se muestran muy fervorosos, y comienzan a sentir el vitalismo como una religión, como una fuerza edificadora que modelará todo el continente. A. G. Mistral, se le enviará esta semana 25 ej. Del M.V. Creo que luego podremos hacer una nueva edición, numerosa. Ya ves, hijita, que nuestro *Mínimum Vital* es algo que vive y prospera. No moriremos sin deleitarnos en nuestra obra.

Me cuenta Sarita que todos los días te escribe, y que juntas las cartas el sábado, suma muchas páginas. Merceditas hizo lo mismo en los primeros días de tu partida. De manera que quien más olvidada te tiene soy yo, ¿verdad? Y, sin embargo, nunca has influido en mi como ahora; nunca mi

anhelo de servirte y de honrarte fue más vivo, ni más constante. A pesar de mi tristeza, que en ciertas horas es aniquiladora, siento que tu voz me guía y que tu mano me sostiene. Mi dolor tiene este consuelo, que puedo decirte: día por día y con fidelidad absoluta, me esfuerzo para cumplir las normas que me has prescrito, de las que no me he apartado ni una sola vez.

Mis fuerzas creadoras están vigorizándose; otra vez siento facilidad de escribir, o más bien anhelo de hacerlo, y es tu ausencia, el aguijón que me impele a crear. Fíjate en esos artículos sobre Krishnamurti: ¿no encuentras en ellos una emoción muy triste pero muy fervorosa? Lo estoy escribiendo pensando en nuestras horas íntimas, cuando yo te habría mi corazón, cuando tú me infundías fe y me exhortabas a ser puro y sereno, a concentrar todas mis fuerzas para nuestra obra. ¡Nuestra obra! ... ¿Quién aquí me diría aquellas palabras? ¿A quién le pediré como a ti, madrecita mía, consejo, aliento, esperanza?...

Y sin embargo era necesario separarnos, y ha sido un bien separarnos. Ahora nuestro amor alcanzará su culminación, y se servirá sobre nosotros como una nube blanca y ligera, y nos alumbrará cada vez más como una luz que purifica todo nuestro vivir. Compañera mía, no creas que esto es egoísmo, y que olvido tus penas y la soledad angustiosa en que te hayas. Mi tormento mayor es pensar en ello, y mi imaginación me pinta con los colores más tristes tu soledad y tu angustia. ¡Quien pudiera ir a tu lado y ayudarte y confortarte!...

Hijita mía, no te apenes por mí; esta cierto de que no me apartaré una línea del camino que me has trazado. Cuido de mi salud y descanso, y si no me divierto, aunque lo procure es porque todavía es muy reciente la herida de este viaje. Comienzo ahora a sentir claramente todo lo que era tu compañía para mí; ahora que estoy solo, callado y que ninguna voz reconfortante acaricia mis oídos, comprendo lo que tuve y lo que he perdido...

Van aquí dentro hojitas de las rosas que encuadra tu retrato. Están aún frescas, y acercando a ellas mis labios, me parece hundirlas en tus cabellos. Llegarán marchitas, y nada te dirá su color desvanecido ni su fragancia disipada. Toda vida es así...

Escríbeme dulzura mía, cuéntame todo, reanuda la cadena celeste de tus palabras. Cuando reciba tu primera carta me imaginaré que estas cerca, que volverás. Acuérdate de mis recomendaciones; reposa, distráete sin cansarte; piensa con serenidad y dominio de ti misma, para que aciertes; no sacrifiques nada de ti, nada transcendental, a la tiranía o a las locuras de los demás.

Hijita, yo tengo una fe inmensa en tu porvenir, y esa fe y el anhelo de no

estorbarlo, son mi fuerza y mi esperanza. Triunfarás, adorada compañera mía; pasarán las horas negras; vendrá para ti la vida ordenada, estable, serena, y se desplegará todas tus gracias. De pensar que fueron mías, de pensar que me has amado, que fui tu hijo, que lo soy aún, mi camino se hace llano y mis espinas pierden su agudeza.

Son las cinco de la tarde. El domingo 18 de septiembre, a esta hora estabas aquí. ¿Fue el último que pasaste a mi lado, recuerdas? Ese día tomemos con Toña y Jorgito una botella de vino tinto. Dos días después, el martes, viniste para almorzar con nosotros y pasaste aquí la tarde. Y luego el jueves, viniste a estas horas, para decirme adiós. Yo ya no te vi más, flor de mi vida, ya no te vi más. Ahora hacen de esto diez y siete días, diez y siete años y mis lágrimas corren aún...

Todos los días veo tu sombrero, tus demás cosas. Todos los instantes veo tu corazón y adivino más sus tesoros. Nunca soñé, ni conocí otro igual; nunca luz más celeste se encarna en una criatura humana. Y me has amado, y me amas. ¡Verdad que no me olvidarás, Ultensha!

¿Verdad que un día, si yo asciendo y culmino te sentirás consolada y recompensada? Corazoncito de mi vida que el Señor te de esperanza y valor; que la oración te reconforte. Con mi alma de rodillas, te bendigo y beso tus ojos adorados.



San Salvador, 16 de septiembre de 1929
Sábado, a las 4 pm.

Madrecita,

Vino tu carta de Colón, como una luz inesperada. Yo creí que no me vendrían letras tuyas sino hasta de París. Imagínate que alegría, cuando me dijo Mercedes que había cartas.

¡Que bendición, hijita, que vayas contenta, animosa, vigorosa! Que dicha tan merecida, esa de que todos te rodean y te atienden y te sirvan. ¿Quién no lo haría, si estar a tu lado es la ventura, la paz? Y ahora que ya habrás olvidado tantos enojos, y que el mar te arrulla y te infunde su serenidad ¿Cómo no te sentirán de cordial y buena y luminosa los que están contigo?...

Mañana son veinticuatro días de tu partida. ¿Qué haré yo mañana, domingo, sin ti, recordando que ese era mi día?... Ni me queda el recurso

de irme fuera de la ciudad, porque el tiempo es lluvioso y húmedo. Aquí estaré, pues solo y triste, así como el domingo anterior, que fue un día mortal.

Tu hermanita, desde que te fuiste es lo más cariñosa conmigo. La he visto varias veces y siempre me trata como una verdadera y dulce hermanita. No hablemos de ti, casi nuca y si acaso, dos palabras. Es un instinto el callarnos, para que nuestro dolor no se exasperé.

Esta carta te hallará ya en París, instalada y resolviendo sobre adonde fijarás tu residencia. Habrás leído ya mis dos anteriores, una enviada a casa de tu tía, y la segunda al Consulado. Y también los libros y dos paquetes de recortes. Ahora van otros de estos, que te regocijará por el triunfo de mi libro Leer y Escribir. Mira que éxito, madrecita, y piensa cuanta es mi alegría al enviarte esos recortes. Otra cosa grande ha sido la rebaja en los derechos de la harina, que se nos debe enteramente a nosotros, y que son una consagración de nuestros empeños vitalistas.

Nuestra propaganda muy bien. Día por día se adhieren nuevos simpatizadores, algunos muy importantes: Rochac, Salazar, Pavón, y ahora Salarrúe, son ya del los nuestros. Yo dí anoche mi segunda plática explicativa de la doctrina, con éxito. Las pláticas breves, lo más de cuarenta minutos, y sin esforzarme. Así, no te inquietes, pues no me fatigan. Ayer se le enviaron a G. Mistral todos los datos de lo que se ha hecho desde que ella escribió con súplica de comenzar los trabajos en Chile, Argentina y Uruguay. Verás publicada la bella carta que le dirigió Morán.

En estos recortes de ahora, leerás la carta preciosa de Salarrúe, y una prueba de la respuesta que yo le doy ¡Te acuerdas, madrecita, mi impaciencia de que leyeras pronto, en pruebas, mis pobres artículos, cuando suponía que haba de agradarte? ¿Y mi deleite de oírtelos leer?

Ahora quise hacerme la ilusión de que estabas aquí, y pedí que me sacara ya una prueba hoy sábado, para que no esperaras hasta el lunes... ¡Que duro es aceptar la realidad, y hacerse un lecho reposo con sus espinas implacables!

Madrecita, estoy bien de salud, solamente cansado. Mi trabajo es arduo, y me lo hace más áspero la soledad. Ya me acostumbraré... Estoy andando fácilmente en la senda que me trazaste. Ni una vez he caído en falta, pues mi gloria es decirme que así te sirvo y te aliento. Me acuesto muy temprano, a las 8 y 30, visito a mi mamá, a Merceditas, a Sarita. Y lucho, pensando en ti, por extender nuestra doctrina. Mi oración constante es que se me den fuerzas para extenderlas, y que tu recibas mi esfuerzo como un homenaje de mi corazón al tuyo.

Me imagino que es una criaturita que tú, obligada a ausentarte, has confiado a mi ternura y a mis cuidados, y que al volver hallarás sana, rebozando salud y gracia...

Esta bueno, hijita, que bebas un poco de buen vino. Necesitas restaurar bien tus fuerzas tan quebrantadas. Y el frío que viene ya, exige el hábito reconfortante del vino para no decaer. Eso sí, ha de ser vino puro, y no licores. Yo, desde que te fuiste, no lo había probado, hasta ayer que me dieron una copita en tu casa, de una botella que tu hermano trajo de abordó. Cómo te recuerdo, pensando que hace veintiocho días, el domingo 18 de agosto, aún estabas conmigo, y que bebíamos juntos, con Toña y Jorgito, por última vez, el vino de la despedida...

Suspendo, Hijita, porque me entristezco demasiado; voy a ver a mamá hoy, y mañana continuaremos nuestra conversación. ¡Mi dulce muthatita!



15 de septiembre a las 10. A.M.

Niña mía, el trabajo es fatal; la casita se llueve toda, y casi no hay un lugar donde pueda escribirte. He amanecido bien y más ansioso.

Ha llegado aquí la noticia de que el Teniente Camaus y el Ingeniero Chiargo, de la marina italiana, se desafiaron a muerte, porque ambos querían tu mano; que Mussolini, que pretende lo mismo, amenazó con fusilarles a los dos, y que el Armador del Rialto, juró que echaría a pique todos los barcos de la "Triestina" ¡si no era él, el preferido! ¡Ves, Mulhathita perversa lo que andas haciendo?, ¿No te acuerdas que yo te he destinado para consorte de un príncipe indio? ¿Por lo menos para gran Duquesa de Finlandia?

Queridísima, me da pena enviarte esas cartas del Dr. E. C. y mi respuesta. ¿No es una ingratitud hacerte saber todas esas miserias y ruindades? Mira la moral política de nuestros hombres, y este es de los mejores. ¿Mira con que tranquilidad, falseo lo que me expuso, lo recuerdas? Y como en el instante en que me necesita y me busca, me daña, por tal de aparecer como no interesado en llegar al poder. Espero que mi respuesta le quitara los deseos de volverme a mezclar en sus cosas. Por mi parte no quiero saber nada de políticas de mi tierra. Son imposibles.

La carta de Salarrué, preciosa, me hace pensar hondos pensamientos. Tu sabes que en casos como este, yo no sé lo que escribo; no soy dueño de mis palabras. Que el vitalismo sea una religión, la verdadera religión, y

la mejor para nuestros días, me parece indudable. ¿Pero es prudente que sea yo quien lo afirme y lo revele así? ¿No fuera mejor esperar a que surja hombres más limpios más unificados y puros para mostrar ese aspecto de nuestra idea? ¿Tiene derecho un hombre tan dudoso y maculado como yo para alzar su voz y pronunciar palabras tan graves?

Toda esta noche he pensado en ello, con grande y perturbadora inquietud, temiendo dañar nuestra causa con alguna imprudencia.... ¿Que dices tú. Ahora, fuerza es que acabe de desarrollar mi pensamiento, pues ya comencé. ¿Siempre soy aturdido verdad?

¿Vendrá noticia de tu llegada de aquí a un mes? Ya para entonces, forzoso será que me hables de todo. Te seguiré enviando recortes al Consulado, recuérdalo. Y también mis cartas, sin certificar. ¿No se extraviarán?

Mamá y Nela te han recordado mucho. Toña, bajo de un grande aguacero fue a traerme tu carta, pues no venía a causa de la lluvia. Toña cree en ti con la fe más grande; insiste en que tu retrato es una imagen Búdhdica, y que yo pienso lo mismo.

Madrecita mía, ten la certeza de que, en todo, en todo sigo tus prescripciones. No me impacienta nada, que es lo más difícil y me siento dueño de mí, aunque anegado en la tristeza. He vuelto a ser un creyente fervoroso y sencillo; no me atormentan dudas filosóficas; me dejo llevar de mi corazón. Lejos de ti, me siento como un niño abandonado, con inmensa necesidad de fe ingenua y profunda. Mi confortamiento es que nuestra doctrina se extiende día por día, y que mi vida será la leña consumida en sus altares.

He adquirido un libro que buscaba desde mucho tiempo, y que por primera vez se traduce al castellano; el “Evangelio de Ramakrishna”. Como ni tu ánimo ni tu tiempo están aún para que lo leas seguidamente, voy a enviarte, copiados de mi mano, algunos trozos. Hay una vida de ese maestro, escrita por Max Müller, celebre filólogo, autor asimismo de estudios sobre Budha. Debe estar traducida al Francés. Ramakrishna es casi un contemporáneo, pues murió en 1886.

El y Mahatma Gandhi me parecen los dos únicos verdaderos maestros de nuestros tiempos, asemejables a Jesús.

Oye esta admirable parábola de nuestro Autor; cuatro ciegos tropezaron en su camino con un pacífico elefante. Uno de ellos, le tocó una pierna al animal, y exclamo: El elefante es como una columna.

Otro ciego le tocó la trompa, y dijo: El elefante es como un palo grueso.

El tercero le palpó el vientre, y repuso: El elefante es como un tonel.

El cuarto le tocó las orejas, y dijo: El elefante es como un grande abanico.

Después comenzaron a disputar entre ellos sobre la configuración del elefante; pero al verlos reñir un transeúnte, les pregunto cuál era la causa de la contienda, y habiéndosela declarado, le suplicaron que fallará en justicia el litigio.

El transeúnte les dijo: ninguno de nosotros ha visto al elefante, que no es una columna, sino que sus piernas parecen columnas. No es como un tonel, sino su vientre, parece un tonel. No es como un abanico, sino que sus orejas parecen abanicos.

No es como un palo grueso, sino que su trompa, semeja un palo grueso. El Elefante es como la combinación de todos estos parecidos.

De análoga manera disputan los sectarios que solo conocen un aspecto de Dios.

Yo sé, madrecita mía, de un ciego que se encontró contigo, y solo oyó tu voz, y dijo: es una estrella y no se equivocó...

Adiós, mi para siempre amada.



Domingo, 15 de septiembre a las 5 de la tarde.

Hermanita, compañera mía:

Hoy después del almuerzo, para hacerme la ilusión de que estabas aquí, con nosotros, saqué la bolsa y la coloqué sobre el escritorio, así como lo hacías tú. Llame a Toña para que la viera, y se conmovió mucho. El resultado fue para mí, nuevas y amargas lágrimas.

En fin, este día casi pasó ya. Al llegar el buen tiempo, me iré los domingos a algún pueblecito vecino.

Aparte va una carta extensa, escrita esta mañana. Las dos van por el mismo correo y al Consulado. También un paquete de impresos, pero esos los remiten vía Panamá, y llegarán algo más tarde.

Madrecita divina, como si tú no tuvieras más dolores e inquietudes que yo, y necesidad muy grane de que se te aliente y conforte. Que flaqueza la mía, ¿verdad. Pero yo no tengo tu luz, y por lo mismo, no tengo tu fuerza ni tu valor. Y, además, la vida me ha quebrantado ya tantos...

Ya vendrá para mí la serenidad, pues no es posible que Dios me la niegue siempre, viendo con que total sinceridad deseo renunciar a todas las cosas de este mundo. Únicamente anhelo que no me falte tu influencia, que tu espíritu no me abandone, que tengas siempre un lugar para mí en tu

pensamiento y en tu corazón.

Adiós, mi Mulhathita. En estos momentos tu retrato parece sonreírme, y me imagino que vas a hablarme. Adiós, flor de mi corazón. Que el señor te guarde, te aliente y ensalce tu gracia.



*Lunes, 23 de septiembre de 29.
A las 6 de la mañana.*

Criatura mía,

Son ya treinta y un días que yo no te veo. Llegaste por fin, con buena salud según tu cablegrama. Demos gracias a Dios, y roguémosle que te siga amparando.

¿Qué harás ahora? Esta es la pregunta inquietante, y cada día lo será más. No sé si he de continuar escribiéndote, mientras no me digas adonde...

Con esta son cuatro mis cartas, y cuatro paquetes de impreso. Solo una vez a casa de tus tíos, y las otras al Consulado. Esta llegará con ocho días de retraso, porque las lluvias descompusieron los caminos a Guatemala. De seguro que habrás estado muy inquieta, viendo que nadie te escribía.

Yo estoy bien de salud, hijita, a pesar del tiempo que es muy lluvioso y húmedo. Por lo menos, con salud bastante para hacer mi trabajo y ganar el pan. El ánimo triste, triste, triste. Todos los míos bien, y lo mismo tus hermanitos. Te alegrará mucho saber que Mechecitas se muestra muy serena, alegre, cordial. Ha desaparecido enteramente aquel enojo y nerviosidad que mantenía. Ya no regaña ni grita, ni se exalta. En verdad se le ha quitado de los hombros una cruz agobiadora, y la vida le parece ahora amable y buena. Ya ves cómo está organizado el mundo: que para la dicha de unos se requiere el calvario de otros. Subamos pues, nuestro calvario...

Sarita ha mejorado con un cierto suero que se recetó ella misma. Tengo alguna esperanza que la mejoría se acentúe. Es buena, fraternal conmigo; en ti piensa con una ternura que no decrece. Fuiste el sol y la luna para esa pobre criatura, como lo fuiste para mí.

Toña dice que le hace mucha falta prepararte tu arroz negro para los domingos. Esta discurriendo la manera de hacerte llegar unos pedazos de caña, que tanto te gustaba.

Le digo yo que el único medio eficaz sería cortarlos en trocitos pequeños, muy limpios; chupármelos yo, haciendo todos los aspavientos que, tú hacías, y enviarte los bagacitos.... ¿Qué te parece?

Espero, mi muchachita, que, a pesar de tus inquietudes, Paris te habrá distraído, y que por algunos días te habrás olvidado de todo, para entregarte a ver, oír y pensar la gran ciudad. Ya verás el jardín de plantas, Notre Dame, algo del Louvre, y el hervidero humano de esa ciudad única, por la agitación mental. ¡Y habrás olvidado! Nada hay en la vida que nos haga tanto bien como el olvido. Deberíamos aprenderlo como un arte. Hay muchos instantes en que siento que aun a mí, deberías borrarne de tus recuerdos, para rehacer tu vida, para nacer de nuevo...

Yo, al contrario, no puedo nacer de nuevo sino, viviendo en tu recuerdo, absorbiéndome en las palabras tuyas de los últimos días, anhelando hacer tu voluntad. La estoy haciendo, Hort, estoy con entera fidelidad, moldeándome en el crisol que tú me forjaste. ¡Que Dios me mantenga en ese propósito!

La obra camina, y cada vez mejor. Tenemos noventa adhesiones públicas, algunas muy fervorosas, como verás. A las sesiones van llegando oyentes nuevos, y siempre, al concluir mis platicas, algunos piden ser inscritos. En San Pedro Sula- Costa Norte, por influencia de Rochac, que llegó en aeroplano con otros compañeros, se está publicando en un diario el *Mínimum Vital*. El Doctor J. López Pineda, en "El Sol", de Tegucigalpa, he comenzado a escribir algunos artículos vitalistas. Un joven abogado mexicano, inteligente y entusiasta, se acaba de adherir, y se hará cargo de la propaganda en México, donde según él, los propietarios, que se sienten muy hostigados por los comunistas, y que temen ser despojados, recibirán la doctrina vitalista como venida del cielo, a causa de ser una conciliación. La "Nueva Democracia", de Nueva York, acaba de publicar un resumen de la doctrina, bastante completo. En fin, los políticos presidenciables de aquí, han iniciado gestiones con nosotros para que el Vitalismo este representado en ciertas juntas próximas, de las cuales surgirá; según ellos, la candidatura única.

Ya ves, hijita, que no se puede exigir más para tampoco tiempo. Mi pluma está llegando a ser una innegable fuerza, temida por unos, y deseada por otros. Siento que mi influencia crece día por día, y si no fuera porque toda vanidad ha muerto en mí, estaría gozoso. De todos modos, es una ventura saber que podemos alguna cosa, y que nuestros sueños se van cristalizando.

Hijita mía, te abrumo a recortes y a cuadernos, ¿verdad? Pero no es para que los guardes. Dales un vistazo, regálalos o quémalos. Me hago la ilusión de que enviándote muchos, se mantiene entre los dos la cadena espiritual

que nos unió. Ahora yo no tengo quien me aliente y me mime; no tengo con quien comunicar, a quien preguntar en mis dudas, ni a quien pedir aplausos y caricias en los éxitos. ¡Ya ves! ¿Cuándo vendrá tu primera carta de allá? Si vieras con que temor la aguardo, y con que ansia. Por ella sabré si mi recuerdo no se va desvaneciendo en ti; si nuevos horizontes, como se te presentaran ahora, no dan nacimiento en tu ánimo, a nuevas perspectivas y esperanzas. Sería tan natural, y acaso tan bueno para ti, olvidar todo ese pasado tormentoso, y entregarte a una vida nueva, sencilla, veraz, fuerte y noble...

Y aguanto también con ansia creciente retratos tuyos, sonrientes, alegres, que me haga revivir los momentos aquellos, cuando entrabas aquí los domingos, taconeando, hablando con tu voz resonante, y convirtiendo la casa en un alborozo... este retrato que dejastes es tan grave, tan triste...

Me voy a mí oficina, hijita. Ayer no tuve ánimo de escribirte, aunque no salí en todo el día. Escribirte es lo más doloroso para mí, y no será de otra manera en mucho tiempo, y mientras no sienta que eres la misma. Ahora me hace el efecto de escribirle a una sombra.

Niña mía, no olvides avisarme que dinero te queda, sobre todo, cuando recibas esta. Y por lo demás, confía en Dios, que no nos faltará recursos.

Adiós mi Mulhathita, mi madrecita santa. Que el Señor te guarde, te conforte y siembre de rosas tu camino. Que me vengan de ti gratas y consoladoras noticias. Que estés buena, que te animes, que te diviertas, que te orientes bien para los días que vienen. Y que me guardes en tu corazón el rinconcito amado, suave, cálido, donde tantas veces fui acogido y arrullado como un niño, como tu niño.



Domingo. 29 de septiembre. 29

Santita adorada,

Hoy es primer día desde que te fuiste, que he podido pensar con resignación en tu ausencia, con amor de madre, que todo lo subordina a la ventura del hijo.

Todo el día me he sentido en paz, recordándote con honda ternura, pero sin protestas, deleitándome con el pensamiento de que en todo sentido estarás beneficiándote con el viaje. Y si es así, que su Voluntad sea hecha: que tu cuerpo y tu alma se acrisolen, mi muchachita, para que florezcas y des tus frutos. Yo sé que serán de bendición.

Ayer tarde oí en tu casa la tercera parte de la Sinfonía de Beethoven, la que oíamos juntos con tanta fruición. No pude evitar la tristeza y las lágrimas; te veía cerca de mí, escuchando arrobada, y te oía, cantando en voz baja, las notas divinas... Eso fue a las 10 de la noche en París. Como a las cinco y media, Meches y Josecito, dispusieron venirse conmigo a mi casa; trajeron algo de comer, y comimos juntos, muy contentos. Por primera vez desde que volví de Guatemala, me reí grandemente, oyendo ocurrencias de Merceditas y de José: travesuras y diabluras de la infancia. Mechecitas se acostó en mi cama a descansar, y estuvimos charlando hasta las 8 y 30 cuando se fueron. Todo eso me produjo un estado de melancolía dulce y triste, un mar de recuerdos y de imágenes en que la tuya sé ceñía cómo una nube irisada e insensible.

Hoy a las 11, me vino por fin la almohada, y en cuanto almorcé me acosté para descansar en ella mi cabeza. Que bien me sentí, hundiendo mis sienes ahí donde tu cabecita descansaba....

Josecito viene como antes, con mucha frecuencia; almuerzo o come aquí, y juega con Jorgito muchas horas. Lo siento de nuevo, inclinado a lo sencillo y honesto, y desprendiéndose de la vida aparatosa que ha estado llevando. Esto, hijita, ha de contentarte, ¿verdad?

Yo también adelanto, aunque poco a poco, en mi senda. Despacio, despacio, pero no pasa un día sin un ligero avance. Mi salud se mantiene, y con la retirada de las lluvias se fortalecerá. Y tu recuerdo, hijita mía, y las promesas que te hice, son mi guía y mi vínculo en ese camino escabroso y espinoso.

Estoy leyendo aquel incomparable libro de Vivekanando: El Karma Yoga, que me ha prestado Sarita. Es mi libro, el que más conviene a mi estado de ánimo y a mis propósitos.

Su autor ha escrito ahí una verdadera técnica de la renunciación, de la liberación. Yo comprendo ya, con absoluta claridad que no solamente la renunciación es la paz, la libertad, sino también la fuerza, la eficiencia. ¡Pero que tarde me están llegando estas luces! Tendré necesidad de treinta años de vida y de salud para acercarme bastante a ese ideal. Así, madrecita, resígnate a que tu hijo se vaya de esta vida, cargado de errores y de vicios. En otra existencia lo haré mejor.

Nuestro Minimunito, bien. Ya somos unos ciento cinco adherentes. Las sesiones se animan de día en día. Se nos toma en cuenta. De aquí al año nuevo, seremos algo vivo y dinámico.

Todavía no he corregido “Las siete cuerdas de la Lira”. Me sentía incapaz de todo esfuerzo. Espero hacerlo del 15 al 20 de este, apenas me llegue tu primera carta.

Hijita, con esta son cinco que te escribo, y cinco paquetes de libro que te envío. La primera fue dirigida a casa de tus tíos, pero sin añadir el nombre de ellos. La misma torpeza cometí con las siguientes dirigidas al Consulado, si no las has recibido, habrá que buscarlas en la oficina de Rezazú.

Espero contando las horas, tu primera de allí, que ha de llegar del 15 al 20. Y luego, hijita, acuérdate de tu promesa, de no dejar un correo sin enviarme, aunque sea una postal.

¿Qué dinero te queda? Yo estoy esforzándome seriamente para quedar sin deudas. Cuando viene de Guatemala, debía 300 colones; ahora, 210. Te lo cuento, para que adivines por ahí, la seriedad y el orden que procuro imprimir a mi vida.

Madrecita santa y bendita, no me olvides. Ora por mí, ilumíname, que tus dulces palabras vengan a sostenerme. Yo las leeré imaginándome que las oigo de tu boca, como un susurro y una plegaria. Con toda mi fe, con toda mi devoción, para siempre...

María me escribe preguntándome cariñosamente por ti. Albertina sigue mejor, creo que definitivamente curada. Adiós mi Mulhathita.



San Salvador, 9 de octubre 29

Querida mía cada vez más amada,

Siquiera está la recibirás luego, puesto que ira en avión hasta York: un hallazgo, después de la interrupción tan larga que nos impuso el temporal reciente. Mi última fue del 30 de septiembre, con un paquete de libros, enviado todo al Consulado, y esta es la sexta, desde que te fuiste.

Madrecita, yo sé que ninguna noticia es para ti más grata, que saber que estoy bueno; alégrate, pues, porque lo estoy. Trabajo bastante, pues tengo que dar pláticas vitalistas los viernes, y ahora, además, conferencias públicas los domingos a las nueve y media de la mañana, en el salón de la Confederada de Obreros. El domingo reciente (hoy es miércoles) di la primera con grandes resultados. Me sentía muy impresionado a causa de la hostilidad que ha venido rodeándome, y estaba resuelto a esforzarme para dominar y conquistar el ambiente.

Lo hice gracias a Dios, con entero éxito, y creo que fue esa una de mis mejores conferencias, en todo sentido. La desarrollé sobre el tema de que “El trabajador merece su alimento”, sentencia de Jesús, y probé que todo el vitalismo se contiene ahí. Contrapuse esa doctrina a la de la Economía Clásica, simbolizando está en aquel cuentecito que ya conoces, de “La oferta y la demanda”

Ha de haberme ayudado mucho sentir que tu habías hablado dos veces en ese mismo salón; mientras yo lo hacía, me imaginaba oír tu voz, resonando en los corazones, y tu gracia infinita jugando en tus labios y seduciendo a quienes te escuchaban.

En ese mismo corredor, trabaje yo de corrector de pruebas, (entonces era una sala grande, y estaban ahí las oficinas) cuando ese edificio era La Imprenta Nacional. Ahí trabaje tres años, con sueldos miserables, muchacho desconocido y desvalido. Ahí pase una noche mortal, cuando la sublevación contra los ezetas, ya te habia referido antes el incidente. Y ahí has hallado tú, dulcita mía, que es como haberse vuelto, ese lugar un templo.

Madrecita, va muy bien el *Mínimum*: ya somos, y creo que nadie podrá estorbar que esto crezca y se extienda por todo el trópico. Somos ya 130 inscritos, buenos elementos y cada vez animados de mejor espíritu. Los simpatizadores ya son muchos centenares, y espero que muy luego vendrán a nosotros. En Patria verás la *Crónica* de las sesiones y de las conferencias, escrita por Vargas Morán, abogado mexicano, que es uno de nuestros compañeros más preparados y fervorosos.

Hijita de mi corazón, si te hablo de esto así con tanto espacio, es porque sé que nada te servirá de más alivio y fortaleza que saber que esta idea querida y santa, en que están tu corazón y el mío, va creciendo como un rosal. Si no fuera esta alegría de encarnarnos en esta nueva vida. ¿Cómo podríamos sobrellevar tanto dolor pasado y tanta cruz que nos espera? Yo me fortifico y me exalto a cada paso que damos, recordando que estoy haciendo tu obra. Y me digo: ¡Por ella! Se mi Mulhathita, “Por ti, y por él”.

Por ti, que ahora más que nunca, me sirves de estrella en mis tinieblas...

Hijita mía, ¿Cuándo vendrán tus cartas? Si vieras como siento que se va a reanudar el hilo de mi vida, que me parece roto por tu ausencia. Hoy hace 47 días que te fuiste, 48 que yo te ví la última vez. Ayer martes fueron 50, desde que almorzaste conmigo, tres días antes de tu partida. Yo estuve usando unos días tu cubierto, pero Toña dispuso guardarlo, temerosa de que fuera a perderse. Pues nuestro pensamiento, aunque no se formule, “gira como siempre en derredor de ti”...

Madrecita mía, estoy contento de mí; adelanto en el sendero; voy paso a paso, viendo que me llevas, que tu imagen me traza el camino. En todo he mejorado, creo yo, y pensar en ello es mi tributo a tu nombre y a tu amor.

¡Quizá alcanzaré a ser tu creación, tu niño bueno, limpio ya de tanta escoria y libre de tantas cadenas! ¡Qué será de ti ahora, mi muchachita! Yo procuro imaginarme lo mejor. Procuro tener fe en que los ángeles han de guardarte y de conducirte. Al pensar en las inmensas dificultades para ti, tan solita y en circunstancias tan escabrosas, me digo que debo confiar en Dios; que él te ama y te guarda para cosas muy grandes, y que Él te suscitará por todas partes gentes buenas y generosas que te comprendan y te sirvan. Que su voluntad se haga en nosotros, compañera mía adorada.

Tu hermanita te envió en esta semana_ quizá lo lleve este mismo correo_ un giro de 100 dólares. Sarita te enviará luego otro tanto, y yo solo espero tu aviso para enviarte lo que pueda. Creo que no nos faltará recursos. A Dios gracias. Ve, hijita, que no te falte salud; no te fatigues, no te dejes arrastrar por el torbellino en esa ciudad, y vayas a agotar tus energías. Serénate y reposa.

Y ya no te escribo más, mi Alondra querida, porque es ya tarde y debo irme a la oficina. Son las 7 y 15 de la mañana, la una de la tarde en París, si aún estas ahí. Estarás ahora almorzando, tragoncita, y acaso te imagines que estés junto a mí, comiendo a la sombra de nuestros Conacastes...

Adiós, que todas las divinas potencias te guarden, Madrecita Divina; que tu corazón se colme de esperanza y de fuerza, y que tu fe te una cada vez más con el Manantial Celeste de que descubriste. Con toda mi alma beso tus manos y tus ojitos adorados.



Una familia de árboles

Los encuentro, después de haber atravesado una llanura, reseca por el sol.

No viven al borde del camino, por el ruido. Habitan en los incultos campos, junto a una fuente conocida solo de los pájaros.

De lejos, parecen impenetrables. Apenas me acerco, se separan sus troncos. Me acogen con prudencia; puedo reposar, refrescarme... pero adivino que me observan y desconfían.

Viven en familia; los mayores, en medio, y los pequeños, aquellos cuyas hojas son recién nacidas, están por todos lados, sin apartarse nunca.

Tardan en morir, y conservan a sus muertos en pie, hasta que se deshacen en polvo.

Se acarician con sus largas ramas, para asegurarse de que están allí, como los ciegos. Gesticulan de cólera si el viento se levanta para desarraigarlos. Pero entre ellos, ninguna disputa. Solo de acuerdo murmuran. Yo siento que ellos deben ser mi familia verdadera. Olvidaré pronto a la otra. Estos árboles me adoptarán poco a poco; y para merecerlo, aprendo lo que es preciso saber:

“Yo sé mirar las nubes que pasan” ...

“Se también quedarme en mi lugar”

“Y casi se callarme”

De Jules Renard,

Novelista Francés

Copiado por mí,

Para vos. _____

16 de octubre.



Jueves, 24 de octubre de 1929

Hijita mía, única luz que todavía ven mis tristes ojos:

Ayer a las tres de la tarde, a los dos meses justos de tu partida, me vino por fin tu primera carta, y desde ese momento caí en una tristeza profunda. Sarita y Merceditas recibieron las tuyas desde el lunes; la mía hubo que ir por ella, al saber que habías escrito, y aun costó que la encontraran. Tomare luego un apartado para evitar estos retrasos.

Una vez más estoy posternándome ante el Señor que te colmo de gracias, y con eso un escudo para valerte donde quiera que vayas. Todos te aman, todos te ayudan, todos se afanan en servirte. ¿Ves hijita, que has sido privilegiada por el cielo con el don más precioso, que es reinar en todos los corazones?

Tengamos, pues, confianza, porque hallarás alivio y socorro en los días oscuros que vengan. Yo estoy bueno, es decir, sin nada que pueda llamarse enfermedad. Solamente con un cansancio y una depresión infinita. Los

esfuerzos por la propaganda me tienen agotado, y todo lo veo gris y frío. En mi ánimo surge a cada instante esta pregunta: ¿Para qué?...

Ahora voy a descansar cuanto pueda, suspendiendo pláticas y conferencias, y limitándome a mi trabajo ineludible en el diario. Espero que, en unos dos meses de relativo descanso, cambiará mi ánimo, hay tan oscuro. En mi casa todos están bien, sino son los ligeros achaques e inevitables contratiempos; te recuerdan mucho, y han estado preguntando sin cesar si había noticias tuyas.

Yo haciendo tu voluntad, he salido todos los días, a buscar como distraerme. Más o menos logro aturdirme; pero mi estado verdadero y constante, es un trabajo interior de renunciación. Oro todos los días pidiendo a Dios que me de fuerzas para desprenderme de todas las criaturas y de todas las cosas. En primer lugar, de ti, pues estoy cierto de que, si domino el dolor de haberte perdido, seré insensible contra todo en la vida. Mi anhelo es amarte no ya como a una madre, sino como si fuera yo tu madre para no esperar ninguna recompensa y deleitarme con solo amarte yo.

En verdad, Hortensia, yo vivía de ti y en ti, y ahora no me siento vivir. A pesar de mi régimen ten severo y sencillo, no tengo fuerzas y quizá decaigo velozmente, camino de la vejez inútil e impotente.

Mi soledad es grande: no siento a nadie cerca de mi corazón ni de mi espíritu; soy un extraño cuyas palabras no hieren el alma de los demás, y cuyos oídos no comprenden los de los demás. Y es que yo vivía de ti y en ti.

Mi carta anterior, la séptima, fue enviada al Consulado, y casi al mismo tiempo, dos paquetes de periódicos. Ahora, puesto que te tratan ahí con tanto cariño, cambio la dirección, para evitarte esa molestia. Quizá ya no estés en París cuando te llegue, pero sin duda habrás previsto lo necesario para que te la envíen.

Ayer estuve con Sarita, después de recibir tu carta, me mostró la tuya, fervorosa, rebotante de cariño y ternura, calmada de esperanzas para ella. La pobre niña te ama como tu mereces que te amen, y estaba dichosísima por lo que le decías. Yo me esforcé para alentarla en esos sentimientos, y traté de compartir su contento.

También a Mechecitas la ví ayer un instante, ya muy tarde, no me pudo mostrar tu carta, porque se la había llevado Altamirano, quizá hoy podré leerla.

Hay de hacer un esfuerzo, hijita, para no fatigarte demasiado. Recuerdo cuanto necesitas de reposo, y que funestas consecuencias son siempre las de la fatiga. Dios quiera que hayas tenido voluntad esta vez, para no dejarte

arrastrar a excesos por ser más complaciente de lo justo. Ten cuidado, hijita.

La idea de tu viaje a Bélgica no ha causado extrañeza ni levantado protestas en nadie; todos se hacen cargo de que, puesto que has ido para estudiar, lo más sencillo y prudente es hacerlo donde sea mejor. Y París, e claro, no presenta ventajas como Bruselas, Lieja, en otra ciudad así.

Así, hijita, creo que ya estarás trasladándote, y que de un instante a otro nos avisarás, como convenimos. Apenas reciba yo tu aviso, te enviaré fondos. Dios mediante no faltaran.

No tengas por mi mayor inquietud, pues estoy cierto de que me mantendré en salud. Cada día me iré adaptando a la inevitable soledad, y acabaré por resignarme a la verdad terrible de que ya nunca volveré a vivificarme con tu compañía. Eso, tú lo comprendes bien, quiere tiempo y valor, y no faltarán. Mi resolución es vivir, a toda costa, nueve años, para ayudarte a que te establezcas, a que te formes bien, y para que Albertina aprenda a ganar su vida. Y esos nueve años, tendré salud y energía, pues de otro modo sería inútil vivir. Así, no te inquietes, pues esto es como la convalecencia de una enfermedad grave, que por fuerza ha de ser dilatada. Dios nos ayudará a los dos.

Es una dicha que estés bien de salud, hijita; haz por conservarla, pues tú también la necesitas. Mantente en esa dieta que guardas, reposa, no te agites, serena tus nervios, y diviértete sin extenuarte. Yo, no tengo más empeño que conservarme sano, y adelantar en tus preceptos. Si alguna vez un hombre adoró a una mujer, soy yo, ahora, que hago de ti mi guía, mi luz, mi santa. No hay día en que no contemple este retrato, y le bese uno y otra vez las rodillas y las manos, como si besaré a la virgen María. No me atrevo a acariciar tu cabecita, pero si beso tu sombrero rojo, todas las mañanas cuando me voy a mi trabajo; lo beso, lo acaricio, le hablo como si fueras tu misma, con el tono y el lenguaje en que hablaría a mi niño. Esto sí, verdaderamente ¡es adoración!

Toña va a escribirte luego. Te recuerdo incesantemente, y cada día con más admiración. Ahora es conmigo mejor que nunca. También tu hermanita me trata como a un verdadero y querido hermano.

Tengo que irme, hijita, al correo y a la oficina. Van hacer las ocho de la mañana, y el correo cierra a las 11.

Que Dios te bendiga, a ti llena de gracia, azucena mía lejana y amada; que sea bendito y glorificado todo lo que salga de tu corazón; que tus pasos suenen como una música, y tus palabras como un bálsamo. Y que no me borres de tu pensamiento.



Domingo, 27 de octubre de 1929

Madrecita mía,

Ayer a las 3 de la tarde vino tu adorable carta de 3 de este mes. La leí corriendo, y me fui adonde Merceditas para avisarle. Dichosamente alcanzamos a enviar al Banco, y a las cinco de la tarde estábamos leyendo y comentando la de ella. Anoche leí de nuevo la mía, y toda la noche he pensado en ti, con la ternura y la tristeza de siempre.

Hijita, estoy con grandísimo pesar de haberte regañado en mi anterior del 24 de esta_, la 8ª_ que recibirás casi a un tiempo con este, y que dirigí a casa de tus tíos. Ese absurdo papelito incluso es, como siempre, una crueldad y una injusticia para contigo, y solo se explica por mi estado de ánimo tan triste, y por mi extremado cansancio. Y luego, bien sabes qué difícil es curarse de una mala tendencia, aunque se empeñe en ello toda nuestra voluntad. La mía absolutamente decidida, desde que consentí en tu viaje, es dejar que vivas tu propia vida, sin considerarte ligada a mí por ningún deber. Mi amor y mi veneración para ti, radican en lo que has sido para mi vida, y no en lo que serás.

Te considero libre absolutamente, y me ejercito sin descanso en conformar mi corazón con ese propósito: me digo a cada instante, que tu voluntad, tus afectos, deben ser sagrados para mí, y que mi amor no tiene nada que ver con lo que tu hagas, piense o sientas. Yo estoy seguro, porque conozco los poderes enormes de la autosugestión, que antes de un año alcanzaré, con el auxilio del Señor, a ese estado de paz, y de serenidad, de total desinterés, que tanto anhelo, y ya entonces nunca más sufrirás por mi causa: te amaré entonces como a una hija, como se ama a una nube o a una estrella, que ni siquiera se le ocurre a uno regir su destino, y ese amor absolutamente desinteresado, será la culminación de mi vida, pues con tu libertad alcanzaré la mía, y sintiéndome sereno ante esa total independencia de tu corazón y de tus acciones y pensamientos, me alzaré por sobre todas las influencias, barreras y cadenas de este mundo.

Yo sé, madrecita querida, que estoy avanzando en este camino. Pero hay en el tantos guijarros y espinas, que fuerza te ha de ser perdonar algunas veces todavía mis arrebatos y extravíos, recordando que heroísmo requiere desprenderse de la perla única....

Alondra mía, no te atormentes por escribirme largamente: una cuartilla de tu letra, diciéndome que estas buena, animosa, esforzada, bastarán para mí inquietud. Y si aún eso no puedes, me contentaré con saber de tí por medio de Mechecitas o de Sarita. Escribiéndole a cualquiera de nosotros, cada semana, todos esperamos con paciencia que nos llegue nuestro turno. Con algún esfuerzo de tu voluntad, no faltará tiempo de escribir cuatro letritas por semana.

Lo que yo encuentro de sensible y peligroso en esa absorción total de tus horas por los demás, es que tu personalidad no surge ni se fortalece; tu libertad es eclipsada enteramente por los pequeños intereses de los otros, y te habitúas cada vez más a sacrificar hasta lo más querido y respetado, al prurito de complacer al que está más próximo. ¡Imagínate que dolor tan grande sufrirías si ocurriera que uno de nosotros faltara, muriera lejos de tí, sin el consuelo de una carta tuya, y que luego te reprochares no haberla escrito, por no tener la certeza de ser libre una hora!...

Piensa, hijita, que tus maravillosas dotes no darán los frutos que todos esperamos y anhelamos, mientras no tenga como eje y coronamiento, una voluntad constante y enérgica. No es una hozaña, hijita, estés donde estuvieres y con quien sea, decir, un día por semana: “Tienen ustedes que dispensarme; pero este día, lo destino a los que piensan en mí sin cesar, a quienes tal vez ya no veré, y para quienes una letra mía, es como la salida del sol”. Créelo, hijita, que eso no es una empresa heroica, ni difícil, una vez que te decidas.

Por mí, te repito que una cuartillita, o una frase en las que escribas a tu hermana, me dará ánimo de esperar que me escribas despacio. Lo que me contrista inmensamente es pensar que no culmines tu voluntad, que no te esfuerces para que respeten tu libertad. Mas, de una u otra manera, hijita adorada, en mi corazón has de vivir.

Hablando ayer con Mercedes sobre lo que nos cuentas de tu tía; de su voz que evoca el recuerdo de tu mamayita; del gran cariño que te demuestran, decíamos: ¡que cadena de sorpresas y de misterios es la vida!... nada prevemos, nada comprendemos. ¿Quién podía imaginarse que hallarías en esa señora tanto amor, y una reminiscencia tan dulce de tu niñez? No imaginamos nunca certeramente quien es bueno, quien es malo; quien es dichoso, quien es desgraciado. Profundas aquellas palabras de Jesús: “No Juzgueis”. Siempre nos equivocamos. Por eso la compasión (me afirmo en este concepto de la compasión) es el único rayo de luz que puede adentrarnos en el alma de los demás.

Posible es hijita dulcísima, que, al llegar esta carta, la intimidad con tu buena tía le haya dado a ella la más fervorosa de las hijas, y a ti otra madre,

digna de todo amor y confianza. ¿Quién no te amará, quien no sentirá, a tu lado, un sentimiento de expansión y de elevación?

Estuve anteayer con Sarita. Cariñosa, buena, soñando con servirte y anhelosa de agradarme por amor tuyo. He aquí, Hortensia, una cosa que ha de llenarte de contento: que en este rincón del mundo haya tres corazones que han creado y profesan un nuevo culto: ¡el culto de Hortensia, y que todo lo que esperamos de ti es que culmines y que seas dichosa! ¿No es una gran ventura? Que florezca tu gracia, que se intensifique tu luz.... ¿Que más te pedimos?

Madrecita, ya te habrá llegado el retrato, pues Mercedes te lo envió hace quince días. El que tengo yo, lo conservo, pues me sirve de imagen en el altarcito de mi escritorio, y me dejará en vacío negro si se apartan de mí. ¡Le digo tantas cosas, y le ruego tantas cosas! Aunque me inquieta su gravedad y tristeza, ya se me hizo compañero inseparable, el único mientras me envíes otro, si acaso me lo enviarás...

Para que no te inquietes por mi situación, te digo que estoy gestionando, y con muchas probabilidades de conseguirlo, el escribir unas biografías de casas comerciales, agrícolas e industriales. Desde que te fuiste comencé a planear ese trabajo, y creo que en la semana iniciaré la primera. A una por mes, cuento con ganar unos doscientos colones mensuales, y así restablecer el equilibrio de mis ingresos. Tengo muchas esperanzas en ello, Mulhathita, y sino resultará, ya encontraré seguramente otra cosa.

A mí también me asusta que te quedes en París. Nunca me ha gustado Francia para ti, y menos París. Esa es la capital de la civilización decadente, hijita; plagada de artificio; falsa en su manera de sentir y pensar; con un arte de convención, que no puede satisfacer a quien no tenga pervertido el gusto, ni perdidos los más sanos conceptos de la vida. No hay ahora en esa nación mis grandes escritores, ni grandes músicos, ni pinturas: todo es mediocre o ínfimo. La Nueva Vida, en la que nosotros pondremos siquiera el granito de arena de nuestro anhelo, no surgirá de ahí sino del Norte: de razón más ingenuas y sencillas. No te quedes en ese país, mi mulhathita.

Y a propósito de Nueva Vida, es sorprendente como crece el Vitalismo. Ya no me cabe duda de que hemos dado con la idea constructiva de una nueva era, por lo menos para este continente. Este árbol nos prestará ramaje y sombra para unos cuatro a cinco siglos. ¡Que dicha haber sido instrumento de esa nueva organización social, que traerá algún alivio, algún descanso a los hombres doloridos y oprimidos!

No te imaginas que sorpresa me sobreviene, y que miedo también, al pensar que fui yo el escogido para pronunciar la nueva palabra. Tan indigno me siento de ella, que muchas veces siento deseo de ya no ocuparme en su

difusión; hasta me parece, a veces, una cosa ineficaz y un tanto aburrida. Pero luego, veo como las gentes acuden a beber de esta agua, y entonces me viene la certidumbre de que es agua de salvación. Y entonces, esa certidumbre me angustia, porque, me digo, yo debería ya desde hoy, ser un hombre, un maestro de verdad, para no ser infiel a esta gracia que se me concedió... Hijita, tú sabes que soy incapaz de mentir en cosas tan altas, y que, verdaderamente, sufro al pensar en lo distante que estoy de esta misión. Lo que me consuela es mi humildad, pues no me considero sino un instrumento transitorio, para mientras aparece el hombre, o los hombres, llamados a realizar lo que yo anuncie, acaso como el grito inconsciente de un hombre que duerme profundamente.

De todas maneras, compañera mía, es un gozo, un gozo inmenso. Si lees con atención nuestro diario, veras con que ímpetu se desarrolla esta conciencia vitalista, que ya pugna por traducirse en obras. Demos gracias, hijita, y que el señor nos sostenga e ilumine.

Va un paquete de periódicos con la dirección de esa tu casa. No he dejado de enviártelos, pero antes los dirigí al Consulado. Apenas me avises por cable tu viaje, y la ciudad que escojas, te escribiré a la postal restante, mientras me llega tu dirección. Tengo presente, y prepararé todo para que te envíen adonde vayas, las cartas y periódicos que van ahora en camino.

Hermanita, a la entrada del corredor, en esta casita nuestra, impregnada de tus risas y de tus palabras, crece ahora una mata de campanula, que yo planté hace un año, y que creí perdida. Se ha enredado en un parasito, y ya luego envolverá el tronco seco del parásito grande contiguo al primero. El 23 de este, segundo aniversario casual de tu viaje, dio su primera flor; el 24, al llegarme tu segunda carta, dio tres. Este día en que te contesto, ha florecido en otras tres, grandes, sutiles, de bello azul cobalto. Desde la entrada de la finquita se perciben sus celestes campánulas, y cada vez que yo salgo, o regreso, al traspasar aquella puerta rústica, me digo: si ella estuviera aquí, lo primero que vería sus ojos serian esas campanulas, ... Lo primero que ellos verían, sería aquella campanula, aquel celeste corazón que se fue tan lejos, y que, sin embargo, tan cerca está de ellos y en este corazón que la guarde y que es el mío...

Madrecita mía, son las 12 y 30 minutos, y estoy escribiéndote desde las 9 de la mañana. Cierro mi carta para descansar, y para que no la halles interminable. Haré por escribirte más brevemente en las próximas, porque en nada debes fatigarte, y porque más te llenará una sola palabra honda y dulce, que muchas frases frías e insípidas. Escríbeme si puedes, mi criatura, y dime todo de tu vida. Yo confío en tus gracias, en tu nobleza, en tu virtud infinita, que te servirá de defensa y de fuerza. A mí, su recuerdo, y pensar

en el milagro que es tu alma, me conforta y me serena.

Los míos están bien, y han de escribirte luego. Tu nombre suena amablemente en boca de todos, y sus ojos se iluminan al decirles que les recuerdas.

Leo ahora incesantemente “El Evangelio del Budha” por Kanshnanda. Un bellissimo libro, que complementa el de Carus y de Arnold. Y de nuevo, pienso y siento a mi señor el Sol, mi Helios adorado, tan sencillito y cordial, tan luminosos y accesible. Ahora que me dejaste, él es mi sostén y mi esperanza. Con lo más puro de mi corazón y de mi pensamiento y para siempre...

A las 4 de la tarde

Amadísima criatura mía, estuve soñando con una carta que te llegará el día de tu cumpleaños. No será, porque todo el servicio de correos se ha trastornado con los temporales. Recibirás esta tres o cuatro días después del tuyo, y nadie habrá entonces para mimarte. Yo daré ese día alguna conferencia especial en honor tuyo, o publicaré algo en que te celebre. De todas maneras, mi espíritu estará contigo.

Todo este domingo ha llovido; el cielo gris y lagrimoso parece recordarme que estoy solo; de lejos me viene el tardo repiquetear de unas campanas. Ninguna otra voz, sino tu nombre que resuena en mi corazón.

Adiós, que al leer esta mi pobre carta halles en cada palabra un recuerdo, o un ensueño que acaricie tu mente. Que todo lo que hayas sufrido de mí se olvide, y que surja por tu caridad, la imagen sublimada de quien no supo sembrar de rosas tu camino, pero que siempre anheló ser el mismo un rosal desojado para que en él se asentarán tus pies.

Adiós mi celeste campánula, mi estrella inextinguible.

Albert.



No. 13. Poste Restante (2) Bruxelles

9 de noviembre de 1929

Hijita de mi corazón,

Vino ayer a las 3 de la tarde tu cartita a Toña, rebotante de cariño, en la cual, como dices, sentí que palpitaba tu alma.

En la noche me mostró Merceditas la suya, y espero ver hoy la de Nela.

Tus cartas me remueven la herida. Aunque las espero lleno de ansiedad, las recibo con angustia y las leo, hundido en la tristeza. Solo ayer, viendo las de Merceditas, sentí un momento de dicha intensa, como si hubieras estado frente a mí, viéndole y oyéndote. Imagínate: el 16 de octubre fui donde Merceditas y le encargué que te preguntará “que habías hecho el 15 de ese mes, y si habías visitado algún monumento”. Le referí enseguida, que en la noche del 14 al 15, entre 3 y 4 de la madrugada, “yo había visitado detenidamente, en sueños, y acompañado de alguien desconocido, la iglesia de Notre Dame, tal como era exactamente en la Edad Media. Fue un sueño vivísimo: vi toda la iglesia; me mostraron las catacumbas (no sé si las tuvo alguna vez; los impaces, (creo que no los tendría) y hasta el último rincón de las torres. Me pareció inmensa. En fin, al despertar; fue con la impresión de haber visto, con toda la curiosidad y avidez de un viajero que visita un monumento por primera vez, no sé si mi acompañante era hombre o mujer.

Pues bien, según le dices a Merceditas, el 15 de octubre visitaste tu sola esa iglesia. ¿Fui yo quien llegó a impulsarte a visitarla ese día? O pensaste intensamente en mí cuando la visitabas, y tu pensamiento provocó mi sueño.

De todas maneras, hubo una comunicación mental evidente: ¡estuvimos juntos, y tu corazón estaba abierto para el mío! ¡Quiere decir, ¡mi Hortensia, que, en verdad no me has olvidado!...

¿A qué horas visitaste la iglesia? ¿Pensaste en mí, o fue una transmisión de pensamientos subconscientes? Más bien dicho un desdoblamiento.

Después de ese día, solo una vez te he visto en sueños, junto a Merceditas.

Hijitas, tus cartas llegan sin retraso, ni extravío, escíbeme pues, confiadamente. En la última que te escribió Merceditas, iba incluso un giro por sesenta dólares. Dentro de ocho días te enviaré otro igual o mayor.

Yo me voy en estos momentos. Son las siete y media de la mañana. A Suchitoto, a pasar siquiera un día. Hoy es sábado, y regresaré el lunes. Se ha apoderado de mí una tristeza tan profunda, que caería gravemente enfermo sino lograra distraerme. Estoy materialmente asfixiándome en la tristeza; me envuelve una niebla fría y oscura, y mi pobre alma no sabe a quien pedir socorro. Mi cuerpo también se arrastra, agobiado por la laxitud y el decaimiento.

Espero regresar animoso y fortalecido. Quiera Dios que una carta tuya, la que me ofreces dentro de tres días, venga a iluminarme.

Adiós, pues, hijita. Que el señor te acompañe; que los ángeles te guíen

todos los días envió al cable, esperando tu aviso, y nada. No te imaginas como eso me inquieta.

Con toda mi devoción, con la más profunda ternura, besando tus manos adoradas.



25 de noviembre de 1929

Madrecita mía, te escribo con grande esfuerzo, porque apenas me levanté ayer de una fiebre de anginas y de un ataque palúdico que me postraron once días. Era ineludible que tu separación me trajere una crisis, y gracias a Dios que no haya sido más grave. Así, pues, hermanita adorada, no me regañes: ¡Quién sabe cuántas heces físicas y morales no se habrá llevado esta enfermedad!...

Lo más penoso para mi es haberme atrasado en el envío del giro para Leticia. Pero dichosamente, según me escribe, tiene con que hacer sus gastos más urgentes, y habrá tiempo de que yo le situé fondos para antes del 30 de diciembre, sin falta.

Tus cartas del 22 y 29 de octubre, me han colmado de tranquilidad y esperanza. Es evidente que la Providencia te guía y te protege, pues por donde quiera te suscitan amigos, guías y protectores. Yo confió en tu gracia como en un manantial de aguas vivas que obrarán todos los milagros. El cielo tiene designios sobre sobre ti, y cuanto de él nos venga, dicha o dolor, será encaminado a realizar esos designios.

Lo que me dices de tu libro me llena de seguridad y de contento. La magnífica colaboración que has encontrado, servirá para que ese ensayo sea digno de ti, y fecundo en bienes para todos. Viniendo de tu corazón y de tu espíritu, ¿Cómo no sería una joya resplandeciente, una rosa rebosante de perfume y belleza?, ¡Quien pudiera estar a tu lado, corrigiendo las pruebas, y deleitándose en el sentido de cada palabra y en la música de cada frase!... Dios mediante, acabarás felizmente esa obra, que abrirá a tu vida nuevos y vastísimos horizontes.

En tu nuevo ambiente, de soledad, silencio y austeridad, tan diferente del que acabas de dejar, tu alma hablará consigo misma; echarás la sonda a las profundidades de tu ser, y acaso descubrirás verdades y misterios que nunca sospechaste. Toda una profunda y sagrada revelación te aguarda, y lo mejor de ti misma se te hará visible y comprensible. ¡Que sea así por la

gracia de Dios! Mi pensamiento y mi corazón estará contigo.

Tendría como nunca, mil cosas que decirte, pero me faltan enteramente las fuerzas. Toña te escribe hoy mismo, a París, 2 Rue Dicampo, avisándote de esta y de otras cartas que hallarás en la Postal Restante.

Hermanita de mi alma, te doy una grata noticia: es muy probable que en esta semana me restablezcan mi pensión. Imagínate cuantas penas menos. Termine corazoncito adorado, pero en cada letra de esta va mi ternura más honda, mi veneración más profunda y el más alto y puro amor a tu gracia.

Termine, corazoncito adorado, pero a cada letra de esta va mi ternura más honda, mi veneración mas profunda, y el mas alto y puro amor a tus gracias.

Que los ángeles buenos te lleven de la mano. Que tu alegría no te abandone. Que tu fe se acrisole y afirme, y que todo tu ser se vuelva una azucena, blanca y esplendente.



Domingo, 1 de diciembre de 1929

Hermanita,

Mi enfermedad se ha prolongado: se resolvió en un ataque reumático, que pudo ser grave y dilatado, pero que, dichosamente, pudo reducirse a su expresión mínima. Ya no tengo dolores ni fiebre, y el médico asegura que dentro de quince días justo podré salir y trabajar.

En todo sentido ha sido un hallazgo esta enfermedad: he leído muy adentro de mi propia alma, he revisado toda mi vida; he saboreado de nuevo sus amarguras y la ponzoña de sus mentiras y vergüenzas, y esto me ha traído más vivo que nunca, el anhelo de purificarme. Aunque sea en los últimos días de mi vida, llegaré a ser puro, verdadero y desprendido.

Además, muchas gentes me han visitado con gran cariño: amigos, extraños y aun enemigos, han demostrado grande interés por mí. El gobierno acordó restablecer mi pensión, reconociéndomelo desde el 1 de julio. ¡Imagínate que a tiempo! Con los gastos de la enfermedad, ya debía unos quinientos colones por todo, y eso me inquietaba mucho. Ahora pagaré todo, y nos ayudaremos en los peores días.

Ya ves que bien ha resultado esto, sin contar con la depuración física, que tanta falta me hacía después de tantas luchas, enojos y tristezas...

¿Te sorprenderá que hable tanto de mi antes que de ti misma? Lo hago

porque sé que nada te dará tanta calma como saber que estoy ya bien, y que en todo se me presentan motivos de contento. Eso, sin contar con mi debilidad incorregible, de buscar, antes que todo, tus mimos y caricias. ¿No eres acaso mi madrecita? Y, ¿Cuándo un hijo no olvida las penas de su madre, para hablar de sus propias penas...?

Mas, aparte de esta debilidad, nunca he pensado en ti con pensamientos tan graves y hondos. Nunca me sentí como ahora, totalmente desprendido de mí mismo, y absorto en tu propia vida, con absoluta prescindencia de la mía. De hora en hora contemplo tu situación, y medito en la crisis que vienes sufriendo. Nunca otra igual te sobrevendrá. Nunca el ambiente exterior e interior, te rodearán de tan extrañas y dolorosas circunstancias, ni suscitarán en tu mente y en tu corazón ideas más profundas, transcendentales y decisivas.

“Voici le combat du jour et de la nuit”, murmuró Víctor Hugo en sus posteriores momentos. Para ti, hermanita dulce y santa, va llegando esa hora suprema única en la vida, en que el día y la noche libran su más grande batalla...

¿Cómo se comportará tu espíritu durante esa batalla, y, sobre todo, como se sentirá cuando la batalla termine? ¿Qué surgirá para ti mañana de este conflicto? ¿La atracción y la fe en el mundo con sus seducciones, o la voluntad y el anhelo de la liberación?... Que los ángeles buenos sean contigo, mi bonita criatura; que ellos te conduzcan por la senda mejor, según tu capacidad y lo que el destino haya trazado para tu bien.

Este pensamiento me obsesiona y puedo decir que minuto a minuto estoy repercutiendo todas tus emociones y pensamientos. Que sea hecha su voluntad. Sea cual sea el camino que sigas, yo te serviré con el mismo anhelo, con toda la devoción de mi alma...

Mi hermana te envía un giro de 2,787 francos, a cuenta de lo que te debe por los muebles, me asegura que afines de este mes, te enviará una cantidad mayor, al cobrar sus sueldos. Ojalá que estas de hoy te lleguen con oportunidad, y te sirvan suficientemente.

¿Has recogido las cartas anteriores, enviadas a Posta Restante? Toña te dio aviso de ellos, en el correo anterior, en una breve carta dirigida a casa de tu tía. Quiera Dios que nada se haya extraviado.

Esta semana no nos vino nada de ti; ni a nosotros ni a los otros hermanitos, según me dijeron ayer. Vinieron a verme en la tarde. Sarita vino desde en la mañana, y almorzó aquí. La pobrecita se lamentó de no haber recibido una letra tuya, desde hace cinco semanas. ¡Y te quiere tanto la pobrecita!

Ayer me trajo dos preciosos libros para entretenerme. Ella no sabe aún

de tu viaje a B. pues M, y J. no han querido que se divulgue. Contra lo que yo esperaba - después de que aprobaron por cable el asunto de Ginebra, te escribieron, según he sabido después, exigiéndote regresar a Paris. Todo, porque alguien continuaba sus habladurías. Espero, hijita que eso no te afectaría, pues ha llegado la hora de colocar la propia conciencia sobre la tiranía del que dirán. Me parece que ellos acabarán por pensar lo mismo, y dejarte libre y tranquila hacer tus estudios.

Yo, madrecita, me siento profundamente inclinado, cuando reanudo mis trabajos, a no continuar en ese conflicto acre y perenne contra los demás que me impusieran las circunstancias de una lucha inevitable. Siento ansia de paz y de silencio, y de realizar en mi algo de lo que exijo de los otros. Ayúdame con tus plegarias a mantenerme en ese estado de ánimo.

Mi pobrecita, cuando recibas esta ya habrás comenzado a sufrir los crueles días del invierno riguroso, frío, nieve, lluvia, oscuridad, encierro, tristeza...

En este mes, ese clima resulta espantoso, y más a quien llega de la luz y de la alegría. Yo te acompañaré en todos los instantes. Mi corazón, más fervoroso que nunca, estará a tu lado, y mis preces subirá al cielo por ti sin descanso. Me contenta pensar que, hallándome enfermo, te acompaño, en cierta manera, en tu soledad y tristezas. A ti el frío y la lluvia te retendrán, y a mí la convalecencia. Pero siempre me coloca esto en situación de pensar en ti sin descanso.

Alondra de mi vida, estrella fulgente de mis noches, ten valor y confianza. Soporta con entereza ese destierro que te impusiste, y las nieblas fatales de la nostalgia. Recuerda que estas destinada a cosas muy altas y bellas, y que, por todos los caminos, aún los más escabrosos, te acercarás al cumplimiento de ese destino- Cree en ti como yo creo; siéntete, como te siento yo, una antorcha que ya luego ha de encenderse para iluminarnos- De todas maneras, de tu vida surgirán resplandores.

Que sea así, perla mía Única, y que el señor te guarde y te acompañe.

Para siempre

Aguardo con ansia un aviso por cable. Bastará una palabra a Toña: por ejemplo, así, "Toña Linares, San Salvador. Gracias. Así sabré que nada de mis correspondencias se me han extraviado.

El giro y la cartita de Toña, van aparte a esa misma dirección. Además, te envié una cartita de aviso a casa de tu tía a Paris.



Lunes. 9 de diciembre- 29

Madrecita, yo comienzo hoy mi trabajo, después de 28 días de reposo; a causa de la enfermedad. No iré a la oficina todavía, pero enviaré ya colaboración de todo género. En cinco días más, iré a la oficina.

Esta crisis ha sido benéfica. Nunca ví en mí mismo con tanta claridad y hondura. He revisado toda mi vida, he reconciliado con todos, y he visto por fin, mi camino, el trozo que aun he de recorrer, con precisión y largo miraje, tú has sido mi luz. Vuelvo lleno de esperanza y de voluntad, apacible, sereno y humilde. Dios me conserve tal estado de ánimo.

Todos los días, sin faltar uno, he llorado al amanecer, y llorando he hablado contigo. ¡Cuántas cosas te he prometido! Más bien, una sola, reiterada infinitas veces: realizar en mi lo que tú has soñado... Todas mis horas de convalecencia las he ocupado en revisar y ordenar mis cosas, en total abandono desde que te fuiste; he recorrido los restos del naufragio, y con una tabla, un trozo de mástil y un pedazo de cuerda, me he puesto a construir mi corazón, como una balsa en la cual ha de navegar en adelante, ya que el barco se nos rompió contra los escollos. En mi balsa, izado en una astilla, va un girón de mi bandera, con tu nombre, hoy más que nunca emblema y símbolo de mis anhelos.

Hermanita, van dos correos que no me traen noticias tuyas. Lo atribuimos a los afanes de tu viaje, y a tus quehaceres extraordinarios en los primeros días de llegada. La última carta que recibí tuya, es de 29 de octubre, y la última que te escribí con un giro de Toña y enviada a Posta Restante, certificada, fue de 2 de este mes de Diciembre- Toña envió también una cartita de aviso, a 2 Rue De Camps. Paris.

Cuando te fuiste, leí tu carta de adiós cinco días seguidos creyéndome capaz de leerla diariamente. De pronto comprendí que en verdad te habías ido, y ya no tuve valor de leerla más. Lo mismo fue con tu retrato: hace más de un mes que lo tengo guardado, sin atreverme a mirarlo. Mañana lo sacaré, y leeré tu carta, en señal de que vuelvo valerosamente a la vida.

Nada te digo de ti misma. Pienso si cesar, oro sin cesar y me confió a tu gracia, a tu destino, a los seres divinos que te guían y te protegen. Es inevitable abandonarse a la providencia, y conformarse con su voluntad. Una flor como tú, rebosante de fragancia, por fuerza se ha desplegado para ofrendar toda su belleza y su aroma. ¡Y apenas has comenzado, madrecita mía! ¿Cómo no he de confiar en que serás conducida y protegida hasta

recorrer todo tu camino? Estos días que llegan, son, ciertamente, de angustia y de preocupación, y hay momentos en que me inquieto y me aflijo mucho. Pero siempre vuelvo a mi fe en que tú eres tú, y en que las cosas y los hombres tienen que servirte, porque el amor y la simpatía que de ti emerja, tienen que influenciarles y subyugarlos.

Aguardo con anhelo creciente el correo próximo, del 12 al 13 de este mes, que sin duda me traerá noticias detalladas, y tu dirección definitiva.

Hasta entonces, Sol de mi vida, mi luz purificadora y redentora, que el cielo te abrigue con su azul más puro; que tu pensamiento se eleve sobre sus alas más serenas, y que tu corazón sea una rosa. ¡Así como siempre!

En mi próxima, ya más descansado, te escribiré largamente. De rodillas beso tus manos adoradas.

Va una campánula azul, de la matita de que ya te he cortado. Son las últimas.



Domingo
15 de Dic.29 - tarde.

Madrecita inolvidable,

Estoy leyendo y releendo con deleite creciente, esa carta del 16 del pasado, que recibí anteayer. Todo en ella es grato, alentador, motivo de alegría y de confianza. ¡Cómo te admiro viéndote tan valerosa, tan activa, tan experta en todas las cosas, por nuevas y extrañas que te sean! ¡Pienso lo que habríamos realizado juntos, unidos desde jóvenes, si yo hubiera tenido treinta años!... Has influido tanto en mí, estas influyendo tanto, acaso más que nunca, que bien puedo imaginarme maravillas, de haberte conocido a tiempo, cuando la vida no me había extraviado demasiado; cuando era ingenuo, puro y fervoroso...

Una tranquilidad muy grande me trae esas noticias de Albertina. Y que le hayas sido tan simpatía, me fortalece para el porvenir. Quien sabe cuánto va a depender su destino del tuyo, quien sabe si no serás para ella una luz y un sostén. Quiéremela, dale tu cariño por ti y por mí, por si nunca la veo, y por si nunca me ama. Fueron largos y amarguísimos días los que me costó acostumbrarme a la idea de que nunca he de verla, y de que no ha de ser en mi vida, más que un deber, y una tristeza. Ahora que tú la conoces, vuelvo a pensar en la posibilidad de tenerla conmigo alguna vez, y de infundirle algo en mí mismo. El tiempo que estés ahí, alma mía, tú que tanto puedes

dar, vierte en su corazoncito algo de tu dulzura y de tu luz, y piensa que ese es un nuevo don que me haces. Estoy ufano de que sea muy mejor que como aparece en lo retratos; de que te haya parecido graciosa y buena, y de que sus ojos recuerden los míos. No me gustaba su físico, y el saber que era inteligente, no me compensaba suficiente su figura algo tosca y vulgar. Gracias a Dios que sea mejor, aunque esto parezca vanidad. Somos espíritus, hijita, pero somos formas también. Y el vaso puede a veces ser tan adorable como el contenido. Yo, por ejemplo, no sabría decir si eres bella; ¡Pero no querrá cambiar ni una línea de tu cuerpo, pues lo siento como un relicario, como la flor sin cuyos pétalos no sentiríamos la fragancia!

Esta mañana fui a conversar largamente con M. ¡Primera vez que iba a su casa desde antes de mi enfermedad! Coincidimos en que te enviará un cablegrama, diciéndote que te quedes ahí, tranquilamente. Ya se convenció de que es injusto e irrazonable, quierase que donde quiera que te halles, estés dependiendo de las habladurías y exigencias, absurdas de los aldeanos comadrones de aquí. Conviviremos también en que ahora es cuando necesitas más de recursos, por el invierno, por tu instalación y por tus estudios. Y como ella no puede enviarte, por sus excesivos gastos en alquiler de casa, sino los ciento sesenta colones que te ofreció al principio, aceptó mi contribución. Así, te enviará por el correo próximo, (22 de diciembre) ciento ochenta dólares, en los cuales cien son de mi cuenta. Eso sí, te hará un largo y emocionante sermón sobre la virtud el ahorro, y sobre la necesidad estricta de que economices cuanto se pueda. Así, madrecita, no te privarás demasiado de tomar un vaso de buena cerveza durante los fríos terribles del invierno. Los meses de enero y febrero, y aún el de marzo, son allá los peores: es necesario alimentarse bien, y la cerveza suele ser indispensable. Con el vino ten mucho cuidado, porque allí lo falsifican extraordinariamente, sobre todos los vinos tintos y blancos. Un poco de Moscatel y de Jerez semidulce, te harían bien. Come bien, hijita, con tal que sean carnes frescas; las de aves silvestres, no las pruebes, porque casi siempre son viejas y peligrosas. Lo mejor es limitarse a la carne de res, pollos y jamones. Ya sé bien que en ese clima y en invierno, es imposible vivir de arroz y de guisantes.

Me pagaron los cinco meses de mi pensión, de julio hasta noviembre inclusive. Tengo pues de nuevo los trescientos colones mensuales. Y ya imaginarás cuanto alivio significa eso. Estaba, hijita, enormemente comprometido. Pagué setecientos colones, pero quedé enteramente libre. Salvo para enfermedades, no volveré a caer en esa cadena insoportable de las deudas. A mi mamá y a T, le regalé cincuenta colones a cada una, y sobrarán esos doscientos que te enviará M. Ahora tendré libres todos mis

ingresos, me vestiré y atenderé sin demasiado ahogo a mis obligaciones. Espero hermanita, que recibirías los ochenta dólares en francos belgas, que te remitió Toña el 2 de este, a la Posta Restante. Ahora te remite el duplicado. Creo que a mediados de enero te acabará de pagar. Si se presentare una emergencia grande, acuérdate de avisarle por cable, diciendo la cantidad que necesitas, bastará decir, por ejemplo, cuarenta, para saber que se trata de dólares.

A M. le he entregado, durante el mes que estuve en cama, los periódicos para ti; me dice que te los ha enviado todos, y aun te remitirá los de estas dos semanas últimas, para ayudarme. Pues, aunque ya voy a mi oficina desde hace cuatro días, aun me siento muy debilitado y adolorido, y procuro no fatigarme. Estoy aún bajo tratamiento médico, quizá para tres semanas.

Toña te envía un recorte del Art. que publiqué al reanudar mis tareas. Aunque en mi interior te hablé de los efectos psicológicos de mi enfermedad, léelo despacio para que completes esa información. Creo, hijita, que esa crisis ha sido para mí, transcendental; casi me atrevo a decir, decisiva. Y esto, más que por los dolores que me ocasionó, bien pequeños comparados con los de otras veces, por el estado de mi ánimo, abierto anhelosamente, a la esperanza de renacer, de hacerme, por fin, digno de ti. ¡Nacer de nuevo!...

Tu sabes cuantas veces repetí en mi vida la frase y el intento; pero nunca con tanta emoción y voluntad y aspiración como ahora. Y permanezco en la misma situación de espíritu; no ha faltado un día en que, al amanecer, y a veces a media noche, no haya repetido mi ruego fervoroso de ayuda a los ángeles buenos, a esos que te oyen y te guían. No es posible que no me hayan escuchado a mí también, siquiera en parte. En verdad, me siento avanzando, y tu nombre es mi báculo en esta senda estrecha y renpinada. Si oyeras cuantas veces te invoco, con la misma fe y devoción que a la virgen cuando yo era niño. Y cuanto más recelo que no te veré más en esta vida, mayores se me hacen tus gracias y excelencias. Como te amo, Hortensia; ¡que profundamente enraizó tu excelsitud en mi corazón!...

Dulzura mía, que el cielo te recompense por las explicaciones que me das referente al joven italiano. Ahora te lo puedo decir: eso me hizo sufrir tanto, que amargó todos mis momentos. Me había propuesto no volver a decirte una palabra, y eso mismo me hacía sufrir intensamente, al grado que una nube gris y fría estuvo cerniéndose sobre mis pensamientos hasta el momento en que vino esta carta bendita. Y es que no hay para mi dolor que iguale a pensar que descienes de tu pedestal, y que alguien, por cualquier causa puede profanarte así sea con la imaginación. Yo estoy tan consagrado a ti, que me reprocho como un delito hasta una atención exagerada a otras. ¡Cómo no pensar que tu mi maestra en la pureza, estas

inmensamente más allá!

Muy contrariado, mi muchachita, por no avisarte a tiempo de la salida de la señorita Quiñonez. Pero tu carta me vino anteayer, y esta es hora en que ella estará llegando allí. Hay que confiar.

Cuando esta llegue, habrás pasado tus dificultades grandes y complicadas en todo lo que se refiere a tus estudios e instalación, clima y demás. En nombre de nuestro señor, que todo sea para bien y que en todo resultes como siempre, excelente. Mis votos más fervorosos te acompañan, amada y bendita compañera mía.

Adiós, hasta la próxima semana, y quizá antes, pues dentro de cuatro días habrá correo aéreo. Tenlo presente hijita. Beso con toda mi alma tu cabecita adorable y tus manos para siempre amadas.



*22 de diciembre- 29-
A las ocho de la noche*

Hijita, si ves a María, dile que por haber subido excesivamente los cambios, a causa de la baja del café, le va un tantico disminuido el giro que acabo de hacerlo. En la próxima remesa espero compensar esa disminución. Los cambios sobre Estados Unidos están al 10/00, de favor. Sobre Europa, con gran dificultad puede conseguirse al 6/00. El café ha caído, quizá para muchos años; no creo que llegue a valer más de 20 colones; ahora se vende a 14. Con eso están bajando las casas y las tierras. Y tendremos crisis en todo.

Procura decirme, hijita, la cantidad mínima que necesitan, todos incluso, para ver cómo nos combinamos. Me parece que de M. no puede esperarse más de \$160, y quizá algo menos. El resto lo daremos los otros hermanitos. Felizmente, yo estoy libre, pues he pagado hasta el último centavo que debía. Esto me tranquiliza enteramente, y así debes sentirte tú.

Lo que importa hijita, es que hagas todos tus estudios bien hechos, sin ahogos ni inquietud ninguna. No te prives de nada necesario, especialmente en alimentación y vestido. Y recuerda madrecita querida, que lo único que me has dejado, es la dicha de servirte y ayudarte.

Adiós, madrecita mía, y que seas bendita para siempre.

Nº 2

Boite Postal

La nº1 ó 16º de la

Antigua serie, fue enviada

El 15 de este mes.

Numérala tú

1929

*Domingo, 22 de diciembre,
a las 4 menos 15 pm.*

Amada de mi corazón,

Triste e inquieto por no haber recibido letras tuyas el viernes 20, día de correo. Merceditas tampoco recibió; y eso me hace pensar que estabas enferma. Todo es de temer con ese clima tremendo. Si el viernes próximo no sé de ti, mi inquietud será muy grande.

Sarita se lamenta de que hace ya dos meses que no le escribes. La pobrecita escribe constantemente algo para ti, a trocitos, que no te envía porque teme, dice, que ya no la recuerdas. Uno de esos trocitos es el que va con este que le pedí ayer, y que me hizo llorar leyéndolo. ¿Hijita, porque olvidas, tu que eres tan cordial, a tu pobre amiga? ¿Quién ha sido mejor que ella con nosotros?

Habrás recibido el cablegrama que te puso M. hace tres días, diciéndote: “Puedes quedarte” Y habrás adivinado quien se empeñó y logró que te lo enviará. A Dios gracias, eso está definitivamente arreglado. Ojalá que hayas ido a tiempo a tu apartado, pues con esa dirección se te envió. Danos, hijita, una dirección breve para cablegrafarte sin mucho con sabia naturaleza de las verdades transcendentales.

Por eso ahora, mi fe en ti se ha sublimado, y todo mi anhelo es seguirte en la senda que recorres. ¡Si me dijeras en tus cartas algunas palabras que me confortarán, como aquellos que vertías en mi corazón cuando estábamos solos!...

Ayer, en la mesa, Leonorcita, que está ahora con nosotros, comenzó a hacer tu elogio, recordando la alegría que infundes en los que te rodean. Fue a propósito de que habían venido varias amigas, empeñadas todas en hacernos pasar algunas horas gratas. Decía Leonorcita, que “Por más que vengas y hagas, ninguna como Hort. Esparce tanta confianza; ninguna tiene como ella una palabra para todos, hasta para la criada; ninguna para

todos; ninguna es más verdadera y graciosa en sus afectos...” Yo callaba soledad, y mi corazón se estremecía, pensando en mi soledad, más grande cada vez.

Mi muthathita celeste, si esta carta es afortunada, te llegará por ahí por el 15 de enero, y te encontrará con salud, colmada de fe, de serenidad y de esperanza, entreviendo horizontes no soñados antes, y en los cuales, conforme a la riqueza de tu espíritu, hallarás nuevas y abundantes veneros de alegría y de amor. Como la abeja y la mariposa, tus símbolos, esto; pues ahora, a causa de la dirección complicada, resulta muy caro.

Yo he seguido mejorando, y continuo mi tratamiento, que incluye un buen tónico nervioso, a base de estricnina. Creo que dentro de tres semanas habré recobrado todas mis fuerzas y quedaré bien para mucho tiempo. Ya trabajo bastante, como lo verás por mis artículos. La tarde la dedico toda a descansar, y a recibir muchas gentes que me visitan. La enfermedad despertó muchas simpatías en mi favor, y recordando que tú, eres fragante como una rosa, y que así me pediste que fuera yo, recibo a todos cariñosamente. Así, aunque sea en la exterioridad, procuro imitarte, mi luz adorada; ¿Pues quién puede igualarte en aquella tu gracia profunda y espontánea que atrae todos los corazones de quienes te convocan?

Pensando en esto, desde hace varios días, he comprendido que algunas cosas que yo te reprochaba como vicios son precisamente, tus más bellas virtudes. Me ha servido para reconocerlas así, de que te hablaré ya luego. Es maravilloso como tu intuición me aconsejó, con tu palabra y con tu ejemplo, una conducta que está de acuerdo con la más recóndita y traerás, ahora como siempre, bondad, felicidad, espiritualidad. Ha intervenido tan visiblemente la providencia en nuestra vida, y sobre todo en la tuya, de que los ángeles cuidan como de un tesoro divino, que no puedo dudar de que en todo halles alas para volar y luz para esplender.

Escríbeme, dulce madrecita, y dime si he acertado, y si los ángeles son siempre tus amigos.

Hoy 22 de diciembre, y a esta hora precisa, las 5 de la tarde, viniste para decirme adiós, hace cuatro meses. Me equivoco, fue algo después de las 4 cuando viniste, y a las 5, ya habíamos llorado juntos muchas lágrimas. Fue un día viernes; contando por días, son ciento veintidós días. Minutos después de los seis, te alejaste, y yo me quede solo, solo, solo.... ¡Lo que ha pasado por mi mente en ese tiempo! ¡Lo que mi corazón experimentó, y enterró en sus profundidades, para no traducirlo nunca en palabras!...

¿Te veré todavía alguna vez en esta vida, florecita y nubecita mía? ¿Te hallaré en otra existencia? ¿Me buscarás tú?...

Adiós. Piensa en el anhelo inmenso de saber tus noticias después de esta carta. Un cablegrama, una postal, para mientras me escribes.

Con todo mi amor, con toda mi fe, estrella mía bendecida.



Nº4

31 de diciembre de 1929 - Martes, 3 p.m.

Mi mulhathita Linda,

Va con esta mi saludo de año nuevo, nacido de lo más puro de mi corazón. Ayer te escribí largamente, y esta no es sino para celebrar, nombrándote, la inauguración del correo aéreo. Dentro de 9 días, a lo más, te llegarán estas líneas, y con ellas mis votos fervorosos porque estés dichosa y colmada de salud.

Año nuevo, esperanza mía, y seguramente, ¡Vida Nueva! Te lo puedo decir ya: he vencido en mí, muchas cosas; por amor tuyo, por honrar tu amor, he luchado desde que te fuiste, y con éxito. Por lo menos, he sembrado en mí una semilla, que dará fruto. No moriré como he vivido: mi pequeña luz interior se ha crecido un poquito, y eso es por ti.

Emocionado hasta lo más hondo, pienso desde siete días, en el estado de tu ánimo, y en lo más íntimo de tu corazón. ¡Quien pudiera verte y servirte!

Adiós, mi santa y dulce criatura. Se feliz, se tan noble como eres; se siempre la flor colorida y fragante que a todos deleita. Alondra de mi vida, que mis bendiciones se posen sobre tus alas como gotitas de rocío, y que mis pensamientos se vuelvan canciones para que las cantes al sol.

Con la ayuda de nuestro Señor, fiel y devoto eternamente.

No olvides que mi carta de ayer, nº 3. Te llegará después de esta. En cuanto sea posible, acuérdate de enviar el cablegrama que te he suplicado.



1930

Te has fijado en la serie de artículos de Salarrué, nominados Juvenecer? Te digo, en verdad, que se los envidio, así son de profundos, de alados, de bondadosos, de tenuous y de liberadores. Ahora verás uno que se llama un día feliz, que es una perla. Este muchacho es un verdadero maestro, no solo porque dice maravillosamente las cosas, sino porque las vive. Dejó la carne totalmente, y para no contribuir a la matanza en ninguna forma, usa calzado hecho de lona con suelas de caucho. Y así es en todo: un realizador, un modelo de unificación, un sacerdote de la vida, cristalina e ingenua. Mi opinión es que él ha sabido expresar sencilla y plenamente en unos cuantos artículos, lo que no ha logrado aún Krisnamusti en varios folletos. Este joven y Guerra Trigueros, hará son Voces Auténticas, que se harán oír en todo el continente, y ayudarán a formar el espíritu de la Nueva América. Hijita, apruebo, naturalmente que obsequies de alguna manera a esa escuela donde tanto te sirven. Es propio de ti, que siempre fuiste generosa y dadivosa.

...misma punzante necesidad de no vivir más en el pasado, de borrar todo ese calvario en que los dolores eran realidades cruelísimas, y las venturas, casi únicamente sugerencias de nuestro anhelo de ser dichosos. Lo ví, lo adiviné, y me dije: ¡Mi pobre criatura... ella también!...

Ahora, querida mía, sabe que estoy sereno. Desde que Salí de S.S. no he tenido un solo choque, ningún disgusto, ninguna exasperación. Aún más, he vivido muchos días continuos de una especie de éxtasis; he vivido como un muchacho que no piensa más que en divertirse, y para quien, aun las cosas más serias son motivo de juego. A veces he tenido vergüenza de sentirme constantemente alegre, y se me ha ocurrido la idea de que esa inconsistencia, esa ligereza de vida no era sino decadencia mental, forma de la caducidad que le vuelve a uno a los años de la niñez.

Pero he desechado esa idea al ver el afecto de mi palabra en los demás. Mis conferencias tienen ahora éxitos inesperados. Sin prepararme en ninguna forma (ya no tomo notas, ni temo, excitarles) sin acordarme de los temas sino en el momento en que voy a hablar, sintiéndome como un mero instrumento que alguien desconocido tañera, mi palabra fluye como agua, y el más sorprendido soy yo. Hace cinco días, en Santa Elena, sorprendido por la recepción insospechada que me hizo la población entera, hubo de correspondencia una larga conferencia. Eso fue a las 11 del día. Al sentarme a la mesa, llegó una comisión de obreros a pedirme una conferencia para ellos, y como tenía que regresar ese mismo día, tuve que dárselas a las 2 de

Yo atribuyo esta facilidad y claridad de palabra, a que he olvidado muchas cosas: los enojos del diario, la vista y el trato constante de personas y lugares que me recordaban tantas tristezas. Aquí, entre juntos que nada me han hecho, a quienes en nada he ofendido, me siento con algo como de pájaro, que no tiene más que sus alas, pero que, por eso mismo, no tiene más que abrir el pico para que el canto se le venga del corazón...

Ya van cuatro páginas, mi bien Amada, y solo hablo de mí. Es tan dulce conversar contigo, imaginarme en nuestra casita, haciéndote aquellas confidencias interminables, vertiendo en tu pecho todos mis secretos y mis debilidades, cuando tú, transportada me respondías cubriendo de besos mi cabeza...

Hortensia, yo no tengo otros afectos. ¿Cómo podría tenerlos? ¿Cómo amar a nadie, habiéndole amado a ti? El amor físico ya no puede hablar sin que me sea muy fácil acallar su voz. ¿Y el del espíritu, el de mi corazón, el de mi yo divino y recóndito, adonde buscará la luz que tú le das? Ya no concibo que haya en el mundo nadie más alta, más profunda y luminosa que tú. Y si hubiese, no querría cambiarte, así fuera un arcángel quien apareciera ante mis ojos. Porque en



Nº5

La Nº4, fecha 31 de diciembre

Fue por correo aéreo.

*8 de enero de 1930.
Miércoles a las 5 am.*

Hermanita linda, esta madrugada he pensado en ti con inmensa ternura y tristeza. Cuantas dificultades, ¡y que sola para luchar con ellas! En verdad, hay que abandonarse en manos de la providencia, pues no se ve de donde puede venir auxilio y consuelo. Siquiera fueran ya las últimas inquietudes... pero se complicarán y tejerán una red en que nos debatiremos como pájaros aprisionados.

Luego, esa necesidad horrible de abandonar siempre a los seres más queridos, de alejarnos de quienes son nuestra propia vida. ¿Y después?

Te admiro cada día más y te siento más alta, niña mía divina. Si no hubiera en ti tanto de celeste, ¿Cómo sería posible que las cosas y los hombres convergieran así para ayudarte? Aun sabiendo que tu poder de atracción

es tan grande, y con la fe de que cumples una misión, me contento a veces y me desaliento, hasta que de nuevo una carta tuya viene y me reanima.

Lo malo es, mi criatura, que ya te he cogido en muchas mentiras. Por tal de tranquilizar a los demás, finges salud, holgura, bienestar, y ya no sabe uno como estás, en verdad. Ahora, por ejemplo, has hecho creer a M. que te sobra dinero en los 75 dólares que te envía. Y estuvo bien, mi amada mulhathhita, porque tus motivos son nobles. ¡Pero acaso no obras siempre por motivos nobles?

Tengo aquí tu carta adorada de 12 de diciembre, rebosante de amor y de fe. Me llegó el 3 de enero, es decir, en veinticinco días. Mañana vendrá correo, pero dudo que me hayas escrito, y quizá ya no lo harás hasta fines de este mes. Y entonces, no recibiré tus letras hasta fines de febrero. Un mes de soledad y de oscuridad, y de sobresalto. Ahora, hijita mía, estamos un poquito más cerca, por el ferrocarril directo a Puerto Barrios. Es posible que mis cartas te lleguen en diecinueve días. Quisiera saberlo, y para eso te ruego que me digas siempre la fecha de recibo, tal como lo hago yo.

Seguramente habrás recibido la mía de 2 de diciembre, n°14, con el giro de Toña, y numerada con el n°14. También la n°15, de 9 de diciembre. Enviadas una y otra a Posta Restante. En ellos te hablaba del Dr. Réglade y asuntos conexos. Tranquilízate, pues ninguna de tus dulces cartas me ha fallado hasta ahora. Por cada una que trae, le doy al cartero una propina; así es que me las trae inmediatamente.

Me pides, corazoncito mío, que te cuente mi vida y que te diga de mis gastos y entradas. Esto último, ya lo hice en mi anterior. Solo añadiré que persisto en no contraer más deudas, y en hacer alguna economía. He llevado al banco 280 colones, en cuenta corriente, para más orden en mis cuentas y llevaré todo lo que perciba. Ya ves, mi criatura, que me estoy haciendo ordenado. Tu mulhathito ya no será el loco de siempre. He comprado varias cosillas que hacían gran falta, y me he vestido un poco. Solamente el vicio de los libros me domina aún; pero si tu lograras enviarme uno cada mes, dejaría también de comprarlos.

Por prescripción del médico, volví al cuartito más abrigado, y todo está de nuevo como tú lo dejaste. Tus cosas, juntas, están en un baúl seguro y fuerte, que compré para eso, y tus cartas, dentro del baúl, en una buena cartera con llave, mejor que la que tu llevaste. Cada vez que abro el baúl, cubro de besos tu sombrero rojo y tu zapatito negro; les hablo, les digo ternuras, los mimo, y un instante me imagino que te veo y te oigo. Y esa es

mi vida.

A Sarita la veo generalmente, una vez por semana. A M. lo mismo, pues vive muy ocupada. Además, ya luego nos distanciaremos, por su matrimonio, y he querido anticiparme a la necesidad, apartándome yo mismo un poco. Ella se muestra siempre cordial y paternal conmigo.

Berta viene cada ocho o diez días; lo mismo mi mamá. Hará unas tres semanas, fui con ellos, mi hermano Guillermo y su familia, a Chilama, en la Libertad. ¿Conociste ese lugar? Es la desembocadura de un río, bajo un arbolado. Si vieras como miré las olas de ese mar que te llevó de mí... Y que dolor al recordar que nunca nos fue dado estar juntos ante el mar o en una montaña...

Puesto que tú lo quieres, saldré todos los domingos fuera de la ciudad, aunque eso me duela tanto, porque se me ha hecho hábito dedicarlo a escribirte o a pensar en ti. Ahora, como verás, los correos no salen ya los lunes si no los miércoles, y más valdrá que los domingos me ausente.

Trata de averiguar, hijita mía, si es posible aprovechar allá los correos aéreos. De aquí saldrá tres veces por semana, y quizá puedan llegarte mis cartas en unos diez a doce días. Solo espero tener la seguridad de que ha llegado, para escribirte muchas veces.

Pienso, dulcecita mía, si en vez de hacer ahorros aquí, no será mejor que te los envíe para guardarlos tú. Mi anhelo es que, para cuando yo falte, algo quede en tus manos para los trabajos del libro. ¿Estarían esos pequeños ahorros más seguros allá? Aquí, talvez caería en otras manos, la cuestión es saber si puedes colocarlos allí de manera que efectivamente estén seguros, donde quiera que estés." El Crédit Lyónés", es un banco de mucha confianza. Piensa, y dime lo que te parezca.

Si aún fuere a tiempo, madrecita mía, dile a tu amigo que me parece el mejor nombre para su héroe, el de Ismael. Cuadra bien a un hombre fuerte, libre, fundador de algo grande, y asimismo con la situación de su madre, la pobre Agar, abandonada en el Desierto, sin amparo ninguno de los hombres, lejos para siempre de aquel a quien amó, esclava de la soledad y de las inclemencias. Como Agar, ella no tiene sino su fe en Dios, que hará surgir el agua de las arenas calcinadas, para que ella y su hijo se salven. Ese nombre sería de todo mi agrado.

Sí, mi adorada: es como dices, que eres el principio y el fin de mi vida. Y no solo mi amor es tan intenso como antes, sino que es puro, desinteresado, y el móvil constante y fuerte de todos mis anhelos y fuerzas para acrisolar mi vida. Si la palabra amor tiene todavía algún sentido en lenguaje humano, yo puedo decir que te amo, que te adoro como, verdaderamente, se adora

a los seres celestes. En este mes que pasó, sufrí una crisis mortal, acaso más desgarradora que todas las que he sufrido. Una duda fría, muda, desolada, se apodero de mí: no veía en todo el universo sino dolor, crueldad, malignidad. Todo esfuerzo me parecía inútil, absurdo, y la palabra de Dios, la más vacía e irónica inventada por el hombre. Me hundía en un precipicio, hora por hora, y hasta el sol me parecía opaco y mentiroso. ¿Y sabes cuál fue mi sostén? Fue recordar que tu existes. Me decía: no puedo dudar de que ella es; y si ella existe, es evidente que en el universo son posibles el bien, la justicia, la verdad. ¡Entonces, aunque dude de todo, creo en ella, vivo y trabajo por ella!

De esa crisis he salido con más alientos; mi salud física ha mejorado, y mi salud espiritual, lo mismo: he simplificado prudentemente mis propósitos; he renunciado a cosas que todavía me esclavizaban mucho; me siento más sencillo, y con más probabilidades de alcanzar siquiera unos peldaños más en la escala de la serenidad. Ya te hablaré de esto con detalles, en una de mis próximas. Ahora solo te anticipo, que hace mes y medio que no me enojo contra nadie, y que no me exalto por nada.

Es extraordinario, ¿verdad? Ya ves, mi compañera, a qué punto eres, en verdad, mi guía y mi luz, y como lucho para merecerte.

Me prometes que llegará día en que nos reunamos otra vez. ¡Quién sabe!... Ya ves mi destino. ¡Habría que libertarse de tantas cosas físicas y morales! Por lo menos, yo quiero, vivir, yo sabré vivir unos nueve años más, con salud y eficiencia, para ayudarte, para preparar el camino a quienes son yo mismo. Y en ese tiempo, yo ascenderé, aunque sea algo, y me acercaré al ideal que tú has soñado para mí.

Hijita adorada, no dejes ese país sin haber conversado íntimamente con María sobre la educación de mi niña. Es preciso que Albertina sea bien preparada, en todo sentido, para que no sea víctima de las mil asechanzas y crueldades de este mundo. Es preciso que aprenda a trabajar muy bien, en una sola cosa, dos a lo sumo, que le asegure la vida en cualquier parte. Y es necesario que aprenda a pensar con exactitud sobre los hombres y las cosas; que no tenga ninguna superstición; que conozca la verdad de la vida. La sueño fuerte, ágil, serena, como Blanca Luz. Solo tú puedes alumbrar a María sobre estas cosas.

María me escribe, y me dice que la niña se ha prendado de ti, ella misma se siente fuertemente atraída. Tenía que ser, y estoy cierto de que dos o tres visitas más, las harán quererte entrañablemente, y atender fielmente a tus palabras. Haz pues, madrecita, por mi niña, lo que harías por mí.

Por este encargo que te doy, y por otras causas empeñosas, creo imposible que puedas venir a Suiza antes de mayo. Imposible que estés preparada

antes, sería bueno hacerlo saber así a M. de aquí a unas dos semanas.

Te dejo, mi siempre adorada, mi lirio inmaculado, porque ya es tarde y voy a mi trabajo. Que mis palabras te alegren; que sientas en cada una de ellas, un latido de mi corazón. Me deleito pensar que te hallará bien, libre ya de las inquietudes de tus exámenes; que en todo habrás triunfado, y que tus ojos adorados, verán claros los caminos que has de seguir. Que puede mi amor como otras veces, servirte de compañero a tantas penas. Besos mil, con toda mi alma, con toda mi vida, en tus cabellos, en tus manos, en tu ser adorado.



Viernes, 18 de abril_930

Querida Teresita.

¡Por fin! De verdad, querida hermana, te estoy agradecido por tu paciencia infinita al escribirme tantas veces, sin que yo te respondiera una carta. Eso se llama saber amar, como lo hacen las madres perfectas y los que persiguen un ideal desinteresado y elevado.

Te he sido enteramente inútil. No fui capaz de ayudarte con tu libro, ni en lo más pequeño. Gracias si logré enviarte los originales. En fin, me he portado contigo como un hombre ruin y ordinario.

He aquí lo que sucedió: desde que regresé de Guatemala, desde el primer día, me encuentro envuelto en una situación de lo más embrollado y aflictivo. Todo se junta en contra mía, y solo hasta ahora comienzo a serenarme y a libertarme. Patria me ha causado grandes y repetidos disgustos, al grado de que suspiraba por separarme de ese periódico. Y luego, otras muchas redes, a cuál peor. Resultado, un constante desánimo, una inmensa fatiga de cuerpo y de espíritu. Una pobreza cerebral apenas capaz de hacer el trabajo diario obligatorio, para ganar el pan.

Estos cinco días de la semana santa, me estoy rehaciendo, y te dedico mis primeras horas de la energía que renace.

Desde el 1° de mayo dejare de ser Director de Patria, y quedará como encargado de una sección, nada más. Eso me tiene contento, pues, aunque perdería dinero, me libentaré un poco, y saldré de una lucha que ya no tiene razón de ser. Patria ya no es vitalista sino muy tibiamente, y ya no tiene objeto que siga yo de Director. Todos ganaremos con esto, yo principalmente.

Dime si te entregaron los clisés del libro, y si llegaron todos y en buen estado. Ya luego te enviare algunos dibujos que tengo aquí, de los últimos

que me mandaste.

Ahora, pues, aunque todavía no te escribiré con frecuencia, reanudemos nuestras relaciones, y comienza tú con una carta minuciosa, en que me hables no solo de vitalismo, sino de ustedes. Cuéntame cómo le va a Miranda con esa nueva situación, y si la Imprentita prospera. Háblame también del magnífico amigo el Doctor Pérez, a quien he tenido, al parecer, olvidado del todo. En fin, suple con tu carta lo que haría yo si pudiera ir a esa: ver y oír a tantas gentes a quienes estimo y quiero.

En adelante escíbeme con esta dirección: “San Salvador, Barrio “La Esperanza” contiguo a Virtud y Trabajo. Lo mismo para los periódicos que me envíes.

Me lleo el precioso libro de Erasmo. Yo también, te enviaré algo bueno de aquí a unas tres semanas.

Hermana, yo soy cada vez más Revolucionario, no obstante, los sesenta y un años largos, que me gritan descanso. Odio esta vida, y mi único placer real e intenso, es atacarla en sus raíces. Aunque yo no lo veré, pues estoy cierto de que todo el podrido edificio caerá en escombros, entre veinte a treinta años. Y lo seguro, para que esto suceda y se apresure, es preparar a los muchachos y sobre todo a las muchachas. Con los viejos es muy difícil renovar nada. Tienen demasiados intereses, demasiada pereza mental, demasiado miedo. Pero si se logra formar una generación, todo andará bien y de prisa. Las mujeres de dieciocho a veinticinco años, son terreno excelente para sembrar; por eso es necesario acercarse en alguna forma a la senda y dejar caer ahí el grano, con la prudencia necesaria para que los contrarios no lo estorben.

Mi salud es buena, y en mi casa todos están más o menos bien.

Proyecto publicar un librito que se llamará “Caminos a la Paz”, y abordará unas ciento cincuenta páginas, del tamaño de Helios. Trato, únicamente, de sacar los gastos ¿Qué podría valer allí la impresión, en buen papel? ¿Cuántos ejemplares podrían colocarse?

Abraza a Miranda por mí. Pero de veras, aunque sea un sacrificio para los dos. Dale a María, Cándida y sobrina, recuerdos afectuosos. Y que estés buena, fervorosa y contenta.

Alberto.



Nº1

martes, 15 de julio

Madrecita mía,

Yo vine de mi viaje enfermo y agotado. Tres semanas de influenza, con sus aniquiladoras consecuencias, me tienen inepto para todo, especialmente para escribir. Por eso ni tengo silencio.

Fíjate que comienzo con esta una nueva serie de cartas; perdí el papel en que llevaba la anotación, y me es imposible recordar cual fue la última. En la que escribí a Valeria hace ocho días, te decía que probablemente estaría rezagada, porque en la dirección omití el nº de la casa. Dime si la has recogido.

Hasta anteayer pude examinar el plano de Bruselas que me enviaste. No entendí nada, a causa de mis ojos, que ya ni con anteojos sirven. Pero ya estoy buscando una buena lente. Vi también los programas y demás estudios; creo que lo practico es que sigas las materias que te sean más atractivas; de profundo interés. Para mí lo que vale es la psicología, la fisiología, la higiene, el estudio de los niños anormales y la adaptación de la escuela al medio ambiente. A esto le llamaría yo “Las Ciencias de la Educación”

Esto en cuanto teoría. En cuanto a materias instructivas, tu sabes ya suficientes, salvo el dibujo, al cual conviene que le consagres bastante tiempo; lo mismo que al modelado, tallado y otras formas sencillas del trabajo manual. Y luego, y quizá, ante todo, que conozcas bien y practiques, si es posible, todo lo referente a organización y administración escolar, para que puedas dirigir sin tropiezos, un establecimiento de primera clase.

En mi próxima te detallaré lo que yo concibo, y he expuesto ya en varias conferencias, como Escuela Vitalista, soporte esencial de una nueva organización de la sociedad, tal como la esboce apenas en mis artículos sobre economía del M. V. Es más y es menos que la Escuela que tu estudias actualmente. Quizá menos científica y también menos graciosa, pero si más enderezada a su fin. Pero, de todas maneras, y según lo que me refieres, y según lo que yo vi en las escuelas de Bruselas, en ellos se encuentran los elementos principales de mi tipo de escuela, y todo lo que ahí veas y comprendas bien, nos será de grandísima utilidad.

112 Se entiende, madrecita, que te será utilísimo, aun cuando vayas a trabajar a cualquiera otra nación de América.

Hijita, no hay que pensar en irme a Guatemala ni a Costa Rica. Verás

que me asignaron la pensión íntegra, y esta vez con carné de permanencia, me parece. Bastará con no pelear con las gentes, con no provocar iras, para que me dejen tranquilo. Con algo más que yo gane, podemos ir viviendo. En Guatemala o en C.R. me sentiría cohibido, y tendría que abandonar del todo mis propagandas, o me expulsaría luego como extranjero indeseable. Además, ya se me hace muy difícil vivir solo, sin quien me cuide en mis achaques, que son tantos. Ya estoy viejo, mi muchachita; viejo y cansado.

Verás que deje enteramente la dirección de "Patria". Me he quedado como colaborador editorial, con doscientos colones al mes. Cuando no escribo, selecciono trabajos de ciencia y de literatura, este cargo es mucho más descansado; una vez que me pase el agotamiento que me vino de dos años de lucha y de trabajo excesivo, espero que me sentiré bastante bien.

Por supuesto, ya no se parece patria a lo que fue, y el Vitalismo tendrá que crear su propio órgano. Si has leído los periódicos que Toña te estuvo remitiendo en mi ausencia, verás que en Oriente hay esperanzas de que el vitalismo arraigue y se extienda. Yo no me hago ninguna ilusión sobre esto: sé que apenas bastarán diez años para que mi idea comience a dar aquí frutos apreciables. Pero ya se me hace imposible no gastar mi vida en esa cruzada. Unos años que se logren de alivio para el hombre, aunque no sea más que un rinconcito del planeta, de algo servirán. Será como cuando uno va por un camino, atormentado por la sed, si encuentra un ancho y blanco huacal lleno de agua fresca y limpia. La sed no se le quita para siempre; pero si no bebiere ese huacal, moriría desesperado y abrasado de fiebre. Y luego, yo me digo: quien quiera haya organizado este mundo así de vil y de malvado y de oprimido y opresor, yo lo encuentro inicuo; yo necesito cambiarlo; yo necesito cambiarlo; yo, por lo menos, quiero gastarme en su mejoramiento. Y aunque me demuestren que eso es una quimera, y quizá lo es, yo me habré rebelado contra esa iniquidad, y habré vivido frente a frente, en lucha con el inicuo poder que lo creó y lo mantiene así. ¿Locura? No, puesto que obedezco a la ley íntima de mi propio ser.

Va ese giro de 65 dólares, hijita querida, con mi súplica de que no te impongas demasiadas privaciones. Así como vives, no te divertirás en nada, y acaso ni te alimentarás bastante, no está bien así, mi muchachita; sino debes procurarte fuerza y alegría, y ayudarle en algo a la pobrecita Valeria. Me encantaría si me contaras que, al recibir ese dinero, se habría.



San Salvador, 26 de agosto de 1930

Querida Teresita,

Una vez más fallaron mis cálculos y mis propósitos. Me retire de Patria definitivamente hace ocho días; y eso, por la grave reducción que hace a mi presupuesto, echa por tierra cuanto había pensado en relación con tu periódico.

Ahora, no me quede sino descansar forzosamente algunos meses y callarme, con provecho de todos.

Así, hermana, continúa enviándome solo el ejemplar de orientación que me has obsequiado siempre. Y si no te es gravoso, envía otro a Rosita Ochoa, y otro a Amparito Casamalhuapa, en esta ciudad. Estos dos amigos, son los únicos fieles que aún me restan del Grupo Vitalista, enteramente disuelto a causa de la política. Te lo digo, para que te consueles al hallarte sola y obligada a hacerlo todo.

Las ideas, así es como crecen y triunfan: abonándose con las amarguras de sus iniciadores. Siempre fue así; así será siempre.

Muy interesantes los artículos de Miranda, en relación con las reformas del Credo Liberal. Se ve que Miranda estudia mucho, y que día por día penetra más y mejor en los libros y en la vida.

Bien. Un abrazo a María, Cándida y sobrinos políticos. Para ustedes todo mi cariño.

Alberto.



San Salvador, 6 de septiembre de 1930

Querida Tere,

Recibí tu cartita del 1°_ junto con una tarjeta incluso de Miranda, y a los dos les agradezco mucho sus recuerdos y las propuestas que me hacen.

Por ahora, hermana, no será posible aceptar lo que me proponen, porque me he comprometido con Don Arturo Araujo, según verás por las publicaciones que te enviaré luego. Durante cuatro meses me espera un trabajo rudo.

Eso no obstará para que yo te envíe cada quincena alguna colaboración original, y tú me remitirás unos diez ejemplares, que son suficientes para mis propósitos.

En enero próximo estaré libre para que establezcamos Orientación, así como ustedes desean. De abrumado que estaba de trabajo y penas, y también sin un centavo, no contesté inmediatamente, como debía, el telegrama de Orozco Posadas. Además, me anunciaba una carta inmediata y detallada, y esperé a recibirla para contestarle y darle gracias.

Hazme favor de dárselas en mi nombre, muy expresivos, lo mismo que a los demás conocidos.

Tocante a Morán, no le veo hace casi un mes. Se apartó de mí, con otros, al hablarse de mi candidatura. ¡Cosas del Vitalismo y de este mundo!...

Querida hermana, que estén bien y contentos, con todo mi cariño.

Alberto.



1930

Los Conacastés, domingo 5 de octubre, a las 11 am.

Queridísima,

He venido a ver a Toña y a escribirte, y a releer tu cartita n°3, de 7 de septiembre, que recibí ayer.

Cuanto te agradezco que me hayas escrito, Así, con unas líneas cada semana, bastará para mi tranquilidad y para saber que no me destierras de tu memoria.

Yo también, mi dulcita, durante estos meses que faltan del año no te podré escribir sino cartas breves, pues el afán político me absorbe y me cansa extraordinariamente. Por lo menos, no será trabajo perdido, pues, como verás, mi propósito, que era incorporar una gran zona de vitalismo al programa político de un candidato, está plenamente conseguido. Gane quien quiera la presidencia yo dejo incrustada hondamente en la conciencia del pueblo, el anhelo y la voluntad de que se llenen sus mejores necesidades.

Por los papeles varios que te envió aparte, verás y reconstruirás el desarrollo de estas luchas, turbias, complicadas, pero llenas de emoción y de interés y cargadas de experiencias y lecciones. Yo estoy en ellos hasta

ahora, enteramente sereno y dueño de mí.

En mi anterior te hablaba de tu pobrecito tío Manuel y de tu tía Teresita. Ya ves, mi muchachita, que la vida es dolor a cada instante y done quiera. Solo la renunciación que enseñan Budha, Laotsé y Jesús, el desapego de todas las cosas y de todas las criaturas, puede salvarnos de ser incesantemente crucificados...

Ya sabes que estoy con ella desde hace cinco días, hasta ahora sin ninguna contrariedad. Como te decía en enero haré mi viaje a Honduras y allí dispondré. R. está bastante enferma; la encuentro muy cambiada de genio, y hasta con inclinaciones que no creí pudieran nacer en ella. El dolor es el que hace estos milagros.

Mi salud es buena, hijita; cada día mejor, y tengo esperanza de que mi gira por Honduras no se verá obstaculizada por mis viejos achaques.

Dime si recibes los libros de Gandhi y Vivekananda, que acabo de enviarte. Procura leérselos a Poulon, o se los compras en francés. ¿Qué dice ella de mi sugerencia de que aprenda el castellano? Presiento que esto le será un día muy útil.

El libro de Barcos se agotó enteramente. Yo lo pedí a Buenos Aires hace más de un año, y ya no había. Pero no lo lamente, pues no contiene nada nuevo ni superior a lo que dice Camile Mauclair, ni a los otros autores que te enviaré poco a poco. Yo mismo, me creo ya mejor orientado que muchos autores que escriben sobre esos temas, sin exceptuar al Dr. Marañón, tan famoso.

La mayor parte de ellos plantean mal el problema al decir “Libertad sexual de la Mujer”, en vez de “Libertad de Amar”. Si no hay amor, esa libertad se convierte en libertad de prostitución. Ni para el hombre ni para la mujer una libertad meramente sexual es provechosa, sino, al contrario, el regreso a la bestialidad. Por otra parte, no cabe dictar reglas generales, pues en verdad, el hombre, lo mismo que el niño, no pasa de ser abstracciones. Se necesita, como lo entendería Budha, mandamientos especiales, para cada género de hombres.

Yo creo que unos seis o siete decálogos adecuados a cada especie de hombres, desde los que todavía confinan con la bestia, hasta los que ya lindan con los ángeles, apenas serían suficientes.

Te recomiendo fijarte bien en el concepto de “Libertad” según las enseñanzas de Vivekananda. Te hablaré más tarde más concretamente de este asunto.

Adiós, mi siempre amada, más que nunca amada. Mil besos más dulces para Helia; mis pensamientos más fervorosos para ti. Y mil cosas a nuestra filósofa Poulon.

Adiós, madrecita.

A.D. Es bueno que no pongas la palabra Bruselas, en la dirección de tus cartas. Ya sé yo que vienen de allá.



25 de noviembre de 1930

Madrecita querida y santa,

Tienes que perdonarme mi largo silencio, y aún, que ahora te escriba brevemente, siquiera para que tengas noticias mías. Estoy inmensamente cansado, convaleciendo de una infección intestinal, con un trabajo excesivo, y recién venido de una gira que hice por todo Oriente. Ya ves, dulcísima mía, en que torbellinos me ha sumergido la política.

Ahora hay una tempestad de diatribas e insultos contra mí, en una nube de periódicos de ocasión, en los cuales se desahoga el odio de los contrarios. No me perdonan mis éxitos, y el auge que le he traído al Araujismo.

Pero, mi muchachita, sabe que estoy sereno, dueño enteramente de mí mismo, y que no me arrepiento de nada. El pueblo, hoy más explotado y miserable que nunca, va despertando a mi palabra; y aunque me costara la vida, no abandonaría su causa.

He aprendido a hablar ante las grandes masas, en los parques; he adquirido voz y mímica, y mis conferencias suscitan muchos anhelos e inquietudes. Les estoy creando a los campesinos una conciencia.

Nuestro partido crece día por día; es ya el más numeroso, formado casi exclusivamente de obreros y campesinos. Los banqueros, los terratenientes, los doctores, los libertos, los grandes comerciantes, todo el capitalismo y burguesía están contra nosotros. Y es gente habilísima en intrigas y mañas y fraudes, y poderosa en todo sentido. Se valdrán, ya se están valiendo de todos los medios contra nosotros, aún de los más reprochables.

Pero no te inquietes por mí, pues, parodiando a Cesar, afirmo que tengo al destino de mi parte. Aunque seamos vencidos, yo sé que dejo una levadura en el corazón de los oprimidos, y que dará su fruto. Si somos

derrotados y siento alguna hostilidad del nuevo gobierno, apresuraré mi viaje a Honduras o a Guatemala.

No te preocupes tanto por nuestras cosas; mis papeles están aquí donde mi mamá perfectamente guardados; ninguno de los que conservo puede dañarte, aunque sufro mucho cada vez que he de quemar alguno. Si quisieras ser buena conmigo, como te lo he pedido tantas veces, me escribirías en hojitas delgadas escritas solo por un frente. Así quemaría lo inconveniente, y guardaría algunas admirables frases tuyas, en que se encierra tu espíritu, y que son mi único tesoro. Es una crueldad que me obligues a quemarlas por no escribirme en la forma tan sencilla que te indico.

Mi niña querida, vino tu carta n°4. la recibí en San Vicente, adonde Toña me la remitió certificada. Antes de quemarla me empape de ella, y su perfume espiritual se infundió en mi alma. Verdaderamente eres una criatura selecta, un corazón cristalino, un inteligente proclamo. Ahora que estoy tan solo y combatido, una carta tuya es un bálsamo, un aliento, una recompensa.

No tengas cuidado por las recomendaciones que nos haces respecto de los giros. El error de los dos anteriores, fue que yo no estaba aquí cuando fueron comprados. No volverá a suceder, madrecita mía. También estoy advertido de que las cartas han de ir al apartado n°40, y los papeles a la dirección de Valeria. Dile a esta y a sus hermanitas y a su bendita mamá, que me perdone mi descubrimiento; explícales la cosa terrible que es aquí la política, que absorbe toda la energía y todo el ánimo, cuando uno, como me sucede a mí, lucha solo contra enemigos numerosos, poderosos e implacables. Dos meses más, y recobraré mi libertad, y entonces hablaré largamente con nuestra excelsa Valeria.

Por las cosas de aquella persona, no tengas pena, me mantengo independiente, como un huésped, y no doy, ni me exigen explicaciones. Me tratan con todo respeto, y hasta hoy no ha ocurrido ninguna tentativa de molestarme. Confía en mí, querida madrecita, que sabré mantenerme libre.

Toña dejó también la casita de los Conacastes y está ahora con mi mamá. Leonorcita y Jorgito, de vacaciones, con ellos.

Me interrumpieron unas visitas, y ya no me queda tiempo, sino decirte hasta luego. El correo te lleva un diario también que tenía a la mano, y una cartita que me dedicaron. Ya luego te enviaré periódicos.

Adiós mi adorada, mi linda, mi bendita compañera. Que no me falte tu espíritu, que como dices, es lo único indestructible. Que en lo más cristalino y profundo de tu corazón, haya siempre un rinconcito para mí. Que Dios te

bendiga y a mi Helia querida.

Adiós

Albert



22 de mayo de 1931

Hortensia, mi única vida, mi única fe:

Recibo en este instante tu carta adorable de 23 de febrero. Me vino la anterior, del 19, y el mismo día la del 20, más larga y rebosante de cariño. Y las anteriores también, gracias a Dios y a tu bendito corazón.

Yo en cambio, casi no te he escrito, y aun temo que una de mis escasas cartas, con un giro, no los hayas recibido. Creo que fueron dirigidos a “Boîte postale n°40” Hellos I. Búscalos hijita querida, y avísame.

No sé cómo decirte la impresión que me han causado esta última carta tuya y la anterior. Mi destino es tal, que ya las palabras no me sirven para ponderar su ironía y su hostilidad. No he tenido valor de escribirte lo que me pasaba; dejaba correr los días, esperando un milagro en mi favor, que me permitiera darte noticias gratas y alentadoras. No hay remedio tengo que decirte la verdad: y es esta: después de haber servido a este hombre, con todas mis potencias, como jamás serví a hombre ni a causa alguna; después de exponer mi vida, mi honor, mi equilibrio cerebral, mi salud, mi porvenir; después de decidir su victoria, lo primero que hizo fue ir apartándose, con toda clase de ardidés, hasta colocarme, como estoy, en la situación más desanimada y triste.

En este momento en que te escribo, ya no tengo ni poder, ni dinero, ni influencia ninguna. Solo tengo una nube de gentes pobres que acuden a mí, y a las cuales no puedo decirles la verdadera causa de no serles útil.

Todo el afán de este señor ha sido, oscurecerme, anularme.

Quizá me teme, y su política es acabar con todo mi prestigio. Primero, quiso alejarme unos meses, con pretexto de un viaje a Guatemala y Honduras, luego quiso que fundará un diario, para defender yo sus actos; luego intentó retirarme de la Asamblea, pues salí electo diputado, y una vez

la elección hecha, le estorbaba ahí, seguro quizá se lo imaginó. Por último, está empeñado en que esté con él, sin sueldo del Estado, sin nombramiento, pagándome él de su bolsillo, y ayudándole en lo que él me señale.

Con eso me cargaría de responsabilidades, me enfermaría de tedio y de fatiga. Hasta hoy, jamás me consultó ni la cosa más insignificante; solo me las comunica cuando ya están consumadas. Sus Ministros y Subsecretarios no me toman en cuenta; al grado de que no he podido obtener un miserable empleo para el marido de Toña, ni para el de mi hermana Lola, que parece de miseria con sus hijos.

En fin, soy nadie, sin influencia, sin amigos, y ya pronto quizá, sin trabajo.

No teniendo valor para sufrir los insultos de mis enemigos, exasperado, viendo a mi madre llorar constantemente porque sufría esos insultos, renuncie esa pensión, esa pensión que ha sido para mí una ponzoñosa bebida.

Y lo peor, lo que ha trastornado mi fe y entenebrecido mi conciencia, es que este pueblo no solo ha visto con total indiferencia que me postergaran, sino que no da ninguna señal de que mis ideas le importen un comino. Cada uno de los que aparentaban seguirme por mis doctrinas, lo que querían era un empleo. Son tan interesados, egoístas y crueles como sus opresores; son bestias salvajes y apasionadas, que no han reparado en arrojar a la calle a familias numerosas y necesitadas, a quienes contenía con su trabajo, un padre esforzado y honrado, por tal de quitarles inmediatamente el empleo para cogerlo ellos.

Un verdadero espíritu de conquista, de rapiña y de saqueo.

Y si supieras que cantidad de energías gasté yo para esto. Casi toda la noche, cuando daba mis conferencias, agotado física y mentalmente me ponía en pie a fuerza de cafiaspirina, puse grandes dosis, durante meses, y ahora me siento vacío, embrutecido, presa de la neurosis.

Esto ha sido el desengaste total de mi vida, el escollo en que todo mi ser se ha roto.

Y bien, pensando en ti, en nuestra Helia, en Albertina, escogí la única vía, la más dolorosa, la más ignominiosa: disimular, fingir, aparentar con los demás y con este hombre, hasta que se convenza poco a poco de que no soy un peligro para él; de que nada ambiciono, de que solo deseo trabajar en un trabajo oscuro que me asegure el pan. Y así estoy dominando todos mis impulsos de rebeldía, y mintiendo.

120 Imagínate que abismo entre la realidad y lo que tú supones, me crees poderoso, influyente, con dinero, y yo no tengo sino tristeza, agotamiento, desesperanza y tedio...

Ahora, Hortensia mía, alma mía, no queda más camino que esperar. En unos siete meses yo espero recobrar mis fuerzas, ahorrar algo, ganar la confianza de este hombre, y emprender el viaje. Para octubre he de estar listo, quizá para septiembre. Y entonces de cualquiera manera, me iré para el sur, al Uruguay. Es el país que más nos conviene, según mis informes, y donde nos seremos fácil reunirnos. Allá veremos, amada de mi corazón, si nos quedamos o nos vamos al último rincón de la tierra.

De otras dificultades, no temas pues estoy resuelto a ser libre de nuevo, cuando llegue el momento. Y esta vez será con tal firmeza que me deja libre totalmente y para siempre.

El pasaje no dudo que lo obtendré; pero estoy cierto de que inmediatamente, que sospeche algo, me quitarán todo apoyo, pues los hombres influyentes de los partidos derrotados me aborrecen, y lograrán que se me abandone. Así, es indispensable que yo lleve con que vivir algunos meses. Y también es indispensable seguir empeñado en conseguir una mejor situación para Nela y Toña. Ya que les faltará mi auxilio, es forzoso que no quede en la miserable situación en que están.

Hortensia querida, yo no sé qué impresión te haré cuando me veas de nuevo. ¡He variado tanto!

Ya no me queda ninguna fe; no amo a los hombres; no creo en ellos; no creo en una justicia ni en una bondad que rija el mundo. Solo creo en ti...

Me iré, pues, contigo, a ver si recobro mi aliento, y vuelvo a sentirme hombre, o a que recibas mis últimas palabras y me entierres en un mar ignorado de todo.

El 16 de febrero te envié, como te digo, una carta y un giro sobre Paris. Creo que a "Boîte Postale n°40 o a la Sapiniere.

Me dices en esta última carta que te envíe siquiera una letra. Ahí va, pues, amadísima mía, esa nueva copa de miel y vinagre. Pobrecita mía, como sufrirás al conocer mi real y triste situación...

Pero siquiera te va, como siempre, mi alma, mi ternura y única. Contigo donde quiera, yo me sentiré a la luz. Contigo, aun en el frío y el hambre, yo estaré confortado y valeroso.

Y te serviré siquiera para arrullar a la niña, y contarle cuentecitos que la hagan soñar y reír.

Adiós, amada de mi corazón, mi flor y mi estrella, mi única divinidad y fortaleza. Ahora, ya no dejaré de escribirte, puesto que no lo hacía por temor de lacerarte el alma. En fin, liricito adorado; seis o siete meses no son la eternidad.

Y luego, de esta vez, será para siempre, y libres, yo para ti solo, tu para

mi sola.

Adiós.

Esta carta es peligrosa, muy peligrosa. Es una temeridad escribirla, y ya es otra no poder hablarte claramente de mis relaciones con este señor.

Pero tu adivinarás. Destruye pues esto, y a nadie reveles mis verdaderos sentimientos.



1 de abril de 1931

Hijita querida,

Anteayer me vino tu última carta, sin fecha, rebotante de angustia en que me hablas de nuevo de nuevo de irme a Sur América. Ya habrás recibido la de Toña, de primeros días de marzo, y la mía, del 22 del mismo, y así sabrás la burla y la traición de que he sido víctima. He sufrido como solo Dios y yo sabemos, algo indecible, algo mortal.

Pero ya reacciono: me digo a cada instante que el mundo está hecho así: que los hombres, cada hombre, lo mismo que una planta, dan lo que hay en ellos; por consiguiente, todo reproche y rencor son, injustos y absurdos. Hortensia mía, quiero llegar luego a ese estado de ánimo de total desprendimiento que es la única liberación verdadera, cuando ya no se espera nada de los demás y uno se consagra a darse, por lo menos a realizarse. Y me estoy serenando ya y espero que antes de un mes, habré entrado en mí mismo enteramente, y todo lo sucedido me parecerá insignificante.

Desde que recibí tu carta de 22 de febrero, que me vino al mes justo, comencé a prepararme para ir a reunirme contigo y con Helia. Mi preparación consiste en comprender bien las dificultades de esta empresa y en capacitarme para vencerlas. Ya sabes que me he quedado sin pensión; y que ya dentro de un mes, necesitaré un empleo para vivir, y para economizar. De aquí a septiembre he de estar listo de un modo o de otro, yo serviré los recursos necesarios para el viaje, como sufro mucho a causa del frío, y nos tocará ir a clima un tanto frío, he dejado hace cuatro días el chaleco, y he disminuido una frazada a mi abrigo nocturno. La estación me favorece para este cambio. Dentro de cuatro meses, disminuyendo poco a poco, estaré bastante capacitado para que no me afecte gravemente un cambio de clima.

Así también, he comenzado a cambiar mi hora de acostarme. Es muy

probable que donde vayamos, tenga necesidad de trabajar algunas horas por la noche; y para eso, en vez de acostarme a las nueve, según costumbre, me acuesto ya a las diez y media, hasta que logre sin dificultad hacerlo a las once.

He comenzado a estudiar inglés, traduciendo de un libro interesante. Mi propósito es llegar en estos meses a traducir bien de revistas y diarios, que es lo indispensable en caso de trabajar para algún periódico.

A principio de mayo, lo más a fines de este mes me dedicaré a escribir en máquina, hasta lograr suficiente destreza y velocidad para mis tareas probables.

Ya ves, criatura mía, que tomo en serio nuestra empresa, y que haré mi deber. ¿Adónde iremos? Me simpatiza el Uruguay, aunque es más lejos y el viaje más caro. Me parece que nuestra elección tiene que ser entre Chile, Argentina y Uruguay. ¿Cuál prefieres tú?

Una vez allá, solicitaré de cualquier gobierno de Guatemala, Honduras, Salvador o Costa Rica un puesto consular, aunque sea con sueldo modesto, para ayudar a establecernos. Dime ahora tu como te parece mejor, y como arreglarías tu viaje. Es natural que llegué yo antes para esperarte, avisándote mi salida de aquí.

En este momento mi situación pecuniaria es muy estrecha: mi mensualidad de noviembre, se la cogió la cobradora, 300 colones, que me ha dejado un boquete. Estoy harto desnudo. Pero eso no me preocupa, ya que siempre he vencido dificultades semejantes. Lo que me inquieta es tu situación ¿Cuál es el verdadero estado de tus fondos al recibir esta carta? ¿Cuánto necesitarás para el viaje, suponiendo que vinieras, hasta Santiago de Chile, que será lo más lejos? Es indispensable que yo sepa esto, cuanto antes.

No te envió el cablegrama de que me hablas, porque ya pronto recibirás mis cartas, y porque no tengo ninguna probabilidad de que vinieras a tiempo al correo para recogerlo.

Pero si en tu próxima no me das noticias de estar ya tranquila, te cablegrafiaré.

Hijita mía, no es posible de lejos, apreciar con justicia los motivos que me obligaron a volver con E. Era forzoso en aquellas circunstancias. Ahora mismo, si me viniera con mi mamá provocaría un escándalo, muy peligroso por mí, pues hay enorme interés de anularme y desacreditarme. Eso daría lugar a que me negaran trabajo aquí, es decir, una catástrofe. Lo que me

importa, por encima de todo, es ganar aquí suficiente para mi viaje en septiembre. Son aun cinco meses de llevar mi cruz, y es inevitable llevarlos.

Comprendes almita querida, que no puedo abandonar a Albertina. La pobre criatura ya no pudo seguir sus estudios, y ha tenido forzosamente que consagrarse al piano. Ahora paga profesores de canto y de piano, pues todo su porvenir estriba, en hacerse ella misma profesora en ambas materias. ¿Qué haría si le faltara mi ayuda?

Así que voy a gestionar para que, a cambio de mi pensión, renunciada ya, el Gobierno le acuerde a ella una subvención de unos cien colones, durante unos cuatro años. Para conseguir esto es preciso que yo no choque más con estas gentes, aunque toda la justicia este de mi parte. He de callar, he de sufrirlo todo, he de rogar. Tú, que eres heroica como nadie, comprenderás mi necesidad.

Ahora, amor de mi corazón, te ruego que te serenes. Solo que me muera, faltaré a mi promesa de reunirme contigo en el tiempo fijado. Cuando esta carta llegue, ya solo faltará unos cuatro meses y medio. Suponiéndome que yo ocupe todo septiembre en el viaje, nos reuniríamos a mediados de octubre lo más tarde. Es largo tiempo, ¿verdad? Pero después, estaremos juntos, ya juntos para siempre, los tres...

Me inquietan tus cartas, que no puedo llevar conmigo, y que no quiero enviártelas poco a poco, en grandes sobres certificados, para que tú me las entregues al reunirnos. Irán las primeras ya en el correo próximo, y me las cuidarás como mis joyas, lo que demás precioso tengo en el mundo, después de tu corazón.

Así mismo te enviaré algunos libros, que no podría llevar y que es indispensable que leas, una vez leído, se los dejas allí a Valeria.

Dentro de un mes comenzaré a enviar cuantos libros más consiga a Santiago, a Buenos Aires y a Montevideo, para hacerme de allá de algún nombre. El Señor nos ayudará. El destino de nuestra Helia será nuestra guía y nuestra fuerza.

Adiós, mi Hortensia siempre amada, mi alma única razón de vivir y de creer. Ten confianza en mí, ten fe en tu Alberto.

Besos inmensos a mi criaturita.

Sabe que Toña es siempre la fidelísima, la amiga sin igual, digna de confianza absoluta. Ella me ayudará en todo. Te ama y estima como siempre.

Mi.

A



18 de abril de 1931

Hortensia, no sé qué nombre darte, después de leer esta tu carta de 21 de marzo, la n^o7, que acabo de leer. En verdad, no sé si hubo antes en la tierra una criatura como tú; ahora, sin duda no la hay, salvo que viva en el silencio y no trascienda por medio de palabras.

Te faltaba ser madre para llegar a esas sublimaciones, y tengo que inclinarme ante este misterio innegable: que, por el hecho de dar la vida a una niña, una mujer se puede divinizar.

Estas tan alta, mi Hortensia, que casi me asusta pensar en ti. Yo he sufrido tanto en estos meses me han aborrecido y he aborrecido tanto, que sin duda he caído en un precipicio. Esta abominación de la política, que provocan todas las bajas pasiones de los otros, y suscita en uno, toda la ferocidad de las peores bestias, me faltaba, sin duda, como la más necesaria para mí. Ahora se toda la vanidad, la nueva y visible vanidad que hay en imaginarse que uno por el hecho de gobernar, puede sanear el ambiente en que vive.

Gracias infinitas a El, al Divino Poder que rige toda fuerza y toda belleza, a El que nos da hasta el aliento que ocupamos en negarle y blasfemar contra su Nombre; gracias con todas mis potencias porque así, con esta cruelísima experiencia, he matado en mí, los raigones del orgullo, que de otra manera nunca se habría estropeado.

Me siento humilde, hijita de mi corazón. Oyes? No es que comprenda ni que razone la humildad, ni la desee predicar a los otros, sino que la estoy viviendo, ¡Por primera vez!

Con hoy son tres días en que la humildad mora en mi corazón. Ningún resentimiento con nadie; ningún impulso de censurar a nadie, ningún deseo de corregir a los demás sino, únicamente realizarme yo, impregnándome, saturándome de humildad.

He vuelto a orar, y mi única oración es esta: señor, hazme humilde, déjame ser humilde...

En esta situación de ánimo recibo tu carta bendita, un milagro de elevación, de belleza, de gracia y de santidad, y de fuerza. ¿Cómo no iría yo a reunirme contigo, con nuestra Helia que es un reflejo tuyo? ¿Sabiendo que hay en ti aquella perla única del Evangelio, porque no trocaría todas mis perlas a cambio de contemplarla, y de absorber en sus misterios?

Me estoy preparando, madrecita; he ganado mucho en salud, no obstante que sufro ahora un cansancio extraordinario a causa del exceso de trabajo y de preocupaciones. Como te dije, ya no uso chaleco, desde hace veinte días,

y esto en mí, significa haber recobrado muchas energías. He aprendido a dormir por la mañana; si me desvelo, repongo con el sueño de la madrugada y hasta con unas dos horas del amanecer. Solo me inquieta una falta extraordinaria de memoria, y gran dificultad de pensar. Mas como tú lo dices, junto a ti, junto al angelito emergido de tu alma divina, reflorecerá mi juventud.

No me inquieta por saber cómo se realizará nuestra unión, pero seguramente se realizará. Lo más sencillo es enviarte yo cuanto pueda, y que tu ahorres para tu viaje y para vivir los dos un par de meses, una vez juntos. Así, solo me tocará reunir para mi viaje. Una vez allá, contaremos con El, con el Padre, con el Divino Poder que nos guía, y que nos guarda.

Mi propósito es salir de aquí como un particular, y que no me den nombramiento hasta que llegue a la Argentina. Así evitaremos escándalos y protestas. Creo, como tú dices, que este señor verá con gusto mi alejamiento, y que me servirá con gusto en esa forma.

Lo que tú dices, Purísima Luz de mi cielo, es la verdad, la verdad reluciente y viva: si mi trabajo y mis sufrimientos han servido para realizar un bien posible a nuestro pueblo, a nuestros proletarios oprimidos, hay que contentarse y aún alegrarse. Nadie me ha dicho nada semejante. Solo tú la que más tenías motivos para indignarte, estas serena y me alumbras con tu serenidad.

Pues bien, mi Santa, mi luz redentora, creo que sí, que hemos realizado una conquista, y que, aunque los mismos que gobiernan se opongan, una nueva era se ha iniciado.

Ya hay síntomas de ello, y es fácil adivinar las palpitaciones de la semilla que germina.

¿Qué importa lo demás? ¿Y cuando no fue necesario que alguno fuera crucificado para que la justicia avanzara siquiera un paso en el camino? Si hubieras estado a mi lado, me habrías ahorrado crueles sufrimientos, haciéndome ver. Pero entonces, yo no habría sufrido los desgarramientos que me han llevado a una comprensión más allá de la vida, a la humildad que es sin duda la puerta inevitable para entrar al santuario de la verdad.

Hijita querida, eso de la pensión a que renuncié, fue todavía un rasgo de soberbia. Los periódicos enemigos, especialmente los de los estudiantes me injuriaba tanto, que me exasperaron y me volvieron loco. Me hacía tan amargo el pan. Confieso que fue un error si en el Presupuesto insisten en dejármela, la aceptaré, aunque me injurien más que nunca.

capitalito de unos 3.500 colones, que a fines de este año será de 4,000 mil. Es muy inteligente en negocios, y nada le hará más provecho físico y moral que verse obligada al trabajo. Y luego, Dios será con ella y con nosotros.

En mayo próximo entablaré relaciones con la Argentina. No antes, porque necesito buscar aquí algún trabajo, y descansar un poco.

Hijita mía, estoy abrumando de fatiga, y necesito andar despacio. Yo sé que tu quisieras volar y que yo volara a tu encuentro. Pero si fuera ahora mis energías quebrantadas, puedo enfermar gravemente.

Por eso te he fijado el plazo de septiembre. Ahora faltan cuatro meses y medio; cuando te llegue esta, faltará cuatro meses.

Comienzo a numerar mis cartas con esta, y las recibirás, aunque sean breves, cada quince días. Leyendo esta que recibo hoy, cobraré valor, esperanza, luz y firmeza, y los días se pasarán.

Las postales de Rtende y Bujas, me vinieron hace tres días. Págale a Pounlon con un abrazo en que vaya tu alma, su cariño a mí, tan constante, a pesar de mi silencio. Ahora estoy convaleciendo de esta crisis tremenda, y ya vendrá el día en que me deleite escribiéndole.

Ahora, santísima flor de mi olivo, déjame inclinarme sobre tu cabecita y besarte con toda mi ternura, y bendecirte con todo mi amor. Tú y nuestra Helia adorada y divina, es todo lo que yo siento en la tierra, como vida y luz. Que mis pensamientos no se aparten nunca de ti y de ella, y que sus nombres me rediman y me purifiquen.

Alberto.



Nº 2.

24 de abril de 1931

Queridísima mía, anteayer puse en el correo dos grandes sobres, en los que van mis cartas, las tuyas adorables, que son el único tesoro que poseo. Que Dios guie con felicidad el barco en que van y que bajo su custodia esperen el día venturoso, en que yo pueda leerlas otra vez, deleitándome con su luz y su miel.

No era posible tenerlas aquí más tiempo. La manera de vivir de Toña, me exponía constantemente a perderlas. Dos veces una sirvienta infiel les ha llevado cosas y fue rara dicha que no se llevara también la cartera en que las guardaban.

Además, me sería difícil llevarlas conmigo cuando haga mi viaje, y es mucho más sencillo que tú me las traigas. No me destruyas ninguna hijita, pues las amo como si fuera tu propio corazón y cada una de sus frases me hace sentirme acariciado por tu voz.

Aquí solo tengo la última venida, n°7, de 11 de abril, y tres postales fechadas en Brujas y Ostende. Yo te escribí el 18 de este mes, mismo mes.

Ahora acabo de ver que andaban por Holanda, en Amsterdam. Buena prendesita mía, viaja, distráete y prepárate para nuestra próxima lucha.

También me ha quedado la carta de despedida, aquella de la mañana en que te fuiste. En adelante, cada vez que te escriba, te devolveré la última que haya recibido de ti. Así, no sufriré el dolor de quemarlas.

Ayer tuve la suerte de estar un rato con Josecito, tu niño querido. Le estoy ayudando a conseguir un empleo, y le regalé unos diez colones que tenía a mano. Le he rogado que me consiga una entrevista con Mercedes a quien no veo desde hace quince meses. Dicen que tiene un precioso niño. Y tú perlita querida, ¿Es verdad que tienes un serafín, hija del Sol, y que vives espionando el instante en que le nace cada dientecito?

Dulcísima, estoy bien de salud, lleno de fe en que nos reuniremos este año. Mi verdadera y eficaz preparación es cultivar mi voluntad. Recuerdas que me aconsejabas y prescribías firmeza. Pues todos los días al despertar, medito sobre la necesidad inmensa que tengo de ser firme, y es una gloria decirte que avanzo cada día. Mi carácter veleidoso e inconstante, va cambiando. También, aquel sentimentalismo enfermizo, que tantos sufrimientos y daños me ha causado.

Solo me inquieta que me vas a encontrar muy feo, quizá antipático. Las luchas y desengaños de estos seis meses últimos se reflejan en mi semblante que se me ha vuelto duro y hastiado.

Tus ojos, amada Hortensia de mi corazón, tu voz sin igual, desvanecerán todas esas nubes, y algunos días luminosos he de vivir contigo, antes de alejarme de este mundo tan oscuro y tan trágico.

Avísame cuanto recibas los dos paquetes de mis cartas, pues no estaré tranquilo mientras no te lleguen. Van dirigidas a Mr. León Michiels, S.S...

Mañana voy a Ilobasco, con el compañero del Congreso a descansar dos días. Estaré solo, y pensaré en ti dulce y largamente, y contemplare las gracias de nuestra Helia, divina puesto que emergió de ti como el aroma de un lirio silvestre.

Beso tu boca en que ríen todas tus gracias, y te estrecho entre mis brazos que recuerdan las caricias de tu pecho adorado. Alberto.



Nº3

22 de mayo-931.

Niña mía inolvidable,

Por estar esperando tiempo desahogado para escribirte largamente, se me han pasado muchos días sin escribirte. Tu estarás inquieta, pues me pedias en tu última, nº8 que te escribiera por lo menos cada quince días. Hijita, mi trabajo es excesivo: mañana y tarde, hasta muy tarde, en la Asamblea. Hoy he mañaneado para venir a enviarte cuatro letras, antes de entrar a la oficina.

Querida mía, mis cosas van mejor: he mejorado mis relaciones con aquel señor, siquiera para evitar un choque; a todo trance haré de él puro amigo, cosa difícilísima si uno se mantiene en su dignidad habitual. Espero que me darán trabajo, ya en el mes próximo, pues la Asamblea clausura el último de este. Si por desgracia no fuera así, me iría enseguida para Guatemala, y de ahí continuaría para donde sabes.

Yo me estoy preparando cada día más, en el sentido de cobrar salud. He ganado mucho ya; soy enteramente “Bien portadito”, y como tú lo pides, y todo mi anhelo es que no me halles demasiado viejo ni demasiado feo cuando nos reunamos.

Mulhathita querida, todo lo que me pides lo estoy haciendo; no te inquietes por eso, pues mi gloria es seguir tus consejos. Dinero quizá no te mande en este mes que viene, porque es indispensable que yo tenga a mano un fondito con que emprender viaje en el momento que sea necesario. Además, en mi situación actual, casi no podré ahorrar, pues se hará en estos días una gran rebaja a todos los sueldos, y a mí me tocará un descuento de cien colones. Esto, a causa de la crisis, que se está volviendo aquí pavorosa.

¿Has recibido los dos paquetes de cartas? Ahora te envié otras, con la súplica fervorosa de que me las cuides. No te imaginas lo que me duele desprenderme de ellos... ¡Querrá nuestro Dios recompensarme en que las lea de nuevo junto a ti, oyendo las charlerías de nuestra Azucenita?

Tus cartas han venido todas, y ahora aguardo impacientemente la nº9, mi última fue de 18 de abril, hace más de un mes.

Aquí la situación política es muy delicada; es de temer un alzamiento, a causa de la mucha gente sin trabajo. El gobierno hace grandes esfuerzos para normalizar la situación, pero quien sabe...

Tu hermanita consiguió una buena colocación, en la contaduría, con c150.00, eso me tiene muy contento. Ya has de saber que N. es Director de contribuciones directos e indirectos, puesto de mucha significación ahora, y con muy buen sueldo.

No he podido entablar mi estudio de inglés, como quería, por el mucho trabajo cerebral; tampoco la máquina de escribir. En cambio, dejé enteramente de usar chaleco; me quité una enorme frazada para el abrigo de la noche; abandoné el vestido interior que usaba para dormir_ ao más de la pijama; me baño con agua fría, al amanecer hace tres meses, y hoy hace 18 días que abandone el café puro del medio día, y la taza suplementaria que tomaba después del desayuno. Emanciparme del café, que ya me hacía mucho daño, es la empresa que más me ha costado en mi vida. Ha sido un verdadero triunfo de mi voluntad, si se considera que adquirió ese vicio a los diecisiete años, y dado mi temperamento tan necesitado de excitantes. Ya me voy, pajarito mío, pues tengo trabajo urgente y grave para todos estos días. Soy presidente de la Comisión de Presupuesto, y soy responsable de cualquier retardo en ese asunto.

Es muy probable que me dejen mi pensión, como estaba, o por lo menos con 200 colones. Me avergonzaré mucho aceptarla, pero la aceptaré por nuestra nenita.

Adiós, queridísima; piensa y confía en mí, no tengo en la vida más aspiraciones que unirme a ti, que me des alivio y paz siquiera en mis últimos días. Y te amo con todo mi espíritu, y creo en ti como en la criatura más alta que encontré y soñé en este mundo.

Te estrecho entre mis brazos y beso tus labios adorados y los ojitos maravillosos de nuestra Helia.

Adiós.



6 de junio de 1931

Queridísima mía,

Dentro de un mes, si el destino no impone otra cosa, me iré a Guatemala, y de allá combinaremos mi itinerario.

Por toda clase de razones, es imperiosa mi salida de aquí, y retardarla sería un grave error.

Es posible que en Guatemala tenga que trabajar unos tres meses, para ganar y ahorrar algo que me permita continuar el viaje. De allá, libremente,

podré escribirte por cada correo, y tenerte al corriente de todo. Aquí es sobremanera difícil disponer de unos minutos tranquilos para escribirle así, mi muchachita, tenga paciencia, que ya luego desaparecerán tantas barreras, y nuestra comunicación empezará.

Vino tu papelito n°10, y también tu carta anterior n°9. Ahora con esta, van esas dos queridísimas cartas tuyas, que me guardaras como reliquias. Me respondes de ellas.

Mi salud es buena, hijita, cada día mejor, pues me preparo con toda voluntad para lo que venga. Quiera Dios que la de ustedes sea buena también, y que la esperanza nos mantenga a todos fuertes y despiertos. Yo suspiro por alejarme de aquí, donde tantas cosas me hieren.

Es seguro que me dejaran una pensión de 200 colones mensuales, y eso facilitará mucho las cosas.

Y hasta aquí, corazón mío, pues no estoy seguro, y me urge enviarte siquiera cuatro letras. En ellos va toda, toda mi alma.

Que el cielo te guarde para mi ventura.

¿Llegó mi tercer paquete con cartas y versos?



21 de junio de 1931

Mi muchachita,

Desde el 28 de mayo, cuando recibí tu cartita n°10, nada se de ti. Ya es casi un mes, y mi inquietud se acrece cada día. ¿Estas, enferma? ¿Está la criaturita? Yo sufro una gran depresión nerviosa; una falta absoluta de memoria y una extraña indiferencia por todas las cosas, al grado que no hallo nada que mueva mi voluntad ni fije mi atención. Espero que el viaje, ya tan próximo, me procurará un buen descanso de ánimo y de mente, y que recobraré toda mi energía.

En mi anterior, del 6 de mayo, te dije que ya no me era posible continuar así. Imposible entenderse con aquel hombre: es un animal, estrecho, tonto y malicioso, y lo mejor es evitar su trato.

Mi salud material es buena, hijita. Gracias a una dieta serena, me mantengo, y estaré en capacidad de viajar, llegado el momento. Casi nada

leo, y lo que leo no lo retengo, ni lo entiendo. A nadie visito, a nadie le escribo. Escribir se me ha vuelto lo más antipático, y las visitas, un tormento. No te imaginas cuanta necesidad tengo de irme, de cambiar.

Te envié el tercero y último paquete de mis cartas. No me los vayas a perder, hijita, pues sería perderme el alma. Dime si llegó todo bien. En estos meses últimos, he comprendido profundas y raras verdades; más que comprenderlas, las he visto, pero me sería imposible decirlas, a causa de que ahora estoy privado de expresión. Solo me volverá cuando este cerca de ti, cuando mi corazón descansa olvidando tanta miseria y sinsabores.

Mi pensión no ha sido tocada. Con el descuento que les hacen ahora a todos, quedará reducida a doscientos ó doscientos cincuenta c, y me permitirá llenar todas las obligaciones. Y mi trabajo quedará libre para los dos.

Es probable que mi próxima vaya fechada en Guatemala. Allí, antes de emplearme, descansaré enteramente unos veinte días. Y entonces, libre y de todo, me deleitaré escribiéndote largamente, y soñando que vienes ya, que nos encontramos, y que por primera vez somos el uno para el otro, plenamente, en fusión total de nuestras almas, sin trabas, sin testigos, libres, unificados, por fin...

Se realizará este último y único sueño que me queda.

Con mis abrazos, y arrodillado ante mi madrecita, te adoro y te bendigo.



Nº6

11 de julio de 1931

Hijita buena y dulce,

Te conjuro, por el amor de nuestra niña, a que tengas serenidad y paciencia por algún tiempo más. Mi situación es abominable: estoy desnudo, sin dinero, hostilizado. Mi única posibilidad en este momento, es irme a Guatemala, y allá conseguir, como pueda, recursos para continuar el viaje.

Ya debería estar en Guatemala, pero me atrazé, a causa de que no me han pagado en la Asamblea. Me deben un mes entero, 450 colones, y eso es todo lo que llevaré. El 25 de este me iré sin falta, pues un amigo me suplirá el dinero, si todavía, no me hubiesen pagado.

En Guatemala me vestiré; compraré un abrigo, pues el que tenía me lo robaron el año pasado. Me apearé de todo lo que me falta para el viaje, y como pueda, conseguiré para seguir mi ruta.

Aquí sufrimos una crisis tremenda. Muchos parientes, muchos extraños con hambre, pesan ahora sobre los que algo ganamos y trabajamos. De mis sueldos, una cuarta parte ha sido para ayudar a los muy necesitados. Es una procesión de gente que pide ropas, zapatos, medicinas. Hay millares, muchos millares ya de peones y obreros que nada ganan desde hace medio año. En fin, algo pavoroso.

Date cuenta, pues, mi muchachita, que es aún una ventura poder salir de aquí. A Costa Rica no voy, porque allá no hay trabajo; los sueldos son miserables, y me expondría a quedar varado mucho tiempo. En Guatemala está bien en el Gobierno mi cuñado José A. Miranda, el marido de Teresita, y espero que él me ayudará a conseguir algo que resuelva mi dificultad.

Si no fallan mis esperanzas, espero continuar el viaje en Octubre, como tú me dices. Sin duda que tendrá que ser por el Pacífico, salvo que se me presente algún lance favorable, lo cual no es imposible. Hay que contar siempre con lo inesperado.

De todos modos, yo voy a ti, seguramente, aunque sea a pasos. Cada día voy hacia ti, y no tengo en mi vida otro empeño ni otro deseo. Cuando te haya visto, cuando hayamos hablado largamente; cuando libre y sin zozobra vierta mi corazón en el tuyo, entonces quizá surja para mí una nueva visión de la vida, hoy toda gris y fría. De Septiembre a hoy, todas las espinas me han punzado. He bajado a los infiernos y sé lo que es apurar un cáliz con todos los acatares.

Si no estoy loco o pervertido, fue por la ayuda de tus cartas, por la esperanza de verte, y porque he renunciado a todo.

Te ruego, madrecita, que no le escribas a N. ni a tus hermanitos nada de nuestro propósito, hasta que yo te escriba de Guatemala. Al llegar, te enviaré un cablegrama, tal como me lo pides en tu cartita n°12. Pero a ellas no les digas nada hasta que yo te avise.

Lograré, a fuerza de prudencia no dar un grande escándalo con mi viaje, y eso bien vale la pena de que tengamos aun paciencia unos dos o tres meses. Por lo que hace al Gobierno, la ruptura fue inevitable, según veras por los recortes que acaba de enviarle Toña. Nunca en mi vida tropecé con gentes como esas. Este pueblo es muy raro, apático, incomprensivo, ingrato. Estas gentes rebozan de odio, y lo descargan ciegamente sobre el que más les sirve. ¡Sobre todo, esos estudiantes!

¡Y ese hombre! No me pagaría sirviéndome de criado diez años, lo que hice por él; y lo que me ha hecho sufrir, ¡A mí mismo me parece mentira!... ¡En fin!

Me apena profundamente, querida niña, que en tus cartas me hablas

siempre de una próxima felicidad, de que estamos comprando con nuestros dolores y el dolor ajeno, la felicidad. Tienes que abandonar esas quimeras, niña mía. No hay felicidad sino para los incomprensivos, para los insensibles, para los egoístas.

Jamás seremos felices, y lo único a que podremos aspirar es a vivir nuestra vida, a realizarnos, a que nuestras palabras y nuestros actos sea la expresión total y perenne de nuestra verdad.

Unámonos para que la cruz nos pese menos, pero renunciemos ya, para siempre, de toda esperanza de ser felices. Sería preciso para lograrlo, perder lo que hemos ganado en conciencia.

Ayúdame, Hortensia, dulce Hortensia mía, mientras llega ese día de tu viaje y del mío; así los días correrán menos lentos y oscuros. Escribe como puedas todas tus impresiones de viaje. Aunque sea simples y breves notas. Después las redactaremos, y nos servirán para venderlas a un diario o para hacer un libro. _ Para el mismo fin te ruego que extractes mis cartas, y hagas un ideario, poniéndole títulos a cada pensamiento o serie de pensamientos. Con tus anotaciones personales y lo que yo recuerdo de ese país, haremos una obra muy interesante, y nos dará algún dinero.

Aunque no te vinieras hasta fines de noviembre, siempre llegaremos a tiempo a nuestro destino. Allí el clima es templado, y tu pasarás de una temperatura muy fría a una muy suave. Y yo, me habré aclimatado en Guatemala. No temas por mí. Mal que nos vaya, estaremos juntos para el año nuevo.

Hasta entonces hermanita adorada, no te desesperes; piensa que yo no hago sino luchar para apresurar ese día, y que mi corazón y mi mente andan ahí en torno de tu cabecita; que mis ojos te ven; que mis oídos oyen los arrullos de nuestra niña.

Y todos los días, al amanecer, afirmate en la esperanza de que yo voy a tu lado, de que llegaré a tu lado.

Besos. Albert.

Mi carta anterior, n°5 fue enviada el 21 de junio.

Temo que se produzca aquí un trastorno, a causa del hambre y de la incapacidad de esas gentes. Pero no te inquietes por ninguna noticia que no te llegue de mí, pues hay propensión a exagerarlo todo. Yo te avisaré de todo, exactamente si algo ocurre.

Adiós.

Mi carta última llevaba la dirección errada: decía Michels, en vez de Michaels. Ojalá que no sea un obstáculo para que te la entregue.



2 de agosto de 1931.

Hijita mía

Llueve aquí incesantemente desde hace dos meses. Los caminos se han arruinado. En Guatemala se han perdido varias aldeas. El tiempo es horrible, y cada casa es un hospital. Yo vengo levantándome de un ataque reumático de quince días, y eso te explicará el retraso de mi viaje. Además, la falta de pagos.

Mi pena es que te inquietarás mucho al no haber recibido a tiempo el cablegrama que te ofrecí, y que te haría saber mi llegada a Guatemala.

Paciencia, hijita querida. Todas las cosas llegan; pero todas exigen tiempo, pensándolo bien, más ha valido enfermarme aquí, que no ir a caer en Guatemala. Esta enfermedad me ha obligado a una dieta severa, y así haré mi viaje en buenas condiciones. Todo lo tengo preparado ya: he puesto en orden todos mis papeles, pues es casi seguro que publicaré dos libros en cuanto llegue. Lo que me debe el Gobierno, no lo pagaran de aquí al quince de este mes. En lo que falta para terminar agosto, arreglaré bien el asunto de la pensión. De manera que, por ahí por el tres de septiembre, haré el ansiado e inevitable viaje.

Digo inevitable, porque aquí me siento tan distanciado de las gentes, que me volvería loco si no me ausentara. Siento sed de alejarme de estos hombres, y de olvidarlos para siempre.

En Guate, espero encontrar buen ambiente: mi cuñado Miranda esta de redactor del Diario Oficial, y eso me puede servir de mucho. El y Teresita me aguardan ya, y me prometen ayudarme cuanto puedan.

Todavía unos meses de penas y de inquietudes, querida Madrecita. Pero si no hay un Destino enteramente adverso a nuestra voluntad, no pasarán seis meses sin que nos encontremos. Tal vez antes_

Yo vivo nervioso, deprimido, exasperado. Casi no hay día en que no sufra una embestida, de palabra o por escrito. Me he apartado de todo el mundo. Fuera de mi madre, no le escribo ni le contesto a nadie. Y mi ansia en salir de aquí, y no volver.

Ahora estaré un mes sin una letra tuya. En cuanto recibas mi cablegrama, escíbeme a G. A LA 4° Avenida Sur n°63

Guárdame esa carta que va incluida, como si guardaras mi propio corazón.

Todas las tuyas han venido hijita, y casi todas te las he devuelto, menos aquellas que exigen ser quemadas. No olvido ninguna de las recomendaciones que me hiciste en tu última, y todas las cumpliré al pie de la letra.

Perdona mi manera brusca y seca. Apenas salga de aquí, te escribiré larga y amorosamente, como antes, como en mis días más dichosos. Ahora no puedo ni manejar el lápiz. Tú lo comprendes todo, criaturita mía; tú me perdonaras, ¿verdad?

Que el señor te acompañe, y que acorte nuestra separación. Siempre, siempre, con alma y espíritu, tu Albert.



26 de agosto de 1931

Queridísima niña mía:

Aún estoy aquí luchando contra numerosos obstáculos. Es una conspiración de pequeñas cosas, inesperadas como si premeditaran hacerme fracasar en lo que más anhelo y acaricio.

Ayer me pagaron, y ya podría tomar el camino. Pero estoy aún reumático y sufriendo un ataque de urticaria. Toda mi desgracia cara está sembrada de ulceritas y ampollas desesperantes y repugnantes. Una fiebre continua las acompaña, y una depresión nerviosa, que me reduce a la impotencia.

Ayer en la mañana mi pobre mamá sufrió un derrame cerebral de carácter grave; solo su extraordinaria vitalidad pudo salvarla, pero aún no la creo enteramente fuera de peligro.

Lo que es mi pensión, está ya segura. Me he previsto de ropa suficiente, y espero sacar mis pasaportes de aquí a cuatro días, cuando ya podré andar mejor.

En Guatemala me esperan ya, y creo que tendré buen acogimiento. Así pues, se trata de unos diez o doce días más; pero a mí se me hacen interminables, a causa de que tú estarás inquieta y quizá recelosa y dudando de mí.

Esto me apena muchísimo, como no me queda en la vida más que tu amor y tu estimación, me contrasta pensar que vayas a pensar que te estoy engañando. En verdad que este viaje habría sido facilísimo estado yo bueno

de cuerpo y de ánimo.

Pero se me vinieron tantas cosas. Jamás en mi vida, ni cuando estaba paralizado, me sentí más aniquilado. Todo mi ser quedó como disuelto, y apenas comienzo a recobrarne. Así, las cosas más fáciles se nos vuelven montañas.

Pero tú, mi madrecita, todo lo comprendes, y tu santa comprensión de las cosas, y la paciencia con que ves mis flaquezas, te habrán ayudado a sufrir este suplicio de la espera. ¡Si vieras como pienso en esos días en que yo te veré y te oiré! En que todo mi ser se impregna de tu voz de tu sonrisa, de tus pensamientos... A veces me imagino que esta ventura no llegará ¡Que el desenlace de mi vida será perderte, y que la soledad y el abandono terminarán la cadena de mis tristezas...

Todo esto ha de ser consecuencia de mi debilidad nerviosa. Sin embargo, ni un instante he desistido de mi propósito; ni siquiera cuando se me ocurre que, por mi incapacidad de trabajar, puedo convertirme en una carga para ti. Me digo a veces: “¿Que hará mi pobre criatura, en país extraño, con una niñita y un inválido a su cargo?” Pero me contesto que me pondrías en un asilo, y que tendría la dicha de verte cada semana. Es tan extraña la vida, y tan cruel...

Cuando recibas esta, ya te habrá llegado mi cablegrama; pero así verás que me atormenta la idea de hacerte conocer las causas de mi retraso.

¡Quizá en cuanto me siente en el tren y haya traspasado la frontera, el aire puro, la libertad y la idea de que por fin voy en tu busca, me llenará de fuerza y de ánimo, y te sentiré más que nunca como a mi luz, esa que nunca debe separarse ya de mí, ni en esta, ni en ninguna otra vida!...

Como me decías que ya no recibiría tus cartas hasta llegar a Guatemala, no las he esperado aquí. ¡Pero que vacío!... cada vez que voy al correo, me acerco al apartado y pienso: talvez...

Todavía tardará unos treinta días sin ver tu letra, mi adorada Hortensia. Apenas recibas mi cablegrama escíbeme, aunque sea una postal, a la 4^o Avenida Sur, n^o 63. Y enseguida escíbeme largamente, libremente, y dime que no has dudado de mí.

Como este viaje será sin retorno, he tenido mil pequeñas cosas que arreglar. Ha sido para mí como prepararse a morir, sin que los demás adviertan que uno está ya muriendo. ¡Vieras que cosa más extraña! De hora en hora, mi ánimo cambia, y veo las cosas y los hombres bajo un aspecto diferente...

Hasta luego, madrecita querida y venerada. Si, hasta luego, arrulla por mí a la estrellita, a la criaturita divina, emanación de ti y del Sol, de cuyo espíritu yo no fui sino vil instrumento. Dile cositas y cuentecitos, y dile que un papá lejano los inventa para ella.

Hasta luego, amada, amadísima Hortensia.



*Dirección: 14 de septiembre de 1931. Guatemala.
Guatemala, 4 Avenida
Sur, n. 63.*

Ya estoy aquí mi querida Hortensia; ya puedo escribirte libremente, y esperar tus cartas adorables para leerlas una y otra vez imaginándome que es tu propia voz la que oigo. ¡Si supieras qué tormento ha sido eso de leer tus cartas de prisa, siempre en la zozobra de un posible extravío, siempre contestándote con sobresalto y temiendo ser sorprendido...

Esto, y el fingimiento durante seis meses con ese hombre nefasto, casi han trastornado mi juicio, y sin duda han agotado mis energías. Me siento decaído, desanimado, incapaz... Sin embargo, la libertad y el clima comienzan a iniciar en mí una reacción, y no pasarán veinte días más sin que yo me sienta otro, y en camino de una resurrección.

Vine hace siete días, el martes 8 por la tarde, al siguiente día por la mañana te dirigí un cablegrama, en estos términos: "Madriz_Bruselas_Vine ayer — Alberto.

La fatiga me tenía aturdido, y olvidé la dirección, sin advertirlo hasta cuatro horas después corrí a la oficina, pero ya lo habían transmitido, y hubo que pagar de nuevo, añadiendo esta vez las palabras: "Telégrafo restante_ ¿Te llegó, hijita? ¿Te economicé siquiera algunos días de inquietud?

Ahora, pues, ya me sabes aquí, más cerca, sin que mi pensamiento se haya desviado de nuestro propósito, firme en el anhelo de unirme a ti, única luz en mis tinieblas, tan frías y espesas. ¿Qué haremos ahora? Yo aguardo tu respuesta para que reanudemos el hilo de nuestro plan, roto por tantas semanas de incomunicación.

trabajo que he de seguir a toda costa. Esto será a fines de este mes de septiembre, y no antes porque el cambio de clima me tiene afebrado, inepto. Ya sabes cómo me afecta el frío. Estoy en buenas condiciones, en un cuartito bien abrigado, en casa de mi hermana, que me atiende mucho. Compré ya un sobretodo, suficiente para un clima como el de Sur América. No tendré necesidad de gastar un vestido en unos tres meses y medio. Así es que, si tienes urgencia, te puedo remitir cincuenta dólares en cuanto me avises.

De lo que me escribas y del trabajo que consiga depende la realización de nuestro viaje, y aunque sujeto a retardos por falta de dinero y por mi falta de fuerzas, yo sé que se acerca, y mientras se efectúa, comienzo a sentirme a tu lado por el solo hecho de haber comenzado.

Mi madre quedó convaleciente de un derrame cerebral. Ya está muy gastada, y en estos dos años su vitalidad asombrosa ha disminuido extraordinariamente. Me vine sabiendo que la veía por última vez, igual que a mis hermanas. Ya no volveré a mi país_ Ahora, tu me harás de madre, de hermana y de patria. Ahora, habiéndome desprendido de todo, afectos y creencias, ya no hay otro motivo de vivir que amarte, ni más esperanza que hallar en tu amor la resurrección de mis energías, de mi fe, de mi talento. ¡Si vieras qué entontecido estoy... Hace muchos meses que no escribo nada; que ni siquiera puedo leer!...

En estos días, mientras llega el momento de buscar trabajo, prepararé un librito, que me imprimieran al costo, en la imprentita de mi cuñado. Será de material muy escogido, pues lo destino a Montevideo. Irá delante de mí, como heraldo, para que me prepare el ambiente. ¿Te parece bien? Lo que gaste en él, espero de sacar lo de la venta aquí y en San Salvador, aunque no venda sino unos doscientos ejemplares. ¿Te parece bien?

Además, me esforzaré en crear buenas relaciones con este gobierno y el de Honduras, a fin de lograr de cualquiera de ellos una comisión útil para estos países, la cual me puedan remunerar, aunque no sea sino con el precio de mi pasaje.

Ves, mi madrecita, que tengo plan, y que nada me preocupa sino es acelerar el día de nuestra unión, de nuestra liberación.

Pero comencemos a ser libres, mi amada Hortensia; no nos escondamos más; no sacrifiquemos ya nuestra voluntad, nuestro anhelo a ese perenne y nefasto cuidado de los demás. Se me hace intolerable, odioso, pensar que los últimos días de mi vida, cuando ya he roto las cadenas todas, he de seguir fingiendo, escondiéndome, mintiendo. Es cosa abominable...

Escríbeme inmediatamente, Mulhathita mía; dime de nuestra Helia, de

tu vida en tantos meses de no saber de ti. Quiero reanudar mi vida contigo, en los recuerdos y en los pensamientos, mientras llega el día en que, viendo a nuestra querida niña, dormida: jugando como un pajarito en su nido o una flor en su rama, nos imaginemos que no hemos sufrido, que nunca nos hemos separado.

Dámele abrazos a Valeria y a su madre. ¡Cómo voy a pensar en ellas ahora, y en esos hermanos queridos que te ha formado hogar, Jeanne y León, tan generosos y tan nobles!...

Adiós mi Hortensia...



Nº2 V.N.

Guatemala, 23 de septiembre de 1931

Queridísima mía.

El miércoles pasado, hace ocho días, te escribí anunciándote mi llegada a esta. El mismo día tuve la dicha de recibir tu carta nº15, dirigida a Toña a San Salvador. Yo he perdido la numeración de las mías; pero llamemos a esta la nº2 de mi nueva vida. ¿No es una vita nova, saber que estamos más libres, que puedo releer y guardar tus cartas, y que todo mi anhelo y mi trabajo se orientan ya en busca de ti, mi compañera amada y admirada?

Ya supondrás, hijita, que estos primeros quince días se me han ido en orientarme, en manejar la ciudad, y en hacerme al clima. Aún necesito otras dos semanas para acabar de aclimatarme y para sentirme en capacidad de trabajar con desembarazo. Así, me pondré a buscar ocupación de aquí a tres semanas, y espero que no me costará encontrarla, aunque sea el principio con un sueldo bien modesto.

Ahora, mi muchachita, dime, antes que nada, el estado de tus fondos, para enviarte inmediatamente alguna cosa. Esto me tiene muy inquieto, pues hace mucho tiempo que no te remito nada. Dime, también, si serias capaz de comprarme allí, o en París por medio de orden a las casas, librerías, libros en francés, con los descuentos correspondientes, para venderlos aquí y ganar algún dinero. Conozco este negocio, y podía darnos siquiera el valor del pasaje, cuando llegue el momento.

A ratitos he comenzado a estudiar inglés, pues quiero llevarlo aprendido cuando me vaya. El frío no me dejó comenzar la escritura a máquina, pero ya tengo todo preparado para comenzar mañana mismo. ¡Me siento renacer, Hortensia, Hortensia, Hortensia! Ya sabes que yo sé encontrar en tu nombre todos los cantos y todas las luces de este mundo.

Ya luego se imprimirá mi libro “El Rosal deshojado”. Estoy seguro de vender lo suficiente siquiera para sacar el costo, y me sobrará unos cien ejemplares en papel fino, para que llevemos allá.

¿Y tú, mi madrecita, qué estudias? ¿Has vuelto a leer inglés? ¿Acaso esa despotita de Helia permite que estudies? ¿Crece la nenita? ¿Habla? ¿Come? ¿Se parecerá su vocecita a la tuya, para deleite de mis oídos?

Ahora mi compañera adorada, si creo que es ya tiempo de que le escribas a Mechecitas, confiándole nuestro propósito. Tú encontrarás la mejor manera de hacerle suave esta pena, hasta donde es suavizable un dolor así. Pero ten presente una cosa, y es que, si eso trasciende, hay quien puede hacerme fracasar en el intento de mi viaje. Reflexiónalo bien, mi muchachita, pues acaso valdría más esperar a que yo tenga seguros los recursos indispensables para irme. Temo, en verdad, que sea de tu propia casa, de donde pueda surgir el mayor obstáculo.

Querida mía, te abrazo contra mi corazón, y cubro de besos tu boca y tus cabellos. Sueño ahora contigo a menudo, y siento que mi amor es inmarcesible como tu gracia. Adiós, y escíbeme inmediatamente. No olvides de certificar tus cartas, dirección, 4° Avenida Sur, n°63



N°3

Guatemala, 30 de septiembre 931

Mi muchachita adorada:

Te escribí hace ocho días mi carta n°2, por correo aéreo, y estoy aguardando con ansia tu respuesta a la primera que te envié de aquí.

Yo estoy bien, hijita mía; bastante bien: el cambio de clima, de ambiente moral, y la libertad, están operando milagros en mí. También el orden y la disciplina a que estoy sometiendo mi vida. Todos los días ando a pie de tres a cuatro kilómetros; escribo a máquina una hora y media a dos; estudio una hora de inglés, y trabajo dos en una novela corta que espero concluir el 15 de octubre próximo.

Me parece haberte dicho que buscaría ocupación a fines de ese mes de octubre, lo más tarde. Aunque la situación aquí es, realmente difícil, he de hallar algo que me dé siquiera mis gastos, por el momento. Por ahora me tiene lleno de contento ir recobrando la capacidad de escribir, y la memoria. Ambas cosas me faltaban a tal grado, que no habría sido capaz

de ganarme la vida en ninguna parte. Ahora ya te lo puedo contar: era tanta mi nerviosidad, tal mi desánimo y abatimiento, que ya no creía en mi porvenir, y me espantaba creer que, al reunirnos, yo sería para ti una carga en vez de un auxilio.

Así mi estadía en Guatemala, me está sirviendo para reeducarme, para recobrar fuerzas y adquirir algunos hábitos indispensables una vez fuera de aquí.

No he comenzado aún mi libro, porque estoy estudiando la manera de que me produzca por lo menos los gastos; creo que este problema lo resolveré en todo el mes de octubre.

He hecho saber a mis gentes de San Salvador, que permaneceré aquí seis meses; me he desligado enteramente de aquel Gobierno, y me consagro ahora a olvidar profundamente, cuanto se refiere a la política y a los políticos. He roto infinidad de amistades y otros vínculos de diverso género, para que nadie me estorbe en adelante; me he quedado casi solo, y me concentro cada día más en el propósito de que nos juntemos en un país donde no haya las mil insoportables cadenas que le aherrojan a uno en estas tierras. Lo hemos de lograr, mi amadísima Hortensia.

Desisto de negociar con libros en francés, como te decía en mi anterior. No habrá tiempo suficiente para desarrollar un negocio, y necesito estar libre para fines de febrero.

Queridísima mía, que el cielo te guarde y nos conserve a nuestra Helia divina, para que nos alumbré nuestros últimos días sobre la tierra. Mis besos y mis pensamientos para las dos. Albert.

Estoy repasando Frances, a ver si puedo escribirle a Valeria, a Leon y a Jeanine dentro de cinco semanas- Creo que si podre_ Dales mil recuerdos



Nº4

Guatemala, 10 de octubre de 1931

Mi amadísima Hortensia,

Me vino tu radiograma de 3 del corriente, en que me decías: “Amor mío, escribí”. ¿Es, pues, verdad que todavía soy yo tu amor? ¿Y me amarás aun así viejo, feo, gastado? Yo digo que sí, porque cuando me conociste, yo era una ruina viviente, sin nada que pudiera despertar el amor. Amaste mi espíritu, encerrado en el vaso más grosero y sucio que pudiera imaginarse.

Solo tú en el mundo, eres capaz de estas cosas, mi Hortensia; solo tú, en

eso como en todo, me has dado la sensación de totalidad, de excelencia, de plenitud. Por eso, y cuanto más he comprendido el triste fondo de la vida, más he sentido la necesidad de asirme a tu nombre, a tu recuerdo, a tu espíritu, así como alguien que hubiera resbalado en un precipicio, y se hubiera salvado aferrándose a la única rama de un único arbusto arraigado en sus muros de piedra.

¿Y cuándo me llegará esa carta, querida mía? ¿Y me escribirás cada semana, así como lo estoy haciendo yo? Ahora, y para atenuar nuestra distancia, puedes escribirme tranquilamente, por correo, con tinta si es posible, y sino con lápiz de tinta, para que no se borre ni una letra de tus queridas cartas. Necesito un detalle de tu vida; quiero seguirte en la faena de tus horas, viendo cómo sirves a esa tirana que esclaviza tus manos y tu pensamiento. Yo me aflijo y me asusto cuando pienso en ella: ¿Acaso no es una cosa terrible haber traído a este mundo una criatura?

Yo estoy bien, hijita; solamente sufriendo en la humedad, todos los días hago largas caminatas, para combatir el frío, y eso me hace bien, pero me roba mucho tiempo para mi trabajo. Mientras no pase enteramente el invierno, cuatro semanas más, no hay posibilidad de que yo me emplee. Mientras, estoy imprimiendo un librito, con algunos ensayos publicados ya, pero corregidos y ampliados. Espero que se venda, y que gane con él, unos doscientos dólares.

También espero ganar alguna cosa con unas tres o cuatro conferencias que intento dar así que se vaya Gabriela Mistral, quien llega aquí esta tarde. Y para cuando el verano se declare, no dudo que obtendré trabajo con el Gobierno.

Al llegar a esta, por más que procuré evitarlo, tuve que hacer gastos en ropa interior. Me obligó el frío, y sobre todo la humedad. Pero eso me servirá donde quiera que vayamos, pues en ningún caso debemos escoger un país cálido. No hay duda, hijita, que, en los países muy calurosos, el espíritu se entumece para la acción, y que, en los medios cálidos y húmedos, la voluntad se disuelve en sueños y proyectos para nuestra hijita, nosotros hemos de buscar un país seco, de clima templado, de gente libre y tolerante, pues no es vivir este que se padece en pueblos fanáticos, agresivos e intolerantes. Mejor la soledad de una montaña que estas aldeas con pretensiones de ciudad donde todos se apoderan de nuestra vida.

Yo madrecita querida, no solo quiero libertar a nuestra hijita de los grillos que a nosotros nos tienen aherrojados, sino que no quiero morirme sin escribir algo demoledor contra esta embruteciente esclavitud del matrimonio, que idiotiza y envilece a tantas criaturas en el mundo. Si no lo hago así, si no lo hacemos así, no tendrán sentido los dolores exasperantes

que hemos sufrido, y la negra suerte de Albertina, condenada a ignorar que tiene padres. Así, nuestra actitud, ya no debe continuar siendo la fuga de prisioneros escapados de su cárcel, sino la resistencia y el ataque de quienes adquieran consciencia y se proponen proclamarla y extenderla. El momento se acerca en que nosotros diremos a gritos, a quienes nos ha perseguido y vilipendiado : los ciegos, los egoístas, los necios son ustedes, que sacrifican la vida y el destino de inocentes criaturas a sus imbéciles prejuicios sociales ¿No piensas tú lo mismo, Hortensia?

Te prevengo mi niña, que, al escribir a Toña, no le hables nada de mí, ni de nuestro viaje. Me acaba de escribir contándome alguien trato constantemente de sorprenderla, y que teme, ella que vive tan sin cuidarse de nada, que se apodere de alguna carta, y haga escándalo.

Mas no por eso dejes de escribirle, pues Toña recibe tus letras como lluvia del cielo. ¿Te conté que murió Linares, y que eso la tiene muy impresionada? También me agradaría que le escribieras cuatro letras cariñosas a María Nay, que mucho te ha querido, y que ya pronto nos dejará.

¿Estás suscrita a algún diario de ahí? Los hay muy buenos y te haría bien leerlos, más si luego de leídos me los envías a mí. Yo no leo ninguno de El Salvador, ni aun el de este país, y no es bueno desorientarme enteramente de lo que pasa en el mundo.

Dulce niña mía, mi florecita, acuérdate que estoy esperando tus cartas, y que de ellas depende que ya luego enderecemos el rumbo de nuestra pobre barca, tan combatida, a un rincón de alguna playa hospitalaria y libre.

En mi próxima te enviaré pruebas de los capítulos de mi libro, ya impresos. Ahora confórmate con mis besos, con todas mis caricias para tu cabecita adorada, con todo, mis pensamientos.

Háblame de Helia, de nuestra almita divina, de nuestra divina estrellita. Y ámame como te amo yo, para siempre.

Albert.



Nº5 mi anterior

*Guatemala, 31 de octubre de 1931.
Fue de 10 de octubre*

Criaturita mía, mi Tenchita Inolvidable,

Hace cuatro días recibí una cartita de Valeria, de la cual apenas si logré entender “Que me felicitaba por haber comenzado a ir a tu encuentro”. No entendí ni una palabra más, y eso me causó una amargura indecible. ¡Imagínate, después de tantas semanas en espera de noticias tuyas, lo único que me viene es una carta que no puedo leer!...

La letra de Valeria es inaccesible, para mí. La carta dicha era del 3 de octubre; el mismo día en que tú me cablegrafaste, asegurándome “Que me habías escrito”. Claro está que no escribiste, puesto que llegó la carta de Valeria, de esa fecha, y nada vino de ti.

Este silencio tuyo no solo me inquieta y entristece, sino me impide enderezar ya de una vez mis cosas a un fin claro y preciso puesto que nada puedo resolver sin saber en detalle tu situación actual y tu estado de ánimo. Una crueldad tuya, de todas maneras.

Yo estoy bien de salud, luchando todavía con la humedad y el frío. Desde hace unos quince días sufro un poco de reumatismo, pero logro que el ataque no sea serio. Las lluvias tocan a su fin, y cuando recibas esta, ya me encontraré bien del todo.

Las hojas adjuntas te dirán un poco de mis actividades. Sentía necesidad de recobrar mi posición en el Vitalismo, y de transportarme a un plano más ancho y más sereno. Desde ahora, quedo eximido de toda lucha de carácter local, y me consagro a la idea vitalista internacional, teniendo como campo de acción la América Española. Yo no tendré nada que hacer con Gobiernos ni con partidos, y olvidaré todas las mezquindades en que viví sumergido casi un año. Adonde quiera vaya, estaré en mi patria, según yo lo concibo, y mi palabra será más ecuánime y fructuosa. Estoy enviando esa hoja a todas partes.

Aquí, fue bellamente comentada por Gabriela Mistral, en una conferencia, con ocasión de haberle dedicado una sesión pública los vitalistas. Comprendió y defendió mi plataforma, admirablemente. Gabriela, es sin exageración ninguna, una genial mujer. Sencilla, valerosa, serena, límpida. Hablé largamente con ella, y me dejó encantado. Si pudieras verla o escribirle sería de hacerlo. Su dirección en Italia es “Santa Margarita Ligure, nº53”; este día se va para Europa, rumbo a Italia.

Si logramos definir y normalizar nuestra vida en un medio año más, aún

será tiempo, mi amada Mulhathita, de que tú seas también, una mujer de basta influencia en América, pues nada te falta sino es trazar un derrotero y seguirlo.

Ahora bien, urge que nos establezcamos libremente. Lo cual no significa estarse aquí o allá, sino reunirnos, a la luz del día, sin gastar más nuestras fuerzas en escondernos. Seguir así es imposible, mi Hortensia.

Yo continuaré mi viaje, a más tardar, en abril. Pero si logro realizar cierto proyecto, podré hacerlo antes. En cuanto a esa “Academia de Letras”, la dejaré en el momento en que lo necesite. Te cuento que la Directora del “Colegio Europeo de Señoritas”, que aparece ahí en el prospecto, es Doña María Cristina de Rolz, que acaba de trasladarse de Quezaltenango a esta. La pobre señora viene a luchar, pues su situación pecuniaria allá era difícilísima. Es una gran suerte para mí que ella me ofrezca local en su colegio, pues reúne muchas ventajas. El proyectito comenzará a circular hoy. Quieran los dioses ayudarnos, para que luego estés junto a mí, alumbrándome con tu voz, con tus labios y con tus ojos...

Queridísima mía, he reflexionado, y me convenzo de que es conveniente y hasta urgente que le escribas a tu hermanita, diciéndole lo que tenemos resuelto. Se pierden las fuerzas con este interminable esconderse, y es necesario libertarnos ya, de una vez y para siempre.

Me apena mucho pensar si estarás pasando grandes dificultades por falta de dinero. Yo te habría remitido algo si hubiese logrado ganar de algún modo, pero daré unas conferencias a mediados de este mes, a fines lo más tarde, y el proyecto será para ti. Algo me han de producir de todas maneras, dime pronto cual es exactamente tu situación pecuniaria.

Mi Mulhathita: ¿No sería lo más sencillo y práctico venirte para acá, y que de aquí siguiéramos juntos nuestro viaje?irme yo solo, a dar esa vuelta inmensa por Chile y Argentina, puede exigir mucho tiempo, y alargar tu permanencia en Europa. Mientras que una vez juntos, nada nos importaría el tiempo. De aquí nos iríamos a Panamá, por el Atlántico. De ahí al Perú, donde nos quedaríamos para trabajar y ganar nuestros pasajes hasta Montevideo. ¿Por qué no? Te advierto que Guatemala no es San Salvador. Unas semanas, bien estaríamos aquí sin que nadie nos molestara. La ciudad es extensa, y nada mojigata. Por lo que hace a mis hermanas, te acogerían muy bien. Especialmente Teresita, me ha encargado decirte que te quiere y estima, y que te reconoce como a una hermana ¿Qué me dices, hijita? ¿No te encanta acercarte a mí, a tu mulhathito?

contratar con el gobierno de aquí un “Libro para los reos”, obra que sería muy original y muy útil. Fernández tiene influencias, y se ha encargado de gestionar el asunto. Se trata de conseguir, naturalmente que me anticipe a cuenta del libro, ciento cincuenta dólares mensuales.

Trabajando los dos, enserio, concluiríamos la obra en cuatro meses; y si acepta el gobierno nuestras condiciones, yo recibiría al final unos mil dólares, que bastaría, madrecita, para irnos discretamente al Uruguay. En mi próxima te daré noticias definitivas sobre esto.

En El Salvador, ha comenzado la reacción en favor mío. Aquel hombre, muestra empeño en que yo regrese. Yo he respondido constantemente que no he salido del país antojadizamente; que no tengo intención ninguna de atacarle, pero que entre él y yo se ha creado una distancia insalvable. Gabriela Mistral me asegura que mucha gente me echa de menos.

Hortensia querida, no hagas la ingratitud de no escribirme, y dime extensamente cuanto necesito saber. Piensa, mi dulce madrecita, que mis días sobre la tierra no pueden ya ser muchos, y que una carta tuya iluminará muchas de mis horas. Quedo soñando en que te resuelvas a venirte pronto, y que luego emprendamos nuestra peregrinación, juntos con nuestra Helia, nuestra negrita solar. ¡Irámos pobres, quizá muy pobres, pero juntos!...

Dale abrazos a Valeria. De esta vez, le escribiré, antes de tres semanas a más tardar. Dile mil cosas de mi cariño y de mi gratitud. Y por Dios, que me escriba a máquina, porque su letra es imposible para mí, a causa del idioma.

Abrazos, besos querida mía, de tu Alberto, mas tuyo cada vez, si eso fuera posible. Besos en tus mejillas, en tus ojos, en tu boca, en tus manecitas. Para ti y para Helia.

Albert.

A.D. El 15 de noviembre entregaré a Dña. María Cristina, el original corregido de Las Siete Cuerdas de la Lira, para la edición proyectada



Nº6

Anterior, 31 de octubre

Guatemala, domingo 8 de noviembre de 1931

¿Mi niña dulce adorada, mi Hortensia? ¿Por qué no me escribes? ¿Has

padecido alguna grave enfermedad, tú o el Serafincito? ¡Si vieras qué ansiedad, esperando esa carta que nunca llega! Desde el 3 de octubre, fecha de tu cablegrama, todos los días me digo: hoy tal vez...

¿Es que ya no me quieres, mi Hortensia? ¿No confías en mí, o en algo te he ofendido gravemente? Con estas son 6 cartas que te envió desde que vine y tú, ninguna. ¿Qué es, por Dios?

Yo he padecido bastante con la humedad, y ahora con el frío, que este año es aquí excepcional. Me voy adaptando lo mejor que puedo, mis cosas, apenas en camino: el 15 de este abriré mi Academia de letras, con unos 6 alumnos. No es poco, si se atiende a los efectos de las crisis, peores cada día. Estoy repartiendo prospectos, y no dudo que me haré de unos 30 alumnos, a cinco dólares cada uno, eso enderezará un tanto nuestros asuntos.

Hijita mía, acaricié un día la esperanza de irnos pronto al Perú, si hubiera triunfado Haya de la Torre como candidato Presidencial. Fue derrotado, y hay que olvidar ese sueño; de todos modos, yo creo que debemos juntarnos, si no aquí, por lo menos en Panamá, cuando llegue el momento. De ahí, si nos faltaran recursos, nos quedaremos en Guayaquil o en Lima, y de ahí a Santiago de Chile, donde yo tendría buena acogida, y de ahí a Montevideo.

He recogido datos de ese país, y todos son muy halagadores. Yo pensaba enviar allá, como heraldo mi nuevo libro; pero ha sufrido un grave retraso, a causa de no contar con recursos. Lo que me queda lo estoy invirtiendo en montar la "Academia de letras". A falta de este nuevo libro, enviaré Helios, del cual me vinieron ya 300 ejemplares, y también enviaré El dinero maldito; esto será el mes próximo.

Me informa que hay en el Ministerio de Instrucción Pública el propósito de encargarme una revisión de toda la enseñanza primaria. Sería una dicha, pues nuestro viaje se apresuraría. Entre tanto, mi criatura adorada, no me martirices con tu silencio. No sabes cómo anhelo tus cartas y reanudar nuestras pláticas, ya tan interrumpidas. Si de aquí a una semana no sé de ti, le escribiré a tu hermanita, pidiéndole noticias tuyas. Ella es buena y no las negará. También le escribiré esta misma semana a Valeria, aunque sea en francés ridículo, para ver si me dice de ti algo que me tranquilice.

Y no más, mi Mulhathita, porque me esperan aquí para ir unas horas al campo, que mucho necesito; es de mañana, veré el sol, y sus rayos me aparecerán caricias de tus manos.

Adiós mi dulce, y que mis besos, si todavía me amas, te den salud y alegría. Albert.



Esta, vino como el *20 de noviembre de 1931*

Recibí su carta que aún no he leído. Ya le fue contestada por N. y supongo que en términos un poco duros, ya que ni siquiera pude verlas. Supongo que usted recibirá esa carta uno de estos días. Esta va únicamente a suplicarle que si cuando usted reciba esta aún no ha leído la que le anuncio me la devuelva sin abrir. Envíesela a mi hermano a su oficina “Tribunal Supremo de Cuentas”. No deje de hacerlo sin abrirla y metida en otro sobre. Le agradeceré, también que envíe una dirección segura. Creo que no es necesario recomendarle la mayor discreción con todos, sobre todo con la familia suya. No quiere para nada que vean lo menor. Le explicaré la carta que le anuncio, o le llegará por medio de una tercera persona, o se la enviarán del mismo Guatemala. Ruego le destruir esta.



Esta, vino como el *26 de noviembre*

Ha llegado a mis manos su carta de fecha reciente, a la cual paso a referirme brevemente.

Ya anteriormente cerré a usted mis puertas, inspirado por un hondo sentimiento de desprecio, de temor y de asco. Si nadie se lo ha dicho antes, creo mi deber revelarle que es usted un perfecto malvado y un verdadero canalla.

Hay hechos oprobiosos, pero siempre explicables, porque las leyes de la naturaleza no fallan jamás. Se consuma una infamia como se da un fruto. Para ciertas vidas el extinguirse sin haber rematado un delito, es como para el árbol que ha crecido en tierra fértil marchitarse sin florecer y fructificar. Mientras escribo esto me recuerdo de aquel malvado del que habla la Biblia, que se fingió enfermo para violar a su hermana.

Hablo y escribo yo así conteniendo una indignación que podría expresarse en otra forma, con la certeza del juez que ha encontrado el testimonio del delito.

Con las declaraciones anteriores creo que tendrá usted bastante para renunciar a la esperanza de mi amistad. Lo desprecio a usted, de ser más

conocido, todos le despreciarían, salte Usted el trasmuro a media noche; rompa la cerradura o abra la entrada por el techo, pero no pida la puerta por donde entran los hombres honrados.

Lea con detenimiento esta carta. Los hombres, antes de morirse, deben decir la verdad. Y, deben escucharla.



28 de noviembre le llegó a R...

Rosario:

Alberto está disponiendo trasladarse a Chile, siempre desarrollando el plan que usted conoce. Procure evitar ese nuevo escándalo que le costará su pensión, y algo más.

Un consejo a tiempo debe agradecerse. Váyase a Guatemala.

Esta fue provocada por la confesión de tu carta a él.



Nº7.

8 de diciembre. Guatemala.

Mi dulce muchachita.

Por fin vino tu carta de 5 de noviembre, cuando ya no tenía esperanza de que me escribieras. Me llegó el 26 del mismo, y no trajo tanta dicha como tristeza. Si supieras cuánto daño de todo género, me ha causado el retraso extraordinario de esa carta, me habrías escrito antes, aunque no hubiera sido más que dos letras.

Como dos semanas antes, no pudiendo sufrir ya la carencia de noticias tuyas; creyendo en alguna desgracia fatal, escribí a Merceditas, cariñosa y humildemente, suplicándole que me dijera algo de ti. No le hablaba de ninguna otra cosa; le decía que recordara que no la había molestado desde que ella me despidió; que solo la necesidad extrema me hacía escribirle. No le nombraba para nada a su marido.

La respuesta fue el papelito que verás, (nº1) y en el cual se trasluce el despotismo a que se halla sometida la pobrecita. Poco después me vino la carta del marido, la cual he leído y guardado como una víbora escondida

en mi propio corazón. Esa carta revela un odio profundo, del cual espero yo todo el mal posible. Es un odio que nació de la envidia y que ha venido acumulándose y creciendo. La lectura de eso me produjo un dolor acerbo, y todas las malas pasiones se desataron, en mí. Estuve tres días con fiebre, ideando las respuestas más venenosas, y deseando en ciertos momentos ser libre, para regresar a matar a ese hombre o a que me matara él.

Y por fin, nada contesté... Porque pensaba mucho en ti, y no debo exponerme a ningún dolor ni daño, por satisfacer mis rencores. Lo más grave, es que esa carta ha sembrado en mi pensamiento, la pregunta obsesionante de si, en verdad, no seré yo un perfecto canalla y un verdadero malvado. He vacilado yo mucho para mandarte eso, pues sé que sufrirás por ello; deseaba ahorrarte este sinsabor tan acre... Pero es necesario que conozcas los riesgos que nos amenazan, para que no demos más traspies. El billetito anónimo, (nº3), naturalmente del mismo autor de la carta, confirma mi creencia de que procurará estorbar mi viaje cuanto pueda, y ocasionarme el mayor daño. Ahora, yo te ruego encarecidamente, que nunca me nombres si le escribes, y que nunca me lo nombres en tus cartas. Si vuelves a tratar con él de nuestras cosas, en vez de hacerlo únicamente con tu hermana, cometerás, a sabiendas, un error muy grande, y me harás a mí una grave injuria.

Yo fracaso enteramente aquí. A la academia que intente fundar, no llegó nadie. En la prensa no hallé trabajo. A última hora organicé una conferencia, con mucha propaganda, de la cual estaba seguro que produciría para mi pasaje a Tegucigalpa, y el gobierno la prohibió brutalmente, por medio de la policía. Ahora sé ya perfectamente que Don. Arturo Araujo, me preparó aquí la pésima atmósfera que me ha rodeado. Resumen, en este momento estoy sin dinero y sin trabajo, atenido a algo que me vendrá de San Salvador. Para trasladarme a Tegucigalpa, lo más tarde el 3 de enero. El Ministro de Honduras me ofrece que ayudará previamente para que me dispensen allí buen acogimiento.

Ahora, hijita, he aquí mi nuevo plan, que imponen las circunstancias, y que no variaré, suceda lo que suceda. Si puedo dar tres o cuatro conferencias en Tegucigalpa, bastante productivo para irme de una vez a Montevideo, las daré y continuaré el viaje en seguida; sino, entraré, como pueda, al servicio del Gobierno, para que me dé en cambio un pasaje hasta allá, y si es posible alguna comisión que me asegure los primeros días. En ningún caso debes anticipar tu viaje al mío. Tampoco debes devolver el dinero que te enviaron, pues te expondrías a consecuencias funestas, a causa de

las crisis pavorosas que hay en El Salvador. Ni me envíes tampoco a mí el dinero que pudiera sobrarte, porque yo estoy seguro de conseguir para mi viaje, con mi propio trabajo.

Ahora, una cosa: si hemos de continuar consagrando nuestra vida y nuestro esfuerzo a escondernos, a la triste finalidad de escondernos, hay que estar preparados a que los demás hagan de nosotros lo que quieran. Lo único que puede libertarnos de acechanzas, es una actitud resuelta y altiva. Demasiado hemos hecho sufrir a otros, es verdad. Pero lo que me han hecho sufrir a mí, y me hacen sufrir actualmente, es también demasiado, y ha llegado la hora en que yo prefiera mi vida a la de ellos. Estoy exasperado con esta lucha que no termina nunca, y si no le veo esperanzas serias de reposo, me iré a un país extraño, me cambiaré el nombre, y acabaré mi vida en el silencio.

Para que veas que mi voluntad de unirme a ti, no ha flaqueado en nada, te envié, con otros papeles conexos, una hoja suelta contra el presidente Araujo, que está aquí, huyendo; derrocado por una violenta sacudida, y esforzándose para que los Yanquis y el Gobierno de aquí le den armas, dinero y hombres que le restauren en el poder. Era imposible que yo no contribuyera eficazmente a invalidar a ese hombre funesto, que ya nos cuesta muchas lágrimas y mucha sangre. Y, además, es necesario que mi influencia con el nuevo Régimen, me ponga a cubierto de las intrigas, que desarrollará contra mí, el peligroso enemigo que me persigue, y a quien sus vínculos con M. y contigo, hacen invulnerable a mis ataques. Él lo comprende muy bien, y se aprovecha.

El haberme comprometido así con el nuevo Gobierno, es muy grave, y quien sabe si no tendré que llorarle después. Sin embargo, no he vacilado, para que no me quiten mi pensión, que necesito para ayudar a mi madre, a Albertina, a R, y aún a mí mismo en casos de urgencia. Si yo soy amigo de los que están en el Gobierno, no me dejarán en la calle. Hijita, no dudes que llegaré hasta el fin. Aun si tú quieres, y la necesidad lo impusiera, me uniría contigo a una aldea remota, ignorada, y allí nos enterraríamos a esperar el día de abandonar este mundo tan áspero y tan sin entrañas.

El Gobierno de aquí, apoya a Araujo, por obediencia incondicional a los Yanquis, y no será extraño que me dieran orden de salir del país, de mañana a pasado, al conocer la hoja suelta. Por eso te estoy hablando de todo, para que nada te sorprenda. Quizá no tengas aún noticias impresas de lo que ocurrió en El Salvador, y estés apenada por los tuyos, si ya las tienes. Tranquilízate, que no les ha ocurrido nada; yo lo sé bien.

Esta es la 4^o carilla de mi carta, y no he tenido una palabra dulce para ti, ni para nuestra criaturita. ¿Qué maldad verdad? Y eso, precisamente

cuando tú me acabas de escribir tan amorosamente, y me has demostrado una vez más, con la carta que enviaste a tus hermanos, que eres la criatura más noble, más alta, más límpida que pueda concebirse. Es que estoy muy atormentado, hijita, a causa de mis fracasos, de mi impotencia, y, sobre todo, por las venenosas dudas que me atosigan respecto de mí mismo. A cada momento oigo mi propia voz que me dice: ¿Acaso eres muy ruin, muy canalla, y toda tu vida no habrá sido quizá más que una mentira?... Has fracasado en todo, y ni siquiera puedes disculpar tus ruindades con el triunfo...

Hortensia mía, el único sueño que todavía me ilusiona, es rebelarme, rebelarnos los dos abiertamente contra esta monstruosa creencia, contra esta maldita moral, que le obliga a uno a negar a sus hijos, y a vivir distante del ser a quien más venera, y a esconder esa reverencia como si fuera un crimen. Cada vez crece mi certidumbre de que en el corazón de cada hombre hay un vampiro, que tiene hambre y sed de la vida de los demás. Y yo anhelo gritarle eso a los hombres, y quebrar su yugo, viviendo nosotros libremente, altaneramente. No hacerlo es como tragar lodo y veneno a un tiempo.

Mulhathita querida, interrumpí mi carta para releer la tuya, y vuelvo apaciguado y encantado de contemplar el cuadro de tu vida íntima, sirviendo a tu niña, haciéndote tú misma todos tus servicios... Lavando, cocinando, como una madre experta y humilde, extasiada con las miradas y las sonrisas de su lucerito... ¡Cómo progresas, mi Hortensia! Cómo estás aprendiendo orden, economía, disciplina, rectitud de pensamientos y acciones, lanzadas todas en un camino limpio y claro. Y me da tristeza y zozobra pensar que talvez son estos los días más venturosos de tu vida, con tu niña adorada, con esa amiga perfecta que es Valeria, con esa abuelita admirable que es Madame Decordes, con tu silencio, con tu libertad, con tu paz. ¿Tengo, yo derecho a gozar a tu lado una ventura semejante? ¿La alcanzaré alguna vez, unos días siquiera?

¡Qué simpática, qué pajarita nuestra nena! Cuando esta llegue, estará allá cumpliendo dos años, es decir setecientos treinta días y veinte horas... ¡Qué vieja es ya! Ese día, si el destino no me prepara una emboscada, procuraré estar solo, en el campo, con algún libro edificador, oyendo a los pájaros y mirando a las nubes. Y tal vez tenga la dicha, reconcentrándome, de oír a un tiempo tu voz y la de ella, como si hablaran juntos una magnolia y una campanilla celeste...

¿Así es que te hiciste vegetariana, madrecita mía? ¿A qué no llegarás tú, si naciste para escalar todas las alturas? ¿Y yo, porque no avanzo como tú, sino que estoy aquí estancado, como agua represa, lívida, oleosa y repelente?

las crisis pavorosas que hay en El Salvador. Ni me envíes tampoco a mí el dinero que pudiera sobrarte, porque yo estoy seguro de conseguir para mi viaje, con mi propio trabajo.

Ahora, una cosa: si hemos de continuar consagrando nuestra vida y nuestro esfuerzo a escondernos, a la triste finalidad de escondernos, hay que estar preparados a que los demás hagan de nosotros lo que quieran. Lo único que puede libertarnos de acechanzas, es una actitud resuelta y altiva. Demasiado hemos hecho sufrir a otros, es verdad. Pero lo que me han hecho sufrir a mí, y me hacen sufrir actualmente, es también demasiado, y ha llegado la hora en que yo prefiera mi vida a la de ellos. Estoy exasperado con esta lucha que no termina nunca, y si no le veo esperanzas serias de reposo, me iré a un país extraño, me cambiaré el nombre, y acabaré mi vida en el silencio.

Para que veas que mi voluntad de unirme a ti, no ha flaqueado en nada, te envié, con otros papeles conexos, una hoja suelta contra el presidente Araujo, que está aquí, huyendo; derrocado por una violenta sacudida, y esforzándose para que los Yanquis y el Gobierno de aquí le den armas, dinero y hombres que le restauren en el poder. Era imposible que yo no contribuyera eficazmente a invalidar a ese hombre funesto, que ya nos cuesta muchas lágrimas y mucha sangre. Y, además, es necesario que mi influencia con el nuevo Régimen, me ponga a cubierto de las intrigas, que desarrollará contra mí, el peligroso enemigo que me persigue, y a quien sus vínculos con M. y contigo, hacen invulnerable a mis ataques. Él lo comprende muy bien, y se aprovecha.

El haberme comprometido así con el nuevo Gobierno, es muy grave, y quien sabe si no tendré que llorarle después. Sin embargo, no he vacilado, para que no me quiten mi pensión, que necesito para ayudar a mi madre, a Albertina, a R, y aún a mí mismo en casos de urgencia. Si yo soy amigo de los que están en el Gobierno, no me dejarán en la calle. Hijita, no dudes que llegaré hasta el fin. Aun si tú quieres, y la necesidad lo impusiera, me uniría contigo a una aldea remota, ignorada, y allí nos enterraríamos a esperar el día de abandonar este mundo tan áspero y tan sin entrañas.

El Gobierno de aquí, apoya a Araujo, por obediencia incondicional a los Yanquis, y no será extraño que me dieran orden de salir del país, de mañana a pasado, al conocer la hoja suelta. Por eso te estoy hablando de todo, para que nada te sorprenda. Quizá no tengas aún noticias impresas de lo que ocurrió en El Salvador, y estés apenada por los tuyos, si ya las tienes. Tranquilízate, que no les ha ocurrido nada; yo lo sé bien.

Esta es la 4^o carilla de mi carta, y no he tenido una palabra dulce para ti, ni para nuestra criaturita. ¿Qué maldad verdad? Y eso, precisamente

cuando tú me acabas de escribir tan amorosamente, y me has demostrado una vez más, con la carta que enviaste a tus hermanos, que eres la criatura más noble, más alta, más límpida que pueda concebirse. Es que estoy muy atormentado, hijita, a causa de mis fracasos, de mi impotencia, y, sobre todo, por las venenosas dudas que me atosigan respecto de mí mismo. A cada momento oigo mi propia voz que me dice: ¿Acaso eres muy ruin, muy canalla, y toda tu vida no habrá sido quizá más que una mentira?... Has fracasado en todo, y ni siquiera puedes disculpar tus ruindades con el triunfo...

Hortensia mía, el único sueño que todavía me ilusiona, es rebelarme, rebelarnos los dos abiertamente contra esta monstruosa creencia, contra esta maldita moral, que le obliga a uno a negar a sus hijos, y a vivir distante del ser a quien más venera, y a esconder esa reverencia como si fuera un crimen. Cada vez crece mi certidumbre de que en el corazón de cada hombre hay un vampiro, que tiene hambre y sed de la vida de los demás. Y yo anhelo gritarle eso a los hombres, y quebrar su yugo, viviendo nosotros libremente, altaneramente. No hacerlo es como tragar lodo y veneno a un tiempo.

Mulhathita querida, interrumpí mi carta para releer la tuya, y vuelvo apaciguado y encantado de contemplar el cuadro de tu vida íntima, sirviendo a tu niña, haciéndote tú misma todos tus servicios... Lavando, cocinando, como una madre experta y humilde, extasiada con las miradas y las sonrisas de su lucerito... ¡Cómo progresas, mi Hortensia! Cómo estás aprendiendo orden, economía, disciplina, rectitud de pensamientos y acciones, lanzadas todas en un camino limpio y claro. Y me da tristeza y zozobra pensar que talvez son estos los días más venturosos de tu vida, con tu niña adorada, con esa amiga perfecta que es Valeria, con esa abuelita admirable que es Madame Decordes, con tu silencio, con tu libertad, con tu paz. ¿Tengo, yo derecho a gozar a tu lado una ventura semejante? ¿La alcanzaré alguna vez, unos días siquiera?

¡Qué simpática, qué pajarita nuestra nena! Cuando esta llegue, estará allá cumpliendo dos años, es decir setecientos treinta días y veinte horas... ¡Qué vieja es ya! Ese día, si el destino no me prepara una emboscada, procuraré estar solo, en el campo, con algún libro edificador, oyendo a los pájaros y mirando a las nubes. Y tal vez tenga la dicha, reconcentrándome, de oír a un tiempo tu voz y la de ella, como si hablaran juntos una magnolia y una campanilla celeste...

¿Así es que te hiciste vegetariana, madrecita mía? ¿A qué no llegarás tú, si naciste para escalar todas las alturas? ¿Y yo, porque no avanzo como tú, sino que estoy aquí estancado, como agua represa, lívida, oleosa y repelente?

¡Hablas de realizarnos... qué belleza es en tus labios esa palabra! Por lo menos, mi Hortensia, tu si alcanzarás tu realización, la estas ya alcanzando, y yo lo sabía desde que te dediqué mi libro Helios. Llegarás a la más alta cima, y subirá contigo nuestra Helia, a quien sin duda le diste un nombre profético. Solo que no sé cómo podrá subir con esa mata inmensa de cabellos negros, que deben pesarle arrobos. Y se parece a mí en lo zamarra y caprichosa, ¿verdad? ¿Y a ti, en la voz, y en todo lo que tiene de divina?

Hijita mía, no vayas a pensar que yo malquiera a Mechecitas por lo que ha sucedido. Al contrario, la estimo y quiero más que nunca. Tanto que no me atrevería quizá a tomar ni la más pequeña represalia, por respeto a ella. Siento necesidad de que lo sepas. Ahora estoy ansioso de saber que te han respondido a la carta en que le revelabas nuestro secreto. Se me quitará un gran peso de encima, si vemos que, a pesar de su dolor por ti, y de su indignación contra mí, te ama y te comprende. Ella perdonará, sin duda, pero no basta para tu dicha, sino que necesitas de que te quiera siempre.

Si anticipo mi viaje, te avisaré. No dejes de escribirme, aunque sea muy brevemente, por cada correo, pues si no se desconectaría de nuevo nuestro plan. Yo, al embarcarme por el sur, pienso escribirle a R. francamente, que no volveré, y que renuncie a todo lo que no sea considerarme como un hermano o un amigo. ¿No te parece? De otra manera, siempre viviría con zozobra.

Aparte, por correo ordinario, van los papeles referentes a El Salvador y otros. Van, asimismo los pliegos que ya están impresos de mi libro, el cual no pude al fin hacer por mi cuenta, por falta de dinero. Teresita, con mil sacrificios, lo está imprimiendo. Te consolará saber que esta hermana se ha portado conmigo maravillosamente. Es muy maternal, muy respetuosa de las vidas ajenas, y de una comprensión extraordinaria. En verdad, yo no la conocía, y hasta la juzgaba superficial a causa de su charla. Pero no es así; al contrario, esconde bajo su hojarasca un alma grave, libre, dispuesta a los mayores sacrificios por un ideal, y a las mayores abnegaciones por los demás. Cuanto se puede hacer por endulzarme las horas, ella lo ha hecho.

Como siempre, mi Mulhathita, has de perdonar, mis desahogos y mis durezas. Comencé esta carta con el ánimo atosigado de rencores, y la concluyo sereno, anheloso de ser como tú en la alegría y la benevolencia. Leeré tu carta dulce y luminosa una y mil veces, y me servirá de sostén para mi voluntad y de aliento para mi esperanza.

Háblales de mi a Valeria y a Madame Decordes, a Jeane y a León. Algún día podré demostrarles que sé lo que les debo.

Queridísima mía, niña mía, que el Señor te guarde y te dé más y más alegría, con nuestra Helia. Ahora si la siento y la veo en los retratos; adivino

el pajarito vocinglero y saltarín. ¿Por qué no me llevas así de la mano, como ella? ¿Se acuerdan de mí, tus manos, Hortensia?...

Adiós, corazón mío; quiéreme, piensa en mí.

Alberto.



Nº8.

Guatemala, martes, 22 de diciembre de 1931.

Santita mía,

Esta mañana recibí tu carta nº17, de 30 de noviembre. La leí, con la emoción que puedes imaginar; me fui a un parque cercano, a que el aire y el sol me calmaran, y ahí tomé notas que guardo para contestarte esta.

Primero que todo, madrecita déjame bendecirte porque no has dudado de mí; o porque, aunque hayas dudado, tu amor se sobrepasó a los horribles colores con que ese hombre me habrá pintado, y recordaste que nuestro amor descansa sobre el propósito y la promesa de amarnos y ayudarnos más, cuanto más desgraciados seamos. ¿Y qué mayor desgracia que ser uno “malvado y canalla” como ese señor afirme que soy yo? Como yo he renunciado a todo, y me he confortado con solo tu cariño y tu fe en mí, esta carta tuya, tan cariñosa, tan maternal, en una hora tan aciaga, me prueba que no he perdido mi lugar en tu corazón. Y si tú crees en mí, tu que eres tan luminosa ¿Qué me importa que me desprecien los que son igual o más tenebrosos que yo?...

Ese hombre me aborrece. Durante mucho tiempo ha tenido que ocultar su odio. En sus luchas conmigo, siempre resultó humillado; y para un hombre tan orgulloso como es él, esas humillaciones son imperdonables. Hace ya unos dos o tres años que tomó por modelo a un personaje de Ibsen, que atropella todo con tal de realizar su voluntad. Y en esta ocasión su voluntad y su pasión, su orgullo y su odio anhelan lo mismo: aplastarme; y para eso, apartarme de ti y hundir en el secreto y en el olvido nuestro cariño, y nuestro propósito de unirnos para formar juntos a nuestra Helia.

Yo presentí, desde el primer instante en que él se acercó a ustedes, que me sería funesto. Yo sé que todo daño puede venirme de su aborrecimiento.

Ahora bien, Hortensia, reflexiona y pesa lo que voy a decirte: cuando ese hombre entró a formar parte de tu familia, hacía cinco años que tú y yo erámos uno; por los dolores tremendos que sufrimos, y por los dolores tremendos que hicimos sufrir. Nuestra unión de almas y de espíritus se

había consumado ya, en la concepción de nuestra Helia, cuando una ficción legal le declaró hermano suyo. Así, nada le debo a él; en nada le he faltado; ninguna lealtad le debía; yo no era ni siquiera su amigo, puesto que conocía su animosidad creciente hacia mí, y los medios ruines, los anónimos de que se valía para atacarme. Si de M. y aún de José, todo enojo contra mí se justifica; si de aquella dulce hermanita yo sufría todos los baldones con humildad, y hasta consentiría en los más duros sacrificios para desagaviarla... no así de ese hombre, que es un intruso en nuestra vida.

Un solo balbuceo de nuestra criaturita, vale más para mí que todas sus iras y sus amenazas. Todo lo que él exija y alegre no me importa. Y lo primero que debes hacer, mientras me estimes, es negarte absolutamente a que siga interviniendo en nuestras cosas. Entiéndete directa y exclusivamente con tu hermanita; ella es madre, tiene corazón, y escuchará antes a su corazón que a su orgullo. Y, además, ella no me odia, aunque su enojo y su indignación contra mí sean profundos.

Piensa bien en esto, madrecita. Si tu hermana le participa a él, estas cosas, está en su derecho; pero tú no, porque yo prefiero tu olvido a esa ignominia de que un hombre a quien debo tantas amarguras, pretenda, ahora torcer mi destino y el de mi hija. Eso no puede ser, madrecita.

Comprendo que desfallezcas y que te sientas aniquilada. ¿Quién no, después de siete años de luchas incesantes y acerbas? Yo también quisiera a veces desaparecer, abandonarlo todo, y perderme en algún rincón ignorado, donde nadie pudiera encontrarme. Antes de venirme estuve a punto de realizarlo; tenía dispuesto cambiar de nombre; no volver a escribir, y retirarme a un país lejano, donde buscaría una aldea para acabar mis días. Las suplicas de mi madre lo evitaron. ¿Así, cómo no he de comprender tu desolación, yo que no solo llevo mi propia cruz, sino que sufro, morbosamente hasta los dolores, quizá imaginarios o exagerados de cuantos desdichados conozco?

Pero ya no se trata de mí, ni de ti, santita querida, sino de tu niña. El único camino para cumplir con ella, es libertarnos, y solo la verdad nos hace libres. Así, ha estado bien que hicieras saber nuestras relaciones y la existencia de nuestra niña. Verás que, al cabo, eso desembaraza de ábrosos nuestro campo, con tal de que no permitas que se reanuden las cadenas ya rotas. Es decir, que no te comprometas a seguir las exigencias que te hagan; ni las sugerencias, que suelen ser más peligrosas que las exigencias. Contesta a todo: "Lo pensaré detenidamente, y actuaré según mi conciencia". De no hacerlo así, nos perderemos.

los problemas y conflictos del plano anterior quedarán resueltos por sí mismos. Así, los obstáculos que detienen a un animal de tierra, no existen para un pájaro. Eso es lo que habría que hacer en nuestro caso, y eso es lo que haré yo por mi parte. A ese fin, he luchado encarnizadamente conmigo mismo, y he vencido para desterrar de mi ánimo todo movimiento de odio y de venganza contra ese señor. Simplemente, porque es justo y porque me lo dicta todo mi ser, me digo: “no le permitiré que intervenga en mis cosas; tratándose de nuestra niña, yo no tomo en cuenta sino a Hortensia. El supremo deber de ella es amar y servir a su hija, y el mío, amarlas y servirles a las dos”. Hasta donde sea posible y justo, yo me sacrificaré para evitarle más pesares a M. Pero nadie más que Hortensia influirá en mi para determinar hasta qué punto debo llegar en mi sacrificio. De acuerdo con esto, y al solo llegar a Tegucigalpa, le haré saber a R. que mi resolución definitiva es vivir libre, y que no volveré a su lado.

Ahora bien, madrecita, yo seguiré mi camino: cuando te llegue esta, ya me hallaré en Tegucigalpa, y me consagraré a obtener los medios para efectuar mi viaje a Montevideo. Consiento para dejarte reflexionar y para que llegues a un entendimiento con M. en retrasar mi viaje hasta fines de junio. Esa es la época más favorable para mi traslado, y en seis meses, tú habrás meditado detenida y serenamente, y determinarás si te unes conmigo. Te dejo en completa libertad de decidirte, seguro de que tu conciencia limpia y tu gran corazón te aconsejarán lo mejor. Solo te pido que me escribas constantemente en ese tiempo, y que me cumplas con toda lealtad en lo de no tratar nuestras cosas sino con tu hermanita. Cuento con ello, ¿verdad?

Reflexionando en mis fracasos, he visto que mi propaganda Vitalista me cierra todas las puertas, y me expone cada día más a contratiempo y a peligros y aun a peligros que acabarían por inhabilitarme para servirte a ti, a Helia y Albertina. Y entonces, con un dolor que solo Dios conoce y mide, me resuelvo a decir adiós a esa labor querida, y a limitarla a mis libros, cuando se pueda. ¡Qué cierto es que no se puede servir a dos señores!...

Además, mi adorada niña, yo me preparo cada vez mejor para lo que tú y mi destino me depare. Aquí he aprendido a dejar todo excitante; a no preocuparme nada de mi alimentación; a privarme de todo lo que no sea indispensable, a resistir el frío mucho más que antes, pues he logrado habituarme aquí, al mismo abrigo que usaba en San Salvador, siendo aquí muchísimo más frío; en fin, a caminar a pie de tres y medio a cuatro kilómetros diarios.

Todo eso, para no ser una carga para ti, si logramos verificar nuestra unión. Necesito adquirir toda capacidad de trabajar, para que mi vida a tu lado no sea una vergüenza.

En cuanto a la política, sino me lo exige imperiosamente nuestra situación, no volveré a intervenir en ninguna otra forma.

Hortensia querida, te ruego que te serenes, y que medites en paz lo que hemos de hacer. Ya te habrá llegado mi carta n°7 de ocho de este mes, y por ella y por esta de hoy aquilatarás mi estado de ánimo. Aunque sufriendo mucho, estoy sereno, soy dueño de mí, y me siento capaz de todas las pruebas; no tengo a nadie ni odio ni miedo, y mi voluntad y mi anhelo son volar muy alto, cada vez más alto y demostrarte que en verdad, yo soy digno de ti. Si antes no lo era, lo seré, desde ahora.

No interrumpas tus cartas; si las envías acá, mi hermana me las enviará certificadas. Tengo en ella toda confianza. Lo mismo que tú, yo necesitaba sentirme confortado, pues mi soledad era abrumadora. Ella me ha servido, mimado y comprendido como una madre.

Te llegarán estas letras comenzando el nuevo año. Que él te lleve a ti; a nuestra Helia, a Poulou, nuestra maravillosa hermanita, paz, salud y contentamiento. Y que te lleve también mis bendiciones, mi amor, más que nunca puro y acendrado. Porque yo te amo, Hortensia, con un amor que es mi fuerza y mi purificación.

Si en todo este año que comienza, tu no vienes a mí, yo encontraré un camino nuevo para mi vida, tal que te lleve la convicción profunda de que yo merecía ser más feliz.

Adiós, dulce mía, mi Hortensia querida y venerada. Besos a mi Helia, y abrazos fraternales a nuestra Poulon.

Alberto.

Que mis besos se unan con los tuyos en los labios de nuestra infortunada muchachita. Desterrada ya y perseguida, cuando apenas tiene dos años.... Pero tú velarás por ella siempre, siempre, ¿verdad? Y no la sacrificarás a nadie.

Son las 4 de la tarde, mi carta se irá hoy mismo.



Ayer te envié por correo aéreo una larga carta, dirigida a 156 av. Van Becelaere. Entre las cosas que debía tratar en ella, olvidé advertirte que no debes recibir a cuenta de tu pensión, un centavo que no provenga de lo que te corresponde o de lo que pertenece a tus hermanos. ¿De aquel hombre, nada, oyes? Si le aceptaras algo me cubrirías de infamia. Yo espero mejorar pronto de suerte, y para mientras, tienes algunas economías.

Ayer me sentí muy mal, a consecuencia de las impresiones de tu carta. Anoche no dormí un minuto, y pasé como en un infierno, ideando y repitiendo una carta abominable para ese hombre. La idea de que tú misma llegues a creer que no le contesto por cobardía, me enfurece y me pone fuera de mí. ¿Y cómo soportar que estés recibiendo cartas en que él me cubre de lodo a tus ojos?

Me levanté, pues, muy de mañana, y recibí esa carta, empapada en desprecio y en ira, rezumando execración y suficiente para provocar la venganza inmediata de ti. En verdad, Hortensia, yo siento anhelo de acabar esta vida, por cualquier medio. Son siete años de persecución, y cada vez nos separa más. Morir me sería tan grato... Nunca libres, nunca seremos, nunca dueños de nosotros mismos... Todos se interponen en nuestro camino, todos desgarran un jurón de nuestra vida y de nuestra paz...

Mi hermana me disuadió de enviar la tal carta, convenciéndome de que provocaría un enorme escándalo, que mi viaje sería obstaculizado, y que la víctima, serías tú. ¿Qué hacer? Aquí la tengo, y te mandaré una copia de ella, para que veas hasta qué punto mi amargura me arrastra a la crueldad y al odio. Yo la enviaré en otro correo.

Es un horror esta vida, Hortensia, y yo no puedo soportarla muchos meses así. Yo no puedo pintarte lo que es saber que me están difamando a tus ojos, robándome lo único que tengo en la vida que es tu amor y tu estimación.

Mi hermana me ha dicho: “No escribas una palabra hasta que estés lejos, hasta que salgas de C.A. Entonces no podrán alcanzarte ni estorbarte”. Yo nunca he permitido que nadie te injurie en mi presencia. ¿Serás tú capaz de soportar que te escribas hablando de mí, nuevas infamias?

El vapor en que me iré sale el 11 de enero; yo saldré de aquí el 10. Si tengo suerte, ya por abril iré navegando, lejos, muy lejos de estas tierras y estas gentes. Me iré al último rincón del mundo, y desapareceré. Solo tú sabrás mi paradero. Execra la vida, Hortensia. No es ni ha sido nunca más que una carnicería, una crueldad sin nombre. Tener hijos es una desgracia inmensa. Ya se sabe a qué viene: a que les despojen, a que les martiricen, a que los perviertan... ¡Qué desdicha!

Hortensia querida, yo quiero desprenderme de todo,irme a la soledad, hacerme campesino, trabajar con mis manos, y olvidar, olvidar... ¡Si vieras cómo desprecio y aborrezco este vivir civilizado... Qué peste, qué podredumbre! Y seguir viviendo yo así, yo que he comprendido y siento hasta en la médula esta perversidad y esta ignominia...

Ayer tarde, en las últimas horas del día, saque tus retratos, para contemplarlas. Me duele tanto verlos tan callados, tan tristes, tan lejanos... Como si fuera un espectro, un fantasma, como si nunca hubieras sido una realidad. Y ahora, quizá, por esas infamias, acaso me despreciarás y me olvidarás.

Sabe Hortensia que yo aborrezco a ese hombre; le execro, no le perdonaría jamás. Es un ser diabólico, funesto para mí. Hace años, más de diez años que me persigue, siempre en la sombra, como un traidor. Hierve en envidia, y como siempre salió humillado en sus luchas conmigo, me execra el también y me aplastara si se puede. ¿Y yo, he de vivir para el odio?...

En este año he sufrido lo indecible; me llovieron denuestos, calumnias, escorias. En ese país me detestas, me han destrozado, me han aniquilado. Ahora, apenas reposando, una nueva lucha con ese hombre, y otra vez la cólera arrebatándome y cegándome.

Solo tú me quedabas, Hortensia. ¿He de perderte a ti también?

Mi último fracaso aquí ha sido mi libro. Se rompió la máquina de la imprentita, y apenas quedamos impresas 48 páginas. Araujo, al venirme, me hizo aquí un vacío total, acusándome de comunista. Suerte fue que no me expulsaran.

Ahora quizá, las redes y arterias de este otro hombre me alcancen a Honduras. Porque es capaz de todo, estoy seguro. Hace mucho tiempo que me aborrece, y lo que no me perdonará nunca, es que tuvo que fingir ante Merceditas, para ser aceptado, que me estimaba y admiraba. Es fuerza que se vengue.

Hortensia querida, que los ángeles te acompañen. Y no recibas nada de él, ¿oyes? Nada por mí, por tu hija.

Escríbeme, te lo ruego; no dejes pasar una semana sin escribirme. Es lo único que puedes darme, pues quizá no te veré nunca...

¿Dejas que te bese y estreche en mis brazos, como antes?...

Adiós

Alberto.

El mismo día, a las 5 p.m.

Hortensia mía, rompí la carta esa de que te hablo atrás. Era indigna de mí, y me habría avergonzado más tarde de que la vieras. Mejor ser crucificado que descender a ciertas cosas. Acabo de ver tus retratos, y luego leí de nuevo tu carta, recibida ayer, tan dulce, tan maternal. Es una locura temer que me olvides. ¿Verdad, dulce, que siempre seré yo tu hijo?

Te atormento con mis furores y mis desahogos. ¿Pero qué haría yo sino depositara en tu corazón mis angustias y mis sobras? ¿Qué destino el mío, Hortensia! ¿Y qué pena tan grande haberte envuelto en él... Qué haremos ahora? ¿Habrá que renunciar a nuestro sueño de reunirnos? Solo tu decidirás; no todavía, más tarde, cuando te serenes. En ningún caso volvería yo a San Salvador. Necesito vivir libre, donde puedo ver cada día tus retratos y releer tus cartas. ¡Amor mío, que buena, que santa eres! No hay palabras que alcancen a ponderar tu luz. ¿Porque entonces, santos dolores amontonados sobre tu cabecita? Y porque, si yo te comprendo y te admiro, y soy tu martirio, no tengo valor para entrar de una vez en una vía luminosa, de paciencia, de perdón, de santidad.

Ora por mí siempre que ores, arcángel mío. Yo no sé si por fin hay un Dios y una justicia. Pero creo en ti, y en tus oraciones.

Envió ese retrato a Ponlon. Yo conservo el otro dile que se recree contemplando esa dulzura, esa ingenuidad de mi muchachita.

Pasado mañana es pascua, resurrección, y estarás triste, solita. Pero yo pensaré en ti intensamente, con pensamiento de paz, de amor, de concordia, y mis pensamientos llegará a envolverte y acariciarte como una aureola. Dime si los sientes, y si te han confortado.

Con tus manecitas en mis labios, te bendigo, criatura mía, y te abrigo, con nuestro pajarito, en el santuario de mi corazón.

Para siempre tuyo, en todas mis vidas.

Alberto.



Nº10

Guatemala, lunes 28 de diciembre de 1931

Querida Hortensia,

En nombre de nuestra Helia que cumple hoy dos años, te hago promesa solemne, de nunca más atormentarte con mis tristezas y enojos, cualesquiera que sea la causa de ellos, y sean justos o injustos.

Dirás que muchas veces te prometí lo mismo, y que no cumplí nunca. Es verdad: soy débil, y me acostumbre a ser contigo como un niño consentido y egoísta es con su madre. Pero esta vez será de veras, pues al fin veo claro en mi vida, y esa claridad me impele a realizar lo único que está a mi alcance: no seguir causando dolor.

Te escribo esto a propósito de mis últimas cartas referentes a N, en las cuales amontone amargura sin advertir que, al cabo, tu serías la victima de esos conflictos. Haz de caso, Hortensia, que no te dije nada, y orienta sus relaciones con él y con todos, como si nada hubiera pasado, y siguiendo enteramente lo que tu razón y tu corazón te pidan.

Esto no significa que le juzgue a él inocente, y que me arrastre una veleidad de perdón; no, absolutamente. Lo que significa es que, por fin, me siento en la culminación de mi propósito, acariciado y trabajado desde que te ausentaste, de renunciar a todo. Si, hermanita mía, siento, estoy seguro de que llegué, por fin, a esta meta suprema de mi vida, de no pedir nada para mí; de renunciar a todo deseo egoísta y personal; de no exigirle nada a la vida ni a la ventura de los demás.

Mis últimas cartas, rebosantes de ira y de odio, fueron la llamarada última y excesiva de un fuego que se extingue. Ahora estoy en paz, y entro, por fin ¡A una vida nueva! A un plano más alto, donde si todavía no hay amor para mis enemigos, si hay por lo menos, respeto u olvido. Y en abundancia plena, esa resolución de renuncia, que me hará colocarme serenamente en último lugar, para que los demás me dejen, si quieren, las migas de la vida, o nada. Y esto, no ya con dolor, sino con gozo.

Y tú, sobre todo, madrecita, ya no te inquietes ni te atormentes por mí. Harto has padecido por mi causa en siete años de continuo calvario, y ya no cabe más hiel en tu cáliz. Subordina todo los demás a ese objetivo, y que tus ojos siempre claros, encuentren la senda mejor.

Te ruego encarecidamente quemar esas dos o tres cartas anteriores, y cualesquiera otras más en que hubiese palabras de odio contra nadie.

Quisiera que acostumbres a Helia, poco a poco, a comer miel de abejas, de la más pura, en vez de azúcar artificial. Este es un producto sucio y

dañino, mientras que la miel de abejas es un milagro de limpieza, de salud y de energía. Esa miel y el pan de trigo entero, son, con ciertos frutos, los alimentos que podemos llamar excelsos. Es un deleite pensar que nuestra criaturita no ensuciara su sangre con inmundicias.

El 24 de éste por la noche _Navidad_ puse tu retrato (aquel en que estas con Mechecitas), en la mesita de noche, apoyado en un trozo de alabastro, que me sirve de pisa-papel. Al pie, y como un incensario, le coloque una rosa roja. Eran las nueve de la noche, y acariciada por tus ojos, me dormí profundamente, hasta las cinco de la mañana, que desperté cantando. Todo el día canté y silbe, como un pájaro. Ahí van esos pétalos de la rosa, testigos de tu milagro.

Te ruego con encarecimiento, que siempre que me hables de la niña, lo hagas en un papel aparte, a fin de poder quemarlo, si fuere necesario. Por lo menos, hazlo así durante todo el tiempo que lo juzgues prudente.

Nada ha cambiado en mi proyecto de ir a Honduras, y entrar al servicio del Gobierno, a fin de obtener algunos recursos y un pasaje a Sur América. Cuando reciba esta, ya estaré en Tegucigalpa. Escríbeme a Posta Restante, mientras te indico otra dirección. Me siento bien de salud, y espero llegar sin quebrantes.

Mis relaciones con el nuevo Gobierno de El Salvador, están en buen pie. Muchos amigos me incitan a regresar, y a todos les he contestado que regresaré, en marzo o en abril. Así se gana tiempo, y acaban de olvidarme, que es lo que deseo.

El 24 de este, por correo ordinario, te envié mi carta n°9, y el 26, un paquetito con recortes, a tu nueva dirección. Todavía te escribiré de aquí, en vísperas de mi viaje.

¿Cómo habría pasado este día nuestra perlita? ¿La has besado mucho y le has cantado cancioncitas de nuestra tierra? ¿Pasaron el día con Poulon y con la abuelita? Quiera Dios que no hayas recibido hoy mi carta del ocho de este mes, tan saturada de ira, de venganza y de soberbia, pues te habré dado así un día espantoso, en el propio aniversario de la estrellita. Nunca más sucederá, mi santita; desde ahora, yo no tendré para ti más que palabras buenas y amantes.

Adiós, mi compañera única, mi luz y mi bálsamo. Te bendigo, y a nuestra Helia, con la voz y el pensamiento más puros de mi ser. Que el destino sea clemente para mi gorrioncita y para mi Alondra.

Alberto

Me harás un gran bien, si me envías una copia, de tu letra, de las dos

primeras páginas de esta carta.



Puerto Cortez, 17 de enero de 1932

Querida Hermana,

Un abrazo grande para ti, para Miranda, y muchos recuerdos cariñosos para los demás queridos parientes. Los estoy recordando a todos con verdadero afecto.

El joven que te lleva esta, Don Evelio Estrada, te contará del espléndido recibimiento que me han hecho aquí, autoridades y particulares. Entre todos, este joven me ha servido con una consagración extraordinaria. Ya te contaré en detalle al llegar a San Pedro Sula y para donde parto dentro de una hora. En este momento son las cinco y media de la mañana.

Aquí di dos conferencias que me produjeron cincuenta y tres dólares, libres; además, me pagaron mis gastos de hotel, en el mejor de la ciudad.

De San Pedro tengo ya seguridad de que daré conferencias con algún provecho. El Gobierno dio orden a todas las autoridades para que me atendieran; así es que me recibe como un obispo. El Ministro de Instrucción Pública me ha ofrecido ayuda suficiente para que recorra toda la Costa Norte, en Cuenta Utila. Me saldré pues con mi capricho.

En verdad esta gente es de lo más paternal que puede uno imaginarse. Yo me sentiría dichoso enteramente, si tuviera a mi lado a Jorgito, cuyos fucilaciones y demás gracias me hacen mucha falta.

Querida Toña, mi horizonte se aclara, y creo que realizaremos, probablemente, más tus sueños de vagar un poco fuera de Guatemala Feliz.

Te agradeceré que trates cariñosamente a mi presentado.

Si han llegado cartas de Europa, cámbiamelas certificados a San Pedro Sula. Las demás, sin certificar.

Te ruego esforzarte para negociar los libros de Zúñiga Idiáquez, pues sé que ha perdido su empleo y sufre dificultades.

Adiós, no me olviden. Yo no olvidaré que estuve a tu lado cuatro meses, en completa paz, rodeado de cariño, de mimos, de cuanta dulzura podía desear. Algún día te explicaré cuanto bien me hicieron ustedes.

Bueno, adiós y gritemos con entusiasmo; que viva mi compadre Jorge, y que muera ese chapo de Miranda.

Abrazos.

Oscar P. Paredes- Presidente.
Moisés Herrera- Secretario.

San Pedro.



Nº11

De San Pedro Sula, Honduras, 25 de enero de 1932

Hortensia querida,

Estoy aquí, bien, más esperanzado que antes en que se acerca el día de nuestra unión. Tengo buena salud, me han tratado muy bien, y espero que al llegar a Tegucigalpa me darán trabajo inmediatamente.

Me vine de Guatemala el 14 de este, apenas con unos setenta y tres dólares; suma escasa para llegar a Tegucigalpa. Pero al llegar a Puerto Cortés vi que se podía dar una conferencia. Me ayudaron las gentes, di dos, y aunque el lugar es pequeño, me produjeron unos cincuenta y tres dólares. A los cuatro días me vine, y aquí he dado otras dos, con un producto de ochenta dólares. Ya ves que estoy rico; y aunque aquí todo es bastante caro, siempre quedará unos sesenta dólares una vez llegado a Tegucigalpa.

Esta gente, hondureña es la más franca, generosa y fraternal que puedes imaginarte. A mí me tratan con gran cariño y me agasajaron a porfía. El Presidente de la Republica ha ordenado a todos los comandantes y Gobernadores, que me atiendan y ayuden. Me han concedido franquicia telegráfica; me han puesto un automóvil a mi orden. En fin, mil atenciones y finezas. Piensa, querida mía, lo que esto significa después de cuatro meses en Guatemala, donde, por miedo de desagradar al Mandarín, no hubo un amigo, de tantos que tenía, que se atreviera a visitarme. Ya estaba enfermo de cuerpo y de ánimo, y fue una suerte escapar de aquella prisión. Lo único que me aliviaba fue el gran cariño de Teresita y su marido, que me tratan con exquisita consideración.

Dentro de una semana iré a La Ceiba, daré ahí una conferencia, y me vendré en seguida para Tegucigalpa, donde ya me espera y me preparan muchos agasajos.

En El Salvador todo anda confuso y trastornado. La crisis se agudiza:

acaban de rebajar los sueldos y pensiones en un 30/00; de manera que la mía se redujo a doscientos diez colones. Felizmente yo puedo ganar aquí, y no me veré obligado a cercenarle su pensión a Albertina, ni los treinta colones que le doy a mi mamá, y que hoy más que nunca necesita. A R. Le quedará ciento cinco, deducidos los gastos de cobro.

Según la práctica que voy adquiriendo, espero realizar mi viaje, aunque solo fuera con el producto de mis conferencias. Sin embargo, no desisto de mi plan anterior, y que es obtener del Gobierno un pasaje hasta Montevideo. Así, mi mulhathita, solo de ti dependerá que en junio o julio nos encontremos. Con ansia estoy aguardando tus cartas, a ver qué me dices. Yo te escribí la última vez el 28 de diciembre, día de nuestra chiquitina, y tengo presente cuanto te prometí.

De ti no he recibido ninguna después de la n°17 fecha 30 de noviembre. ¡Con tal que tu ánimo se haya serenado, y hayas recobrado la esperanza!...

¿Recibió Valeria mi carta? ¿Recibiste tu un paquete de recortes, que te envié el 19 de noviembre, y un ejemplar de Virgilio, enviado el 30 de diciembre? Ahora esta semana te remitiré algunos periódicos, para que juzgues como me han tratado aquí.

Hortensia, mi Hortensia, a pesar de todos los contratiempos y obstáculos, yo me siento unido a ti como en nuestros días mas amantes; toda mi vida, mis esfuerzos para ser mejor, los refiero a ti; se me hace fácil prescindir de todo, pensando que lo hago en tu nombre: pensando en ti he logrado por fin, no sin trabajo inmenso, hacerme económico, paciente, y un tanto humilde. Un tanto nada más, pero voy en camino. Mi lectura más frecuente es el Budha, cuyo nombre uno estrecha y constantemente al tuyo. Me figuro que, siéndole fiel a ese maestro, tu no me olvidarás y que algún día te veré.

¿Está bien el pajarito? ¿Comenzaste a darle ya la miel de abejas? ¿Y tú, mi pobrecita, no te has debilitado a causa de haber dejado la carne? Hay que recordar que al principio ocasiona trastornos, y uno se siente deprimido y débil. Heroína mía, tú eres capaz de toda hazaña, tú vas hacia el sol con las alas tendidas, y mi satisfacción es que yo te sigo, aunque sea de lejos.

Termino, para no perder este correo, y porque espero dentro de minutos, visitas que me han dado cita. El próximo correo te llevará otra. Que mis besos y mis abrazos te hablen lo que callo; que oigas mi voz, que te dice: yo soy, tu Alberto, tu Alberto aquí y en todas las vidas.

¡Adiós, Hortensia!...



San Pedro, 2 de febrero de 1932

Querida Teresita:

Hoy recibí por fin las cartas que me enviaste con Dn. Evelio Estrada. Mi mayor impresión es de pesar, a causa de las molestias y daños que les habrá ocasionado el enojo del Gobierno que provoqué con mi reportaje. Ya ví el furibundo artículo que me dedican en el “Liberal Progresista”.

Pero, querida hermana, en este caso es exacto que lo mejor es lo que sucede. Si ustedes, tú principalmente, no salen de ahí, acabarán por acomodarse a ese ambiente irrespirable, lo cual sería una verdadera desgracia. Vivir es una cosa, y pudrirse es otra. Ustedes dos, sin hijos, sin vanidades, sin vicios, y hechos al trabajo, hallarán en cualquier parte un modesto pan sazonado de libertad. Y desde luego, creo que lo hallarían aquí, pues estas gentes tienen el corazón en la mano. En esta ciudad hay una gran cordialidad; la gente vive consagrada al trabajo; la vida es sencilla, y las horas de descanso son realmente gratas. Si se deciden a venirse acá, estoy cierto que acabarán por arreglarse, aunque hallen al principio las dificultades que a todos nos impone la crisis. Demás está decir, hermana, que toda la influencia que ya puede tener, se ejercitará en favor de ustedes.

Ya sabrán de la matanza de campesinos, habida en El Salvador, con inmenso regocijo, naturalmente, de curas, banqueros, terratenientes y todos esos gremios subordinados a los capitalistas, que siguen a estos como los chacales a los tigres. Es algo horrendo, y que despierta el deseo de no volver nunca a ese país. Lo que soy yo, me considero con esto desterrado para mucho tiempo, quizá para siempre. No me haría ninguna gracia estar allí, de mudo espectador, ante las represalias y la insolencia de los asesinos. Día por día, desde que se inició la crisis, les anuncié lo que iba a suceder, y lo que esos egoístas, podridos en plata, no quisieron hacer por razón y justicia, tendrán que hacerlo ahora_ ya comienza_ por miedo. Solo el miedo convence a los cobardes y a los mezquinos.

A propósito, no pienses en hacer circular ahí aquel librito que me estaban haciendo, pues eso te ocasionaría grandes disgustos; cuando esté concluido, avísame para ver lo que más convenga.

Te quiero presentar, con el ruego de que cultives sus relaciones, a Graciela Bogran, de esta ciudad, gentil persona y excelente amiga mía. Graciela es una mujer de clara inteligencia y de límpido corazón, y estoy seguro que

hallarás en su amistad, muchos motivos de contentamiento, y ella en ti, energía, valor, experiencia y luces. Recibirás de ella algunos ejemplares de su revista *Alma Latina*, que comenzó hace poco a publicar. Aunque apenas hace un año que escribe, ya muestra una pluma intencionada y vigorosa, y promete ser una escritora de verdad. Esta mi amiga está organizando una venta de librería, y ha tenido la fineza de hacerse cargo de vender los míos, sin cobrar comisión alguna. Así, pues, te ruego que la remitas a su nombre, cien ejemplares de *Helios*. Los avisos de su revista, facilitará la venta. Dime lo que sea el costo del correo, para remitírtelo.

A mí, te agradeceré que me envíes, con dirección a Graciela, para más seguridad, un ejemplar del *Mínimum Vital*; tres de la vida de Jesús, y uno de *Religión Universal* Este último, para reproducirlo íntegro en “*Alma Latina*”.

Estoy esperando carta de Hortensia, según me anuncia Valeria, su amiga. Cualquier cosa que se decida, es un hecho que yo me quedo aquí algunos meses, y talvez todo el año, y que no regreso a El Salvador. Dentro de seis días salgo en gira para Tela y La Ceiba, y al regresar, seguiré para Tegucigalpa. Ya te contaré de todo.

Abrazo con gran cariño a Cándida y demás sobrinos y hermanos. Dile a Miranda que sus libros, los de autores europeos y suramericanos, se venderá bien aquí, si se vienen, que no se sulfure, que no se exaspere. Vendrá para él y para ti días mejores.

Mis dos manos

Toda correspondencia envíamela en sobre certificado, a nombre de Señorita Graciela Bogran. Al irme para Tegucigalpa, cambiaremos de dirección.

Alberto

Te alegrará saber que los agasajos y atenciones de todo género, han continuado para mí. Me tratan como a un antiguo amigo que regresó de un largo viaje. Una cosa inesperada y gratísima. He dado aquí cuatro conferencias, muy aplaudidas; dos libres, y dos remuneradas.

Dato que te interesa: San Pedro es una ciudad profusamente arbolada, con muchos pájaros y muchas flores.

Bueno, querida Tere, recibe con esta mi cariño grande, y mi anhelo de verte aquí pronto.

Albert



San Pedro, 11 de marzo de 1932

Querida Tere, cuatro palabras a mi regreso de La Ceiba y de Tela, de donde llegué anteayer, después de una gira de veintisiete días. Bien de salud, colmado de cariño por todos, y deseoso de quedarme aquí donde hay fervor, libertad y cordialidad.

No sé si será posible quedarme. En todo caso, haré cuanto pueda para no irme antes de que vengas. Esfuérzate para que sea pronto, pues estoy seguro de que este viaje te será grato y provechoso. Creo que tu lugar está aquí. Por lo menos, una estadía de unos tres meses te restaurará el ánimo.

En Tela encontré amigos excelentes de Juanita, que me hicieron muy gratas las horas a causa de ella. Es increíble cómo quieren allí a Juanitoña...

Ayer te envié por telégrafo la autorización para recoger el certificado. Me complace mucho que hayas escrito a Graciela. Ya verás que suave y comprensiva es, y cómo sabe aliviar a los tristes.

Esta mañana te pedí por telégrafo tres colecciones de orientación. Puedes recortarles cuanto no sea indispensable, si lo crees necesario, a fin de que salga muy caro el transporte. Una es para Graciela; otra para Lupe María Montés, de Tela; otra, para Gregoria Isabel López, de la Ceiba. Caerán muy bien, estoy seguro. Vino Helios; mil gracias.

Anhelo ver ejemplares del librito que me estás haciendo. Con unos veinticinco ejemplares tengo suficientes. Los demás, acuérdate que hay que pensar con distribución.

Mis primos se han pasado a vivir en la misma casa en que yo vivo, en una pensión barata y de gente muy cariñosa. Chocean al decirles que vienes. Y yo, pues casi lo mismo, porque deseo verte aquí, descansando, y dándonos un atracón de habladera, en lo cual ya soy maestro.

Háblame de Miranda y de todos los parientes, y háblales de mí con gran cariño. Estoy especialmente enamorado de Juanitoña, a causa de sus gracias, que otros celebran, y que yo, un imbécil irremediable, no advertí a tiempo. Bueno, querida Tere, ya sabes que te has de venir cuanto antes, y que yo te espero.



13 de mayo de 1932

Querida Tere,

Acabo de escribirte, anteayer, y confirmo todo lo que te decía en esa carta.

Esta va solo para suplicarte que me envíes la vida de Mahoma, que dejé allá (en francés) y para rogarte que me obsequies los números que tengas del “Repertorio Americano”. Es el caso que la Directora de “Alma Latina” me ha confiado una sección de bibliografía, variedades y comentarios, y no tengo aquí nada para sacar material. Como se trata de ganarme unos veinticinco dólares al mes, tengo urgencia de procurarme ese material.

Si aún tienes franquicia, mejor. Si no, dime todo lo que te debo de transporte.

No olviden, tú y Miranda, que yo anhelo dejarlos instalados aquí, antes de irme, si no pudiera quedarme.

Envíame copia de aquellos versos dedicados a Julita Van Leverí. Dámele a Carlota seis abrazos bien dados.

Adiós

Alberto

Si tienes ejemplares sobrantes de Patria, o recortes de la misma, envíamelos, que me servirán de mucho.



31 de marzo de 1932

Querida Tere,

Va la autorización por escrito, junto con una carta muy atenta al Director de Correos de Guatemala, remitida hoy mismo.

Yo no estaba aquí, y por eso retardé tanto mi respuesta. Además, me siento sumamente cansado de tanta conferencia y plática.

¿Cómo sigues? ¿Hay esperanza de que vengas a pasear, como pensabas? ¿Cuándo sería?

Yo todavía no sé de mi paradero. Quería quedarme aquí en San Pedro, lugar tranquilo y apartado, más no veo todavía como ganarme el pan.

Graciela recibió “Helios”. Yo, “La Religión Universal” y la “Vida de

Mahoma” Gracias. Ahora te agradecería que me obsequiaras unos diez ejemplares del “Dinero Maldito”, y unos tres del *Mínimum Vital*. También, aunque sea sin encuadernar, dos ejemplares de *Una vida en el cine*.

Cuéntame largamente de su vida, de sus proyectos, de sus sueños, abrazos efusivos.

Alberto



San Pedro Sula, Honduras, 1 de mayo de 1932

Mi santa mulhathita,

Anteayer, después de dos meses y medio de gestiones empeñosas de Teresita y mías, me vino por fin tu carta del 15 de enero, certificada, y retenida en Guatemala. Ya casi no tenía esperanza de recobrarla. Adivinaba lo que me dirías y mi ánimo me incitaba a renunciar a todo, a olvidarlo todo, y a que desapareciera de mi memoria, incluso tu nombre, este diluvio de amarguras que viene ahogándonos hace ya tanto tiempo.

En realidad, desde que vine a este país, mi afán ha sido olvidar no pensar en nada. Quizá tendrás ya alguna noticia de las matanzas de El Salvador: de ocho a diez mil campesinos asesinados, bajo el pretexto de comunistas y sacrificados al odio y a la codicia de los ricos. ¡Lo que esto ha sido para mí! ¡Lo que todavía es!...

Ahora los ricos y los curas y aquel grupo de negroides que siempre me aborrecieron, me achacan que yo soy el responsable de todo... No tengo valor de relatarte y explicarte estas cosas. Estoy enfermo de los nervios, con una sobreexcitación extraordinaria, sin sueño, sin hambre, y con horror invencible a pensar.

Así, mi madrecita celeste solo te escribo ahora para decirte; que recibí tu carta, esa carta donde una vez más, y ahora de manera irrevocable quizá, la voluntad de aquel hombre, decide de nuestro destino. Con los medios que está empleando es todopoderoso. Es un hombre demoníaco, capaz de hacerse pasar y de sentirse él mismo, como un héroe y un santo. Hay en él mucho de loco, heredado de su padre, que era un verdadero monomaniaco. Yo le conocía hace tiempo, sabía de manera completamente innoble se deshizo de su mujer, dentro de la ley, por supuesto. Si le conocía bien; sin embargo, nunca se me ocurrió que pudiera tomar como instrumento a la

pobre Mechecitas, esa criatura tan alta, y a quien nosotros dos debemos tanto, que no puede ni encarecerse...

¿Ahora qué haremos? Lo que tú dices: esperar a que nuestro ánimo se acelere, a que la conciencia nos diga su palabra más firme. Yo no sabría pensar en otros momentos sino cosas iracundas y absurdas. Tú, Hortensia, has ascendido; eres ya una santa, una verdadera luz. El dolor más grande se te hace motivo de cristal y de vuelo: abandonaste enteramente la carne: entras en la disciplina del silencio, tan difícil, y pides consejo e inspiraciones a ese corazón celeste de Mahatma Gandhi. Desde ahora Hortensia yo sé que no te detendrás y que tus alas se abren y se elevan cada día. Venga lo que venga, tu irás al arco iris.

Pero yo, madrecita, me he detenido, y hasta retrocedo quizá. Siento un gran desprecio por muchos hombres; les exterminaría si pudiera y fuera razonable y bueno para la justicia. Y lo peor es que no me siento como antes, igual que ellos no: los siento viles, cenagosos, y yo no quiero ya reconocer que soy como ellos. Yo soy mejor, hasta en el mal. Quizá sería capaz de hechos monstruosos, como un verdadero demonio. Pero no soy tan ruin, tan vil, tan sórdido y mezquino como ellos.

Imagínate, esa burguesía salvadoreña, esos de quienes es ahora servidor y admirador aquel hombre; imagínate esos militares, ese clero, esos estudiantes, esos estudiantes o negando a ocho mil desdichados, a quienes enloquecía el hambre después de año y medio de hambre. ¿Y sabes cuantos parecieron de los defensores del orden? ¡Veinticinco!

Mis amigas y amigos me escriben cartas atemorizadas. No me habla de nada concreto, ni siquiera alude a las matanzas; ¡Solo reflejan un espanto mudo, que tiembla a la idea de que una palabra les acuse!...

Ahora, imagínate los deseos feroces que siento yo de coger mi pluma, y pulverizarlos, deshonorarlos, hacerles execrables a la horda de vampiros, y asesinos que nos han ahogado en sangre y temor... ¿Quién sino yo? Y, sin embargo, me callo, porque no le quito el pan a mi mujer, a mi madre y a Albertina.

Este cáliz, Hortensia, es más amargo que ninguno. Tú estás con tu niña, con tu Helia, contigo que eres la misma luz... Yo estoy solo, envilecido, impotente, deshonrado...

Querida niña, en este instante viene a pedirme ayuda una infeliz mujer a quien su marido, trabajador honrado se le ha vuelto loco furioso desde hace seis días. Yo vi uno hace como año y medio. Algo que está más allá del honor, de las tinieblas. ¡Ya ves... Nuestros dolores, qué miseria, en comparación de la masa de dolor que es la vida!...

Así es que estas, con Pulon, con la Abuelita Decordes, con tu Helia. ¡Juntas soñando, trabajando y cantando! ¡Y tú, mi mulhathita, horrorizada, a Madame Decordes, porque te niegas a tomar caldo!... ¡Será posible que yo no esté alguna vez a tu lado, junto a ustedes, en uno de aquellos bosques donde ustedes se esconden de los hombres y donde Helia abrirá ojos inmensos viendo los hilitos relucientes de algún escarabajo!...

Esta ciudad donde vivo es de clima ardiente, apartadisima, en la Costa Norte, como yendo a refugiarse en el mar. Lo más apartado de El Salvador, sin contacto casi con aquellas gentes. En una ciudad de veinte mil habitantes, de intenso comercio, donde yo semejo un pollo mojado. Con mis conferencias, tristemente remuneradas, he vivido ya tres meses y medio, y me sobra para unas ocho semanas más.

El clima es muy bueno para mí, a causa del calor, que me evita de reumatismo. Me acogieron magníficamente, y me hicieron olvidar a fuerza de finezas las infancias de Arturo Araujo y las bellaquerías del Presidente Ubico. Hay gran libertad en este país, mucha sinceridad en el trato de las gentes, y sencillez en el decir y en el pensar. Se parece un poco a Estados Unidos, casi más que al resto de Honduras.

Ahora, que ya se de ti, que vuelve mi luz a brillar, me orientaré de nuevo, y arreglaré mi vida. De Costa Rica me llaman con todo cariño y estoy cierto de que me darían trabajo al llegar. Pero no quiero alejarme tanto antes de saber de ti con más detalle y más recientes determinaciones. Además, mi mamá, ya tan anciana, alimenta la idea de que yo volveré, y que me verá una vez más antes de morir...

¿Mi Hortensia, hay algo invisible que nos vincula y nos conduce? En tu carta de 15 de enero me hablas de tus esfuerzos para entrar en la orden del silencio. Hace tres meses de esto. Yo, pienso vagamente en ello desde hace mucho tiempo. Nada serio. Pero hace unos veinte días comencé a pensar con intensidad sobre este asunto. Uno de estos días comprendí, vi cuánto mal ha causado por no saber contener mi lengua. Estoy seguro de que los daños más grandes fueron debidos a la fascinación de mi palabra. María la madre de Albertina, fue víctima de este don fatal.

Pues bien, mi santa criatura la llegada de tu carta me determinó a entrar resueltamente en el camino del silencio. Hice inmediatamente un voto irrevocable, y en ello estoy. Camino largo y tan lejano a mí, pero lo sigo ya, y algo he de ganar. Otra cosa: tu carta me hizo sentir que te perdía; que te separabas de mí ya para siempre, y experimente la necesidad de consagrar en mi vida íntima, de santificar ese dolor... Jamás he logrado pasarme sin corbata; es una prenda de esas que me son propias y en las cuales gaste siempre bastante para obtenerlos a mi gusto. No concebí no llevarlas

siempre de muy buena clase y buen gusto.

Pues inmediatamente que leí tu carta, fue a comprar unos simples y humildes cordoncitos de seda, regale las corbatas, y las abandoné para no recobrarlas mientras no llegue el día de vivir a tu lado.

Qué mínimos y casi vivibles mis esfuerzos para seguirte, ¿verdad? Pero anhelo seguirte en lo mínimo, ya que no sea capaz en lo mucho...

Mi mulhathita, esta carta sin hilación no era más que urgencia de decirte: aquí estoy, como siempre y para siempre devoto de tu espíritu y enamorado de tu alma. Ahora, cada semana religiosamente, recibirás tu cartita, y te iré contando mis cosas en orden, y sentirás de nuevo mis anhelos y mis pensamientos. De todo te hablaré mi Hortensia celeste y el hilo de nuestras vidas se hará más vivo y consistente y luminoso. Como tú dices, cada vez más vivirás en mí, y yo en ti, y acaso, en compensación de tantas espinas, se me concederá que un día oiga tu voz y me alumbren tus ojos.

Envíame luego una palabra, mi santa compañera, y dime que eres tú, que soy yo; que nadie prevalecerá contra nosotros. Cuando hable tu espíritu, cuando yo oiga hablar la mejor palabra de mi voz interior, hacemos nuestro deber, tan alto o doloroso como sea preciso.

Yo también, Hortensia como tú, siento anhelo creciente de vivir en la verdad, tengo hambre y sed de verdad, y quizá llegue un día en que la escoria de toda mentira sea consumida en mi corazón...

Entre tanto, yo te amo, yo no quiero amar sino a ti, en la más profunda verdad de mi amor.

Adiós madrecita querida. Dale mil besos a nuestra nenita, dulces palabras a Valeria, y mi pésame cordialísimo a Madame Decordes, por el sacrilegio de no comer carne. ¡Qué anciana tan simpática!... Qué grato sería vivir junto a ella unas semanas, y oyendo hablar a Valeria...

Adiós, Hortensia, y digamos una vez más: “En esta y en todas las vidas...”

Alberto

Mi carta anterior fue enviada de aquí de San Pedro, el 11 de enero. Dirige mis cartas a mi nombre, así: A... M... San Pedro Sula, Honduras, Centro América.



Queridas hijitas, benditas mil veces:

No puedo escribirles sino dos palabras, porque estoy aún sumamente excitado. Lejos de resentirme con M., la bendigo y recuerdo que siempre ha sido para mí un ángel guardián. Me duele inmensamente el corazón, y me llena de vergüenza, que por mi causa sufran ustedes tantas villanías ¡Qué destino!

Pero la medida se colmó, y lo que ahora se me hace difícil, es volver a esa cadena que antes nunca me atrevía a romper. Les doy mi palabra de hombre, mi palabra de hombre nuevo, que no habrá disputa ninguna provocada por mí, ni aceptado por mi nada, absolutamente nada hará que entable discusión sobre estas cosas.

De todos los demás, haré lo que me dicen, y como ustedes dicen. No puedo decirles, sino que las estimo y las quiero como a mis joyas, como a mis perlas milagrosas. Y que, por ustedes, todo sufrimiento es bueno de sufrirlo.

Adiós, con mi ternura inmensa

Abrazos cariñosos de todos los míos.



Mi pobrecita,

No ha salido todavía el sol, pero me he levantado ansioso de mostrarte mi corazón, llagado de tristeza y de vergüenza.

Soy y me confieso absolutamente culpable de lo que sucede. Yo lo sabía desde hace tiempo, y me dije mil y mil veces, que no debía avivar el fuego, y que debía mantenerme en un plano meramente espiritual, porque le faltaba a nuestra unión caracteres y posibilidades esenciales para ser normal.

Y sabía también que de no obedecer a esa voz que me ordenaba apartarme, la víctima serías tú, solo tú. ¿Por qué no obedecí? Porque jamás he sabido obedecer; porque jamás tuve voluntad. No tuve valor, y tras de luchas muy largas y dolorosas, consentí con que el azar se me impusiera. Ahora, tú eres una mártir, y yo he causado y causó tu martirio.

Aun peor: En ese último año que estuve ausente, dissipé de la manera más vil y estúpida, las energías de años, de años. He sido un loco perverso, que arroja a los puercos todas sus perlas, y se atreve aún a desear la perla única, que solo mereciera un héroe o un santo.

Ha de llegar un día en que conozcas mi vida íntima en toda su fealdad y tristeza, y verás ¡qué indigno era yo de ti, y qué perfecta conciencia tenía de mi indignidad! Y, sin embargo, te sacrificué, porque te amaba mucho. Pero si te hubiera amado más, me habría alejado de ti.

La vergüenza de confesarme esto a mí mismo y a ti, me arrastro a culpar a los demás, y a mostrarme ofendido y oprimido, cuando en verdad, era yo el ofensor y el opresor.

Hijita, ya no quisiera en mi vida abusar de las palabras. Solo quiero decirte que me siento resuelto a expiar, ya que compensar es imposible, y que haré lo que tú quieras, incluso desterrarme y cambiar totalmente mi vida; incluso desaparecer y oscurecer en el silencio mi nombre. Si hay algo que hacer para lavarme, lo haré. Me siento inundado de oprobio y de vergüenza, de náuseas de mí mismo. Cualquier esfuerzo para librarme de este sentimiento de asco, sería hacedero y grato.

¿He de volver a verte? ¿No es mejor que ya no te vea? Reflexiona, hijita, antes de contestarme. Ora primero, para que el cielo te ilumine, y después contéstame. J. llegará a las cinco y media por si tienes una palabra que enviarme.

Cosa increíble, dormí anoche perfectamente. Quizá porque ya estaba en la verdad; porque hasta el lodo es pacificador y liberador cuando uno sabe que el lodo procede de sí mismo y tiene el valor de decírselo.

La salida del sol, una maravilla de claridad y de blancura: un marco para tú ser milagroso, y un amargo reproche para mi vida tan manchada ¿Qué hacer? He leído esta carta cuatro veces antes de cerrarla. Sé que este es el instante decisivo de mi vida. Y que algo profundo y grave se avecina. Si viene de tus manos, que venga lo que sea, será para mi bien.



Nº8

pregunto, sin llegar a explicármelo ¿A qué grado de intimidad llegaste con él para que te escriba diciéndote “Hortensia mía”, y te hable de “Besarte y abrazarte con toda su ternura”; una verdadera carta de novios de las que solo autoriza un amor recíproco, o una enorme falta de respeto, que no sé cómo se puede tolerar?

Qué dicha hubiera sido para mí ignorar esa carta, y vivir en la seguridad de que, según me lo decías en tu despedida, ya no eras misma ingenua a quien los demás podían influenciar y dominar.

No he tenido valor de llamarte yo, ahora “Hortensia mía”, puesto que otros pueden con tu consentimiento llamarte así.

¡Qué dolor hijita!

Te escribo aparte estas palabras, para que las puedas quemar

Life is pain...



Estimada Hortensia,

Vea si le agrada esa novela, que es de mis libros favoritos. Yo respondo de que ningún daño encierra, y si muchas cosas excelentes. Téngala todo el tiempo necesario, para que la lea tranquilamente.

Su afectísimo

AM.



Hijita de mi alma, inmensamente apesarado de haberte hecho sufrir con mi carta tan cruel. Pero ese es tu destino, de que yo te martirice siempre. Con esa carta me alivié mucho, y anoche dormí largamente. Y hoy te veré, mi lucero sin mancha, mi amatista divina.

Quedo ansioso de ver, ya dentro de media hora, tus letras adorables; que venga en cada una, una caricia de tu boca, y un aprecio de tus manecitas.

No te escribo más, por no fatigarme, no iré hoy al trabajo, para descansar. Hasta luego, mi amada criatura, mi rosa de Lahor.

Más que nunca adorándote.



Srita. Hortensia Madris
3. Avenue de la Sapiniere
Uecle 3
Bruxelles Belgique

Señorita
Hortensia Madiz
156, Av. Van Becelaere
Environs Bruxelles
Watermael
Bruxelles-Belgique

Langueur
Prof.
Haut
Voit
Lang. 31
Long. 65 + cout. Et jochette

ya mi fatalidad, el sino maldito que me persigue y hiere a quienes me aman. Pobrecita mía, ¡quién pudiera hacer que me olvidaras!...



MISIÓN

“Formar profesionales con excelencia académica y calidad humana, impartiendo una educación integral, que los disponga a aprender y compartir conocimientos de vanguardia, contribuyendo a la evolución de la sociedad, la ciencia, la tecnología y la cultura, a nuevos ámbitos de desarrollo”

VISIÓN

“La USAM aspira a ser líder en la formación sostenible de los estudiantes como personas de bien, orgullosos de su profesión y casa de estudios, mediante el empleo racional y creativo de recursos y procesos educativos, en beneficio de la sociedad y su desarrollo”

Hace décadas cuatro para ser exactos, comenzamos; claramente con ilusiones y sueños a tratar de poner nuestra contribución a fin de incorporar elementos formativos a una sociedad y juventud ansiosa de conocimientos; naturalmente con algo de frustración, por los acontecimientos de la época en esa oportunidad realizamos un amplio análisis de diferentes personalidades que a nuestro juicio pudieran contribuir a enaltecer los verdaderos valores de nuestra nacionalidad. Dentro de ese análisis naturalmente fueron puestos en perspectiva diferentes personalidades que han convertido nuestro país en un lugar importante, no obstante ello, cuando nuestro análisis se centró en la parte educativa; los compromisos adquiridos y la forma magistral en que fueron desarrollándose inmediatamente surgió la figura relevante de nuestro querido Alberto Masferrer, quien con su esfuerzo quiso moralizar a la sociedad a fin de que fuera más justa y equitativa y busco afanosamente hasta su muerte aquellos derechos y deberes que permitieran al conjunto de sus individuos satisfacer las necesidades básicas a lo que el llamo *Minimum Vital*; desde esa perspectiva fue y será sin ninguna duda uno de los pensadores centroamericanos más originales, en la medida en que rompió moldes y abrió nuevos caminos en muchos campos.

Por esa razón, no dudamos ni un solo instante en que nuestra querida Universidad Salvadoreña Alberto Masferrer llevase con justo orgullo el nombre de ese ilustre pensador salvadoreño, y a partir de ese pensamiento y decisión hicimos todo lo que las leyes del país establecían en la época, para que nuestro sueño de fundar una nueva universidad fuese una verdadera realidad. En ese orden el día 24 de noviembre de 1979, queda fundada en San Salvador capital de la república la Universidad Salvadoreña Alberto Masferrer. Siendo la primera universidad privada en impartir las carreras de Ciencias de la Salud humana y Animal y la tercera en Ciencias Jurídicas.

Desde aquel hermoso inicio, hemos puesto todo nuestro esfuerzo y sacrificio en hacer que el nombre del ilustre maestro de maestros Alberto Masferrer se sienta cómodo desde la augusta presencia celestial en nuestro trabajo, el que para decirlo con toda propiedad de ninguna manera ha sido fácil, pero la providencia en el esfuerzo constante y decidido de generaciones y generaciones de alumnos; docentes; personal administrativo ha hecho posible que podamos decir con orgullo cuarenta años después de aquel hermoso momento; hemos cumplido, nuestra universidad se siente vigorosa y fuerte y con la intención firme y decidida de retar al futuro no solo para transformarlo; pero también para convertirlo en oportunidades para las actuales y futuras generaciones de estudiantes; profesores, así como de todos los colaboradores que día a día esperan que su esfuerzo cotidiano de los frutos que espera nuestra patria: Ser grandes.